

LA ILUSTRACION Sud-Americana

Año VII

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 150

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia á nombre del director

BUENOS AIRES, MARZO 16 DE 1899

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



D. JUAN L. CUESTAS — PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY
(Fotografía de Fitz Patrick)

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICIÓN ARGENTINA

24 PÁGINAS

APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICIÓN URUGUAYA

24 PÁGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Año.....	\$ m/n. 18.—	Año.....	\$ m/n. 20.—
Semestre.....	9.—	Semestre.....	10.—
Trimestre.....	5.—	Trimestre.....	5.50

EXTERIOR: Año..... \$ oro 9.—

Número suelto: \$ 1.25 m/n. * Número atrasado: \$ 1.50 m/n

TOMOS ENCUADERNADOS

D. LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896, 1897 Y 1898
\$ m/n. 30 cada uno

EL CALVARIO DE LA VIDA

A José Enrique Rodó.



UELVEN a sus hogares los favoritos de la suerte: regresan a «sus cuarteles de invierno», a la caída de las hojas, como si declinase el espíritu, ayer plácido y juguetón, ante las inclemencias de esta forzosa antesala de la más cruel de las estaciones.

Se inclina y postra el sér inteligente ante el espectáculo de la naturaleza, que lucha con la intemperie, resistiendo, en cada flor y en cada hoja, las asechanzas del tiempo que señalan un ciclo fatal a su existencia, y marcando con sello de muerte las rientes galas del florido estío.

Los ricos tornan a sus ostentosas viviendas de la ciudad; la grey del trabajo, bregando a brazo partido con la necesidad y las miserias de la pobreza, mira en aquel fausto y en aquellos esplendores el norte de sus aspiraciones, el término de sus afanes y el honesto fin de sus esperanzas, aquel boato y aquellas riquezas, dicen a los laboriosos cuán fecundas son la cotidiana perseverancia y la labor inteligente en los variados rumbos de la energía individual.

Y se acrecientan en el combate, el vigor y las fuerzas; se renuevan en la lucha impulsos y promesas, y en las crueles horas de desmayo y desfallecimiento, nutre el alma con esperanzas risueñas el vacío de las ilusiones y los empeños frustrados.

No sé quién ha dicho que hay más espíritus rebeldes a la alegría del triunfo que a la pena del vencimiento. Nacidos para el dolor, nos quejamos en vano de la suerte de los otros, porque la más vulgar filosofía, en términos breves, y «algunos raros ejemplos» en más lata extensión, nos comprueban las pocas excelencias de la vida, envueltas en dorado caparazón en las altas esferas sociales que provocan nuestros celos y atizan rastreramente pensamientos envidiosos y chispas de discordia. Bien lo dijo el poeta:

*Si a ciascun l'interno affanno
si leggesse in fronte scritto,
quanti mai che invidia fanno
ci farebbero pietta!*

Amplio y generoso es el camino: abiertas están las fuentes del ingenio; francas las vías de prosperidad, y despejado el horizonte para el combate. Aprestémonos para la lucha, sin olvidar

que lo importante y raro
no es entender de todo
sino ser diestro en algo.

He aquí el mal contemporáneo: amplificar el esfuerzo, ramificar la potencia, acudir a todo según el más vulgar de los aforismos populares «sirviendo lo mismo para un fregado que para un barrido»; el tesón, la perseverante fe y el martilleo de uno y otro día, de uno y otro momento en la labor incansable, son galas de una teoría acariciada nerviosamente entre las amargas heces del desaliento.

Nuestra impotencia en la tierra recibe el bálsamo de un consuelo, de una esperanza en lo sobrenatural; y miramos a «lo alto» buscando am-

paro y protección, que nunca se niegan a los hombres de buena voluntad.

Digase lo que se diga, el hombre es eminentemente religioso: reconoce un algo superior a sus fuerzas, a sus previsiones, cálculos y flamantes ideologías.

Sigue, es cierto, la costumbre, los hábitos de la multitud en esta cuaresmal temporada, arrastrado por la corriente de ajenos ejemplos: entiende la predicación del sacerdote; escucha la voz experimentada de la ancianidad; observa el continente grave de los que se postran y humillan ante los misterios de la religión; y medita, y analiza y... *modera su paso*, a tenor de sus semejantes, sin peligrosas iniciativas, sin arrestos de vanidad orgullosa, dispare la soberbia de su razón y el acatamiento de su voluntad.

Hay porque el vicio ahuyente
un predicador dispuesto
a que su doctrina aliente,
y aunque hay allí tanta gente,
es predicar en desierto.

No importa: los sollozos son pocos; la indiferencia, mucha; el arrepentimiento, escaso; pero... *se guardan las formas*. Y esto es algo: no han sido vanos el ejemplo de los pocos y la oración de los humildes.

Todo nos habla de tristezas y dolores en estos días que preceden a la Semana Mayor: «todo es ceniza» nos dijeron al comenzar este periodo cuaresmal: «todo es polvo», nos repiten los acontecimientos de la víspera, las ilusiones juveniles y los propósitos de la virilidad, fenecidos en esta calle de amargura de nuestros tropiezos mundanales.

Las grandezas de la tierra... ceniza que se guarda en lujosas sepulturas y soberbios mausoleos; las *pequeñeces* de la vanidad, los arreos de la soberbia, y la soberbia de los mandatarios, y las proezas de los héroes... polvo misero que en los archivos de la historia se pierde en las grandes *síntesis* que compendian una época y estudian la filosofía de los progresos humanos.

Vastísimo panteón abarca la historia conocida, y el polvo de los siglos cubre las hazañas, y las glorias y los laureles. *Memento homo*, dicennos las centurias desde los misterios de la creación, y lo repiten los ecos, y lo pregonan los sucesos, y lo vaticina la ciencia en la predicción plutónica del fin y acabamiento del globo en que vivimos.

Pero flota y queda la idea; brilla y resplandece la doctrina; surge de entre las pavesas para fecundar almas y justificar al Sumo Poder, lo bueno y lo bello, lo amoroso y lo santo, resumiendo su esencia germinadora en el ejemplo y la suma de sus perfecciones en la virtud.

Por eso, de entre todas las ideas, de entre todos los principios y de entre todas las filosofías, la doctrina del Nazareno esplende majestuosamente con aquellas inolvidables palabras:

Amaos los unos a los otros.

No nos olvida el dulce Jesús en sus postrimeros alientos: nos da Madre amorosa, consuelo de nuestras aflicciones, esperanza y refugio en las desdichas, diciendo a la Virgen, y mirando a Juan: *Mujer, he ahí a tu hijo*; y a su discípulo adorado: *He ahí a tu madre*.

El inmortal Quevedo, en clásico soneto, nos lo recuerda:

Mujer llama a su Madre cuando espira,
porque el nombre de madre regalado
no la añada un puñal viendo clavado
a su Hijo, y de Dios por quien suspira.
Crucificado en sus tormentos mira
a su primo, a quien siempre llamó amado,
y el nombre de su madre que ha guardado
se le dice con voz que el cielo admira.
Eva, siendo mujer, que no había sido
madre, su muerte ocasionó el pecado,
y en el árbol el leño a que está asido.
Y porque la mujer ha restaurado
lo que sólo mujer había perdido
mujer la llama, y madre la ha prestado.

Síntesis maravillosa, resumen y análisis de su vida sin mancha y de su purísima doctrina, el Hombre-Dios, en los estertores de su crudísima agonía, en sentidísimo quejido de su espíritu acongojado, exclama:

Padre, Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.

Máxima incomparable, ejemplo sin historia, fruto y germen del amor eterno que fecundiza estériles eriales de la humanidad pagana y es curativo bálsamo de las heridas sociales para los caídos, para los pobres, de espíritu, para los tibios y para los fuertes; lección imponderable que, al balbucear en la infancia y al doblegar la cerviz en la ancianidad, va repitiendo la cristiandad como eterna ley, motor y fluído que regir debe las disputas de los hombres y las injusticias de la vida.

Y en la obscuridad tenebrosa de las pasiones revueltas y la sangre febriciente y el corazón herido, faro de luz, estela de blanquísima pureza,

guíanos al puerto de salvación. En los naufragios del espíritu, los *vencidos* caen de hinojos y unen sus labios en una plegaria: Tú, matutina estrella de los mares ¡oh María! eres nuestro amparo; tu vida inmaculada es nuestro ejemplo; tu amargura infinita ¡oh Dolorosa! nuestra resignación, y tu amoroso regazo el blanco lienzo en que se apagan nuestros encendidos rencores. ¡Bendita, oh Madre, seas entre todas las mujeres!

MARINO BBRAIS.



MALACHKA Y AKULINA

Aquel año cayó baja la Semana Santa. Apenas acababan de cesar los viajes en trineo, la nieve cubría aún los patios, y deslizábanse los arroyos por la campiña.

En una calleja entre dos puertas, se había formado un charco grande; y dos niñas de dos casas diferentes se encontraron en la orilla, una pequeña y la otra de un poco más edad. Llevaban traje nuevo, azul la menor, amarillo con dibujos la mayor. Ambas iban con pañuelo de seda a la cabeza.

Al salir de misa habían corrido al charco, se enseñaron los trajes y se pusieron a jugar. Querían divertirse haciendo saltar el agua. Como la menor se dispusiera a meterse en el charco con botitas y todo, la de más años, la dijo:

—No hagas eso, Malachka, porque te reñiría tu madre. Yo voy a quitarme las botas; haz tú lo mismo.

Las niñas se descalzaron, recogieron las sayas y fueron por dentro del charco al encuentro una de otra.

Malachka se metió en el agua hasta los tobillos, y dijo:

—¿Qué hondo está, Akulina; tengo miedo!

—Eso no es nada—replicó la otra.—En ningún sitio estará más hondo. Ven a mi encuentro en derchura.

Cuando se acercaban una a otra, dijo Akulina: —Ten cuidado, Malachka, cuidadito de no salpicarme de lodo. Anda más despacio.

Pero, apenas acababa de hablar, cuando Malachka revolvió el pie dentro del agua, y salpicó de barro el traje de Akulina.

Y no sólo el traje de Akulina quedó salpicado todo él, sino que le saltó el agua también a la nariz y a los ojos. Al ver manchas en su vestido nuevo, enfadóse contra Malachka, gritó diciéndola injurias y corrió detrás de ella con ánimo de pegarla. Malachka tuvo miedo. Comprendió que había hecho una necedad, salióse a escape del charco y se dirigió a su casa al vuelo.

En aquel momento pasaba la madre de Akulina. Al ver la camiseta y el traje de su hija tan sucios, exclamó:

—¿Dónde te has manchado el sarafán, cochina?

—Malachka me lo ha salpicado de barro.

La madre de Akulina cogió a Malachka y la dió un cogotazo.

Malachka atronó a gritos toda la calle. Oyóla su madre y se precipitó fuera de casa.

—¿Por qué pegas a la mía?—dijo, insultando a su vecina.

Agravábase la disputa. Las madres iban a agarrarse del moño. Salieron de las casas los aldeanos y formáronse corrillos en toda la calle. Todo el mundo gritaba a la vez y nadie quería oír a su vecino. Dirigiánse improprios, era inminente venir a las manos, cuando una vieja, la abuela de Akulina, se arrojó en medio de los aldeanos para que se diesen a razones.

—¿Qué vais a hacer, amigos míos?—exclamó.—¡Y además, en un día como éste! ¡Pecar de esa manera, cuando debemos regocijarnos!

Pero nadie la hizo caso, y hasta poco faltó para que la tirasen al suelo. Y la vieja no hubiera podido apaciguarlos, sin Akulina y Malachka.

Mientras que las madres le daban al pico, Akulina se había limpiado el traje. Volvióse corriendo al charco, tomó un guijarro y con él empezó a excavar la tierra para que corriese el agua por la calle.

Estando en esta tarea, se acercó por su parte Malachka, y armada con un palo la ayudó a hacer una canaleta.

Comenzaban ya los aldeanos a darse de golpes, cuando, escapándose el agua calle abajo por la canaleta, llegó precisamente al sitio donde la anciana abuela trataba en vano de separar a los aldeanos. Las niñas corrian por ambos lados del arroyuelo.

—El agua corre más que nosotras; atájala, Malachka—gritaba Akulina—atájala.

Malachka quiso decir alguna cosa, pero el exceso de alegría la cortó la palabra.

Las dos niñas no cesaban de correr, y se reían viendo las zambullidas de un palito en el agua del arroyuelo. Así llegaron hasta en medio de los aldeanos. Las vió la anciana y gritó:

—¡No tenéis temor de Dios! Precisamente a causa de esas niñitas comenzasteis a pegaros; ellas lo han olvidado todo hace mucho tiempo, y

ahí las tenéis poniéndose á jugar juntas en buena armonía. Son más sensatas que vosotros.

Los aldeanos miraron á las chiquillas, y les dió vergüenza. Burláronse de sí mismos, y cada cual volvió á meterse en su casa.

«Si no sois como los niños, no entraréis en el reino de los cielos».

TEÓN TOLSTOI.

EN EL RIO ZULIA

I

Se estremece el cañal, y los alisos inclinan soñolientos la cabeza, y corona el verdor de la espesura el capullo encarnado de las ceibas. A lo lejos, azul el horizonte, azul cual esperanza que nos deja y rumor perezoso de las ondas, coloquios de arboledas. En el cielo, bandadas de pericos que chillan y se alejan, en busca de la noche en las montañas donde el polluelo entumecido espera la caricia y el ósculo que resarcan las horas de la ausencia. Al corazón que es ave sin abrigo de ignota vida en soledades yermas, ¿quién lo aguarda en la noche, quién lo aguarda, quién resarce sus horas de tristeza?

II

Balbuze en los palmares el viento su monótona cadencia, la vacada se apiña en el cortijo y los labriegos al hogar regresan. Viene la noche al fin, viene el reposo que con afán se anhela; ¡cuántos, desde el umbral de su bohío, cuando brota en los cielos una estrella, sentirán en lo íntimo del alma surgir sonriendo una esperanza nueva! Noche, que vienes y la calma traes á las almas que sueñan en algo que redime los dolores eres, noche, muy bella; pero noche que vienes taciturna y de recuerdos de amargura llena, eres mueca sarcástica de tedio, eres negra, muy negra!

III

Es el último toque: de los cerros en las cumbres, fugaces reverberan los destellos del sol agonizante, y las sombras envuelven las florestas y se extinguen los gárrulos chillidos, sólo la calma y el silencio imperan. Y del Zulia las ondas todavía á borbotones ruedan, eternamente seguirán lamiendo el césped que tapiza las riberas. Mas de aquel corazón que la energía en las luchas gastó de la existencia, que llevó los dolores de su siglo como la cruz el Nazareno á cuestras, cuando caiga en la sombra y la noche sin límites lo envuelva, no quedará un latido de sus fibras ni un puñado de tierra! A lo lejos murmurios, á lo lejos lo que nunca se enerva, savia de juventud que no se agota virgen primaveral eflorescencia, el latido sin término, algo de vida eterna que sacude las almas y difunde en medio del dolor y la tristeza, irradiación de auroras de esperanza que retoza, palpita y aletea!

MANUEL DARÍO MALDONADO.

Caracas 1899.

CUENTO AUREO

(Del libro «Cuentos de Color».—Caracas).

Psiquis, mujer alcabo, era imprudente y curiosa. Mil desventuras le costó su primera curiosidad, cuando quiso ver el rostro del amante dormido y una gota de aceite escapada de la funesta lámpara ahuyentó al hijo de Venus. Desde entonces, y por mucho tiempo, la vida fué para Psiquis una serie de malandanzas. Errante de país en país, y de templo en templo, saboreó todas las amarguras; padeció dolores y martirios extraterrenos; de sus ojos, convertidos en manantiales profundos, continuamente desbordados, corrían, cruzando sus

mejillas, dos ríos de lágrimas; y caminó tanto, tanto, y por tales veredas, que la sangre varias veces tiñó de púrpura los cándidos jazmines de sus pies, y los jazmines lucían como rosas.

La miseria de Psiquis turbó al fin la impasibilidad augusta de los dioses; y la misma cólera de Venus pasó como los incendios del crepúsculo. Fidelidad y constancia dieron el triunfo á Psiquis, y Psiquis dichosa y en paz, reinó sobre la tierra. Su trono, el más alto; su corte, la más ilustre: en ésta no había sino grandes artistas, poetas de corazones puros, filósofos de labios disertos. Los aduladores de la reina tenían por incensarios, lirás, y como único incienso el Verbo, hecho música en las cuerdas, flor de luz en los labios. Pero á trono tan excelso y cortesanos tan ilustres debían, según dijeron muchos, corresponder en riqueza y esplendor el cetro, la corona y los atavíos reales. Y no más dijeron así, cuando artistas de gusto exigente, partieron á buscar, por todas las comarcas del reino, las preciosidades más raras, dignas de resplandecer en la frente, el cuello y las manos de Psiquis; revolvieron tesoros, ahondaron minas, rasgaron las entrañas de la tierra y del mar; y la tierra dió su oro, y sus gemas, topacios, amatistas, esmeraldas, rubíes de sangre milagrosa, záfiro de tinta ideal, diamantes de aguas puras, mientras el mar profundo y rico, si bien pobre de piedras preciosas, dió en corales y perlas, lo mejor que tenía de besos muy rojos y ensueños muy castos.

De vuelta á la corte, los grandes artifices echaron sobre los hombros de la reina, el manto de armiño y púrpura; luego se dieron á trabajar el oro, día y noche, puliéndolo, repeliéndolo, cincelándolo, para después embutir en el oro bien trabajado, muchas piedras fúlgidas y acabar la corona y el cetro; por último, engarzaron perlas y corales, y un río de corales y perlas corrió por la garganta de Psiquis.

El cetro y la corona, fulgurantes como soles, deslumbraron á la multitud puesta de hinojos á los pies de la reina.

Pasaron días, años, generaciones de hombres, y Psiquis, dichosa y en paz, oyendo música de lirás y música de labios disertos, reinaba sobre el mundo.

Pero, una mañana, en el silencio de su alcoba real, sola con sus riquezas, que brillaban en la penumbra con fulgores mortecinos, se sorprendió, reflexionando en lo inútil de la corona y del cetro, en la mezquindad fastuosa de su manto, en la vana luz de sus joyas, y se arrepintió de haber aceptado como tributo, el presente de las gemas. En sus reflexiones, llegó á sentir uno como vago impulso de piedad, acompañado de un movimiento de rebeldía. Se despojó de la corona y el manto, depuso el cetro, y se vió de pies á cabeza, blanca y desnuda, como en remotos días pasados. Nostálgica de su sér antiguo, se avergonzó de vivir disfrazada como una mujerzuela vanidosa. En sus atavíos regios vió una injuria á su belleza incomparable, porque la belleza de sus formas era superior á la belleza de las piedras preciosas más raras, su cabello más rico y luminoso que todas las coronas, su desnudez más casta que el armiño.

No contenta con despojarse del manto, el cetro y la corona, Psiquis resolvió destruir sus riquezas, á fin de no recaer en pecado de vanidad. Pero sus manos, deliciosamente blandas, no sabían destruir como destruye la mano brutal de los hombres. Ella no era capaz de reducir á polvo inerte su fortuna, y de aventar luego el polvo: su piedad, infinita, abarcaba los seres y las cosas, y su piedad era infinita por ser grande su ciencia. Estaba iniciada en todos los misterios de la vida, y ninguno tan prodigioso como el misterio de su propia sangre. Nunca se derramó en vano la sangre de sus venas: en donde ésta caía, despertaba el germen de un sér de belleza pura, graciosa y con alas, como la belleza de Psiquis; y á favor de tan inefable virtud, la soberana pensó desembarazarse de sus gemas, convirtiéndolas en frágiles seres primorosos.

Sin echar siquiera una ojada sobre la funesta lámpara que debía de recordarle su imprudencia de antaño, se dispuso á realizar su pensamiento en la faja de luz que desde una ventana entreabierta llegaba á morir á sus pies. Con un largo estilo, áureo y tenue como rayo de sol, hincaba sus dedos, y después con el estilo húmedo de sangre, tocaba las piedras preciosas hasta no dejar ni una sin el extraño bautismo sangriento.

Al contacto de la sangre hubo en todas las piedras un estremecimiento de vida, y las gemas dejaron de ser piedras para convertirse en larvas. Muy pronto, desparecieron de alas estallaron en las orugas de color; y corales y rubíes fueron mariposas de alas rojas, las esmeraldas mariposas verdes, los diamantes y las perlas, mariposas blancas, el záfiro mariposa azul, en tanto que de las piedras policromas volaron policromas libélulas.

Psiquis, como todos los creadores, halló buena su obra, y se regocijó mucho al ver su tesoro convertido en bandada de insectos. Libélulas y mariposas, antes de huir, se posaron en la frente, el seno, la espalda y sobre todo en el cabello destrenzado de Psiquis, y en el cabello destrenzado mariposas y libélulas fingieron un torrente de pedrería; luego revolotearon, llenando la es-

tancia real de música de alas y palpitaciones de élitros, para escaparse al fin al través de la ventana entreabierta y perderse á lo lejos, como Psiquis las vió perderse, entre las flores, entre los árboles, en el cielo azul, amándose al aire y al sol, muy libre y sanamente.

La reina, con refinada lentitud, saboreó su acto piadoso y, satisfecha de haberse conducido según el amor y la verdad, no adivinó las consecuencias fatales de su obra. Ah! no hay como la piedad para cometer grandes errores; y el acto piadoso de Psiquis fué el último y el mayor de sus errores. Cuando se apareció de nuevo ante los hombres, cuando su belleza, en lo alto del trono, surgió blanca y desnuda como un lirio, los hombres la desconocieron: miopes estultos, de no ver sino el esplendor de las joyas, habían olvidado la belleza incomparable de Psiquis. Y no solamente la desconocieron: entre la multitud ¡hubo imbéciles que gritaron al verla: ¡inmoralidad! ¡infamia! ¡usurpación!

A tales gritos, la muchedumbre puesta en pie, desconcertada y loca, semejante á una ebría de mil cabezas, empezó á girar, á remolinear, á titubear, sin saber hacia dónde dirigirse, falta de amo, sin saber ante qué idolo postar sus rodillas de sierva habituada á la genuflexión, y así estuvo, desesperando y vacilando, hasta caer á los pies de un grotesco mamarracho de oro, que tenía forma de asno, con aire grave de pensador taciturno, sobre lomos y anca un trapo carmesí y por ojos dos inmensas crisolitas.

Aun en lo alto del trono, Psiquis experimentó la sensación desesperante que ha matado después á muchos hombres, la sensación angustiosa de una soledad infinita en medio de la muchedumbre. Viéndose perdida para siempre, bajó del trono y, como en su antigua romería expiatoria, se fué por el mundo, de templo en templo, de país, en país, caminando, caminando, porque sus alas entorpecidas por la inacción, no recordaban el ímpetu glorioso del vuelo. Recorrió todas las comarcas, de las cuales había sido reina y señora, y en ninguna parte la reconocieron los súbditos, despojada como iba de suntuosas insignias reales.

Por fin, después de muchos desengaños, decidió alejarse de los hombres y vivir, mientras las alas débiles cobraban nuevos bríos, en cumbres deshabitadas. Y así, alejándose de los hombres vengóse de éstos, pues á medida que ella se alejaba los hombres padecían más y más de una extraña ceguera que les obligaba á ver las cosas como al través de un velo áureo.

Pero los dioses reservaban á Psiquis, con la suprema alegría del vuelo, la alegría de hallar en una de las cumbres á las cuales trepó, en la cumbre más alta, al único de sus vasallos que supo reconocerla, porque la nube color de oro no empañaba sus pupilas. Era un pobre diablo moribundo, en la flor de los años, mitad mendigo, mitad trovero. Bohemio le llamaban desdeñosamente los hombres y lo creían estúpido porque despreció la riqueza, el poder y los abrazos infames. No tenía sino un manto agujereado por las lluvias del cielo y las piedras del camino, pero él no se hubiera trocado por el más rico poseedor de tesoros. Durante su vida vagabunda recogió claros de luna, puestas de sol, gorjeos de pájaros, fragancias y músicas del bosque, y con todo eso construyó sueños, muchos sueños, hasta haber en su alma tantos sueños como hay celdas en el panal y flores, por primavera, en las acacias.

Y como Psiquis no sabía de ingratitudes, no desamparó esa alma de poeta; antes bien, la llevó consigo, al irse en busca de un mundo nuevo, no manchado de humanidad, y siempre en compañía de esa alma voló, hasta posar, por los cándidos jazmines de sus pies, en la Vía Láctea luminosa y desaparecer por la gran ruta del cielo, blanca y azul, empedrada de záfiro y diamantes.

M. DIAZ RODRIGUEZ.



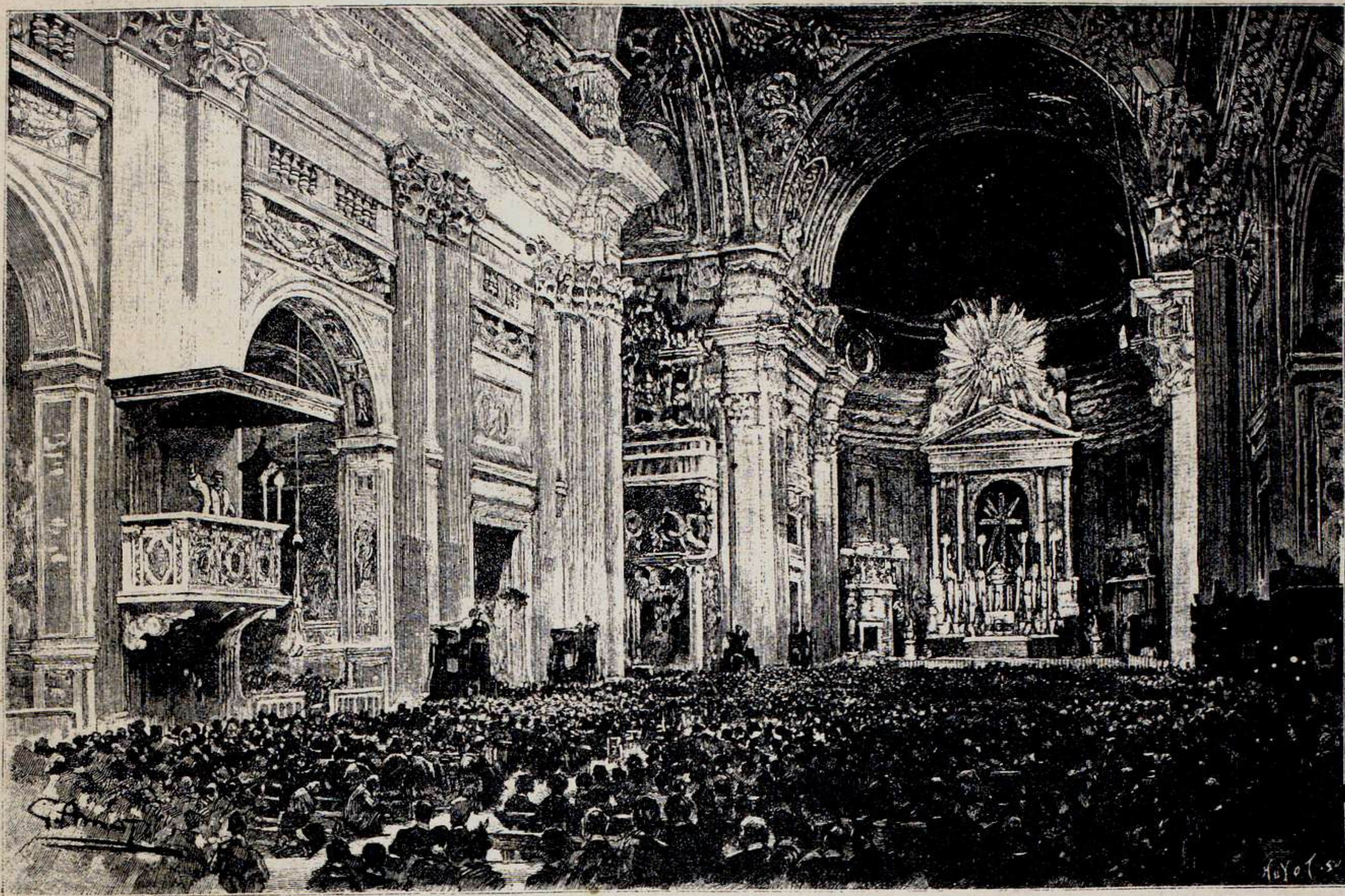
NOTAS SUD-AMERICANAS (1)

EL URUGUAY — EL PERÚ

El mundo americano revuelto.—De Cuba al Sur Argentino. Etapas de la política uruguaya.—Las chirinadas y el acuerdo.—Batlle y Ordóñez.—Elecciones de Presidente.—La política electoral en el Perú.—La candidatura de Billinghurst.—Antecedentes de su renuncia.—La alianza demócrata-civilista.—Don Eduardo López de Romaña.—Rasgos biográficos.—El futuro Presidente del Perú.—Notas y ... versos

El mundo anda revuelto: y especialmente el mundo americano. Desde el Norte, (en que otra raza *extiende manto protector* sobre la perla antillana del golfo mejicano, escondiendo la garra... hasta la primera oportunidad,) hasta los protestantes argentino-galenses que son protestantes verdaderos de reglamentos é instituciones del gobierno

(1) Retirado este artículo por abundancia de material en el número anterior, tiene actualidad completa, justificada en el Uruguay por la elección del señor Cuestas para Presidente, y en el país peruano por no haber variado las condiciones de la lucha de partidos.



ROMA — VIERNES SANTO — LAS TRES HORAS DE AGONÍA EN LA IGLESIA DE JESUS

de esta república, no hay dos ideas afines ni dos opiniones acordes, cual si se pretendiesen amontonar lecciones «de vida práctica» ante los ilusos panegiristas de los pacíficos arranques del poderoso czar de todas las Rusias.

Los hombres disputan: los que mandan, lo hacen con violencia: los que obedecen, con violencia también, ceden a la dura mano del mandatario, o se imponen a él y, «cambiándose los papeles», hay en esencia el mismo problema y las mismas incógnitas sin solución.

Pero... entremos en materia.

Cuatro etapas ha recorrido ya en el Uruguay, la situación creada con el cambio de gobierno en 1897: — la paz de Septiembre, la revolución de Febrero, las elecciones generales del último Noviembre y la instalación del Cuerpo Legislativo que se ha verificado y que coloca definitivamente a esta República bajo el imperio de sus instituciones.

Durante el camino recorrido, cayeron a su paso el motín militar, las invasiones revolucionarias por las dos fronteras del país y los pronunciamientos en el interior, debilitándose al mismo tiempo el espíritu reaccionario contra el nuevo orden de cosas.

Todo se encaminaba últimamente al buen resultado de los trabajos emprendidos para la elección del Presidente del Senado, que es, según aquella Constitución, el Vicepresidente de la República. Esas dudas se acentuaban al ver lo muy dividida que se presentaba la opinión de los senadores, y el temor de que saliese elegido un ciudadano que no respondiese a la política del acuerdo, preocupaba los ánimos.

En este estado de cosas, una nueva invasión de los partidarios del régimen caído, desde el territorio argentino, donde emigraban, compuesta de unos cien hombres al mando del coronel Tezanos y mayor Isasmendi y realizada el 1.º de Febrero por las costas del departamento de la Colonia, demostró que el peligro de la guerra aún amenazaba al pueblo oriental,

y que los enemigos de la situación estaban dispuestos a aprovecharse del menor incidente, para restablecer su antiguo predominio por medio de las armas.

Esta *chirinada* para convulsionar la campaña, no fué más feliz que las anteriores, y el día 6, rodeados los invasores por fuerzas del gobierno, en

el mismo departamento que habían invadido, se entregaron sin otra condición que la salvación de sus vidas.

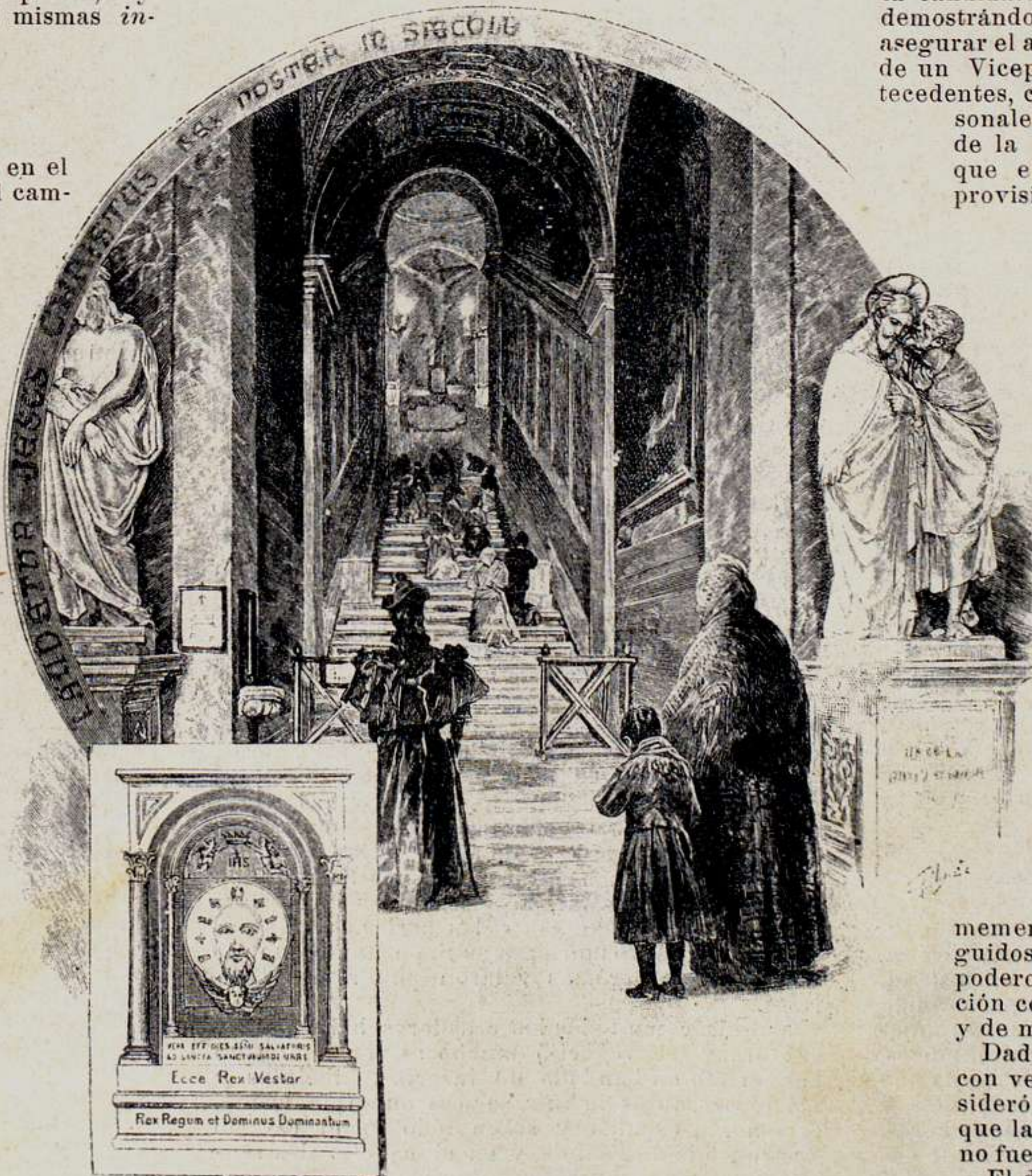
Este nuevo ataque de los enemigos de la situación, debe haber contribuido en mucha parte a unificar los trabajos de los senadores respecto a la candidatura para la presidencia del Senado, demostrándoles que era de primera necesidad asegurar el actual orden de cosas con la elección de un Vicepresidente de la República, cuyos antecedentes, conducta presente y condiciones personales garantizaran al país la continuación de la política del acuerdo, aún después que el señor Cuestas bajase del poder provisional.

La elección se realizó, pues, el día 14, en sesión preparatoria, y después de dos votaciones para conseguir la mayoría absoluta, salió electo el señor Batlle y Ordóñez Presidente del Senado, y por consecuencia, Vicepresidente de la República.

La conducta política observada por este ciudadano para con los gobiernos usurpadores, su acción de primera fila durante la administración provisional del señor Cuestas, su actitud como jefe de Guardias Nacionales al producirse la revolución de Febrero, y su carácter conciliador, que parece venirle por ley de herencia, han hecho que el país recibiese su elección confiada en que, durante los trece días que había de durar su permanencia en el Poder Ejecutivo, hasta 1.º de Marzo, en que será nombrado el Presidente en propiedad, su proceder sería firmemente conservador de los bienes conseguidos, y a cuyo triunfo él contribuyó poderosamente como elemento de restauración constitucional, de política conciliadora y de moral administrativa.

Dado este suceso que todos esperaban con verdadera ansiedad, la situación se consideró asegurada, y muy pocos temían ya que la 5.ª base del acuerdo de los partidos no fuese cumplida.

El día 15 quedó instalado el nuevo Cuerpo Legislativo y en ese mismo día el Presi-



ROMA — LA ESCALA SANTA

dente Provisional entregó el mando al Presidente del Senado, Sr. Batlle y Ordóñez.

Al fin ha entrado la República Uruguaya bajo el imperio de sus viejas instituciones, después de muchos años de lucha y de desgracias, que han retrasado el verdadero grado de progreso en que debería encontrarse.

Dejando a un lado detalles nimios de la ceremonia de elección del Presidente del Senado y transmisión del mando, vamos a anotar algunas informaciones.

El Sr. Batlle y Ordóñez hizo su entrada al salón de recepciones y pasó al despacho del Presidente Provisional.

Se cambió entre el señor Cuestas y el señor Batlle y Ordóñez un ceremonioso saludo y en seguida se pasó nuevamente al salón de recepciones, donde el Presidente Provisional, tomando la banda, dijo al Presidente del Senado que le entregaba el gobierno de la República, que había desempeñado provisoriamente, y que hacía votos por la felicidad del país y del alto cuerpo en cuyo nombre se hacía cargo del poder.

El señor Batlle contestó en un breve pero elocuente discurso, diciendo que recibía el gobierno de manos de un ciudadano que lo había desempeñado en momentos calamitosos, y que ya más de una vez lo había dicho y lo repetía ahora, que el señor Cuestas merecía bien de la patria.

Agregó que tenía la convicción profunda de que asumía el poder por breve tiempo y que muy pronto volvería a entregar el mando al señor Cuestas, pues además de la declaración solemne de los partidos que lo proclamaban como único candidato a la futura Presidencia de la República, existía una declaratoria de la mayoría de los miembros de la Asamblea, que igualmente lo habían proclamado.

He aquí el discurso que pronunció el señor Batlle y Ordóñez a tiempo de tomar posesión de la presidencia del Senado:

«Quiero, ante todo, agradecer a los colegas que me han honrado con sus votos, la alta distinción de que me han hecho objeto, tanto más alta cuanto que, después de veinte años casi consecutivos de subversiones institucionales, es la primera vez que se reúnen en este recinto verdaderos representantes del pueblo; y tanto más alta cuanto que, habiéndose efectuado todo este movimiento político dentro de los términos del acuerdo concertado por todos los partidos y por todos ellos cumplido, se me ha considerado como uno de los ciudadanos que podían, en este último período de quince días que faltan para que se complete—uno de los ciudadanos—digo—que más decididamente pondrá sus energías, si es necesario, al servicio de la libertad y de las instituciones, para que ese movimiento no sea por ninguna fuerza irregular perturbado.

El acuerdo, cumplido como va a serlo, no solamente ha facilitado el restablecimiento de las instituciones, sino que ha suavizado—y ésta quizás ha sido una de sus más grandes ventajas—las relaciones que existen entre los partidos, haciéndoles comprender que pueden, unidos, coadyuvar a obras de interés común y nacional.

Como he sido honrado por el voto de los dos partidos tradicionales en que se divide, en primer término, la opinión del país, quiero hacer algunas manifestaciones respecto de mis ideas partidarias.

Soy un ardoroso y decidido partidario, y estimo que lo sean los que figuran en campos opuestos; pero no veo enemigos ni adversarios en los otros partidos: más bien veo aliados en la obra del progreso de la República.

Cualesquiera que sean las oposiciones que puedan existir en esas colectividades políticas, son siempre en bien del país; y esas oposiciones se resuelven, o deben resolverse siempre, en beneficio de la República.

Estas ideas me ponen en condición de poder garantizar que en el ejercicio del honroso puesto que se me confía, no solamente cumpliré estrictamente mis deberes, sino que los cumpliré siempre con satisfacción y sin violencia, con perfecta equidad para todos.»



EL ARZOBISPO DE BUENOS AIRES Y LOS OBISPOS DRES. ESPINOSA, TERRERO Y FRAY MARCOLINO BENAVENTE EN LA SALA CAPITULAR DE SANTO DOMINGO

Ya hemos visto que en la situación político-electoral del Perú, se destacaba como principal figura la del afortunado negociador del tratado de 16 de Abril, aclamado por muchos como candidato a la presidencia de la República y continuador feliz de la obra de reconstitución y de progreso iniciada por don Nicolás de Piérola.

Raras veces se había visto en el Perú una exaltación más rápida al primer puesto en el favor público, como la del improvisado diplomático que, después de breve estadía en Santiago, entraba en Lima en medio de los vitores de apretada muchedumbre que lo alzaba sobre sus brazos como al primer ciudadano de la República, sin que nadie osara contradecir esta especie de consagración del voto popular, o desconocer la virtud de este óleo con que el pueblo le ungía su caudillo.

En esta situación, bastaba a Billinghurst abandonarse a sus amigos, dejarse llevar en brazos de la multitud, ser el discreto amigo de todos, para recoger la herencia de Piérola y terciarse al pecho la banda bicolor de los Presidentes del Perú. ¿Quién de los que hasta entonces habían alimentado secretas expectativas no veía ahora la inutilidad de sus esfuerzos en pro de sus esperanzas? ¿Cuál de los partidos que pudiera llevar a alguno de los suyos a la curul presidencial no se sentía débil y como perdido en la masa de la opinión que ya había escogido su jefe? Billinghurst era en esos momentos el futuro Presidente de la República por virtud de su nombre, que flotaba en la corriente rápida de los sucesos. Pero, he aquí que todo cambia de improviso, que la corriente rápida que lo lleva, se detiene y se estanca, que la multitud que lo aclama, calla y se dispersa, y que él mismo, como despertando de un sueño, se arranca de su cuerpo la alba túnica de candidato y renuncia solemnemente a toda pretensión al Gobierno, mientras Romaña, el designado por sus enemigos, entra a la escena seguido de numerosos parciales, como si el genio de las sorpresas moviera tras de



FRAY MARCOLINO BENAVENTE — OBISPO DE CUYO

bastidores la complicada máquina de la comedia política.

Debemos, para satisfacción de nuestros lectores, explicar en sus detalles los motivos de este cambio tan inesperado en el curso de los sucesos.

Antes de que se apagara el eco de los aplausos que habían acompañado a Billinghurst en su marcha triunfal del Callao a Lima, ya sus amigos pudieron saber de su propia boca, que el nuevo favorito del pueblo, si bien había sido el mejor y más leal amigo de Piérola en todas las épocas de su

varia fortuna, no llevaría al Gobierno ni las ideas ni los elementos políticos de que éste se había valido para reorganizar el país y gobernarlo en paz durante más de tres años.

Aunque enemigo jurado del civilismo, con el cual había mantenido una lucha de veinte años, hasta ser acusado por los miembros de dicho partido del asesinato de Pardo, sin embargo, Piérola, al subir al poder, había olvidado todo eso, y, creyendo que así convenía a la salud de la patria, había compartido con dicho partido la administración pública, dando con ello un alto ejemplo de cordura y de perspicacia políticas.

Por otra parte, la marcha feliz de su Gobierno estaba demostrando que la alianza de los partidos civil y demócrata, era el medio más eficaz para reunir en una sola agrupación todos los elementos tradicionales de gobierno; lo cual, en concepto del Presidente y de los políticos cercanos a él, imponía al nuevo candidato, como el más elemental de sus propósitos, el mantenimiento de esta situación.

Obrar de otro modo, era, en concepto de Piérola, destruir su obra política, ir a lo desconocido, lanzarse tal vez en pos de la anarquía, del desorden; lo cual no debía consentirlo su voluntad, acostumbrada, por otra parte, a imponerse a los suyos con la doble autoridad de su persona y de su posición en todas las circunstancias de su vida política.

Se comprende, por lo tanto, de qué suerte debió contrariarle el ver al candidato de sus simpatías apartarse del camino que él le había trazado, organizando con elementos contrarios a los suyos, el partido que podría llevarlo a la presidencia y dividiendo y anarquizando al mismo tiempo, los elementos políticos que rodeaban al gobierno.

Ante esta evolución tan extraña como inesperada de parte de Billinghurst, la alarma se produce en los círculos gubernativos y el civilismo se aperece para la defensa, dirigiéndose a los jefes del partido demócrata, para declararles su voluntad de aceptar como candidato a la presidencia de la República a cualquier ciudadano que éstos designen, con tal que no sea Billinghurst, y así se llega a sellar un pacto, en el cual se conviene en que civilistas y demócratas apoyarán la candidatura para Presidente por éstos designada y la candidatura para vicepresidente que aquéllos determinen.

Por este acuerdo, la alianza demócrata civilista descende, pues, al terreno de la lucha electoral, oponiendo a Billinghurst la candidatura del ciudadano arequipeño don Eduardo López de Romaña, que encarna las ideas políticas que han servido de norte y de guía a la actual administración.

Pero ¿quién es este hombre nuevo, se nos dirá, que nunca hasta ahora, puede decirse, había tenido personalidad propia y relevante en la escena política de su país?

He aquí algunos datos acerca de su vida y su carrera, que, si no dan a su nombre todo el relieve y la luz de una gran figura política, ponen sí, de manifiesto sus cualidades intelectuales y morales, mostrándonos el vigor y temple de su espíritu.

Don Eduardo López de Romaña es oriundo de la ciudad de Arequipa, donde nació el 19 de Mayo de 1849, en el aristocrático hogar de sus padres: don Juan Manuel López de Romaña y doña Josefa Alvizuri y Bustamante; lo cual en cierto modo explica el temple vigoroso y conser-

vador de su carácter, tildado por sus enemigos de intransigente, y alabado por sus amigos de enérgico y leal.

Muy joven, cuando solamente contaba diez años de edad, fué enviado por sus padres á educarse á Europa, en el célebre colegio de Stmis-huerst en Inglaterra, donde hizo los mejores estudios, ingresando en seguida en el Real Instituto de ingenieros de Londres, en cuyas aulas fué graduado de ingeniero civil y nombrado miembro honorario de aquel instituto.

Sus conocimientos profesionales fueron pronto aprovechados por un sindicato de capitalistas que le envió á Brasil para la construcción de una importante vía férrea, en la que trabajó algunos años manifestando sus cualidades de hombre de trabajo y de organización.

Vuelto más tarde á su patria, ha tomado parte principal en varias empresas de utilidad general, que personalmente ha dirigido, y ocupado altos puestos de confianza privada y pública en su ciudad natal.

Durante la guerra del Pacífico, fué Comandante de la División de Vanguardia que operó en el litoral de Mollendo. Más tarde fué electo por dos veces Alcalde de Arequipa y Director de la Beneficencia de la misma ciudad. En las elecciones generales de 1897, fué elegido Senador por el mismo departamento y luego designado Presidente de una de las ramas del Congreso. Cuando se creó el Ministerio de Fomento, fué nombrado Ministro del ramo, que le debió su organización. Por fin, durante toda esa época, tuvo siempre benéfica y decisiva influencia en la alta dirección de los negocios públicos del país.

Por esta hoja de servicios, que podría ser con mucho aumentada por otros y minuciosos recuerdos, se ve, pues, que la personalidad de Romaña, lejos de ser una imposición de las circunstancias, como algunos lo han dicho, es el lento y feliz resultado de trabajos honrosos y virtudes privadas y cívicas que lo han señalado á la confianza de sus amigos y al respeto de sus adversarios.

Por lo que respecta á su carácter moral, se sabe que es un hombre de una probidad intachable, de una extrema severidad de costumbres, de una prudencia y sagacidad que le atraen la amistad de los que le conocen, y de una entereza de voluntad que no consiente transacciones ni con la inmoralidad ni la injusticia.

Así se explica, pues, que su designación como candidato á la presidencia de la República haya sido recibida en Lima y en provincias como verdadera prenda de bienestar y de progreso nacional.

La candidatura de Romaña, apoyada por todos los elementos gubernativos, esto es, por los partidos demócrata y civil, al mismo tiempo que alentada por el mismo Presidente Piérola, que ya en ocasión anterior había manifestado su deseo de que dichos partidos, «que trabajaban juntos en la reconstrucción de la República, designaran en común su candidato», vino naturalmente á producir el más completo desconcierto en la agrupación contraria, y á anticipar, puede decirse, la derrota de la candidatura de Billinghurst, no causando, por lo mismo, extrañeza la renuncia hecha por éste de sus altas pretensiones.

Hoy día, sin adelantarse á la marcha natural de los acontecimientos, casi puede asegurarse que en las próximas elecciones presidenciales no habrá lucha, ya que los enemigos de Romaña, después de la renuncia de su candidato, apenas si dan señales de vida, lamentando su situación desgraciada.

Y... unas notas finales:

Los pobladores galenses del Chubut *protestan* de la protesta de sus representantes ante el parlamento inglés: era al Poder Ejecutivo argentino á donde se dirigían sus quejas y lamentos.

La cuestión de la Puna agita un poco las crónicas de la prensa diaria en visperas de la conferencia internacional que debe celebrarse en esta capital.

Tema han de dar ambos asuntos para largas tiradas de pesadiscos «considerandos», hasta que salga á relucir aquello de la *solidaridad americana*, piedra de toque de la que en gentiles versos dijo ya el poeta:

Y de las tierras áridas del Fuego
A las del Norte frío,
Do luchan con tenaz desasosiego,
Los lechos el Ontario y el Ohio,
Un solo pueblo, inmenso, vive clamando
Himnos de amor á la igualdad bendita,
Con cifra ardiente por el orbe escrita.

Y... todo lo demás que plugo *poetizar* á un esclarecido vate venezolano, aunque... no se ve por ninguna parte.

AMÉRICO.



HOMBRES DE ACCIÓN



La acción está de moda. Por mucho tiempo, el dominio del pensamiento puro y el de la realidad práctica, permanecieron voluntariamente separados. Con pocas excepciones, los filósofos ó los literatos que se consagraban al primero, creían deber ignorar y aun despreciar el segundo, juzgando que la grandeza de las especulaciones ó de los sueños, provenía sobre todo de su inutilidad. Pero las luchas del mundo, cada día más ásperas, van desvaneciendo los espejismos en que aquellos utopistas se complacían: y éstos sienten ahora confusamente, que todo cambia y los terribles problemas de la existencia se les imponen brutalmente. Turbados así en su quietismo, los poetas uno á uno, van saliendo de sus torres de marfil y van predicando por todas partes, en salas, periódicos y libros, un nuevo evangelio: «Han llegado los tiempos, dicen, en que la grande obra que se elabora obscuramente en el derrumbamiento de lo viejo, reclama obreros. Hermanos, sólo la acción es bendita; hermanos, es necesario obrar.»

Y, ciertamente, el espectáculo es bello, el celo de los apóstoles admirable, y su doctrina excelente por todos sentidos. Para poder pensar es necesario vivir, y la vida práctica tiene derecho á todos los miramientos de los pensadores. La metafísica ó la poesía, no son seguramente ocupaciones despreciables ó vanas; pero tampoco son necesariamente superiores á la construcción de caminos ó á la fabricación de conservas. La grandeza de una, depende en gran parte del modo con que se la ejecuta. Tal comerciante posee más elevada inteligencia que muchos escritores, y por lo mismo que se ocupa con celo en los progresos materiales, trabaja quizá eficazmente en la mejora moral del mundo. En un país como Francia, donde tantos desean, por sobre todas las cosas, un empleo que les asegure vida tranquila y no sueñan sino con gangas sin responsabilidades, no se repetirá demasiado que nadie tiene derecho para abstraerse lejos del mundo, que el hombre crece lanzándose á la lucha, no despreciando nada de lo que es honesto, y que se eleva por la acción.

Sin embargo, cuidémonos de no dejarnos engañar por una nueva ilusión. Para ser legítima y aun necesaria, no basta la predicación, y además el carácter esencial de la acción verdadera, es que sea determinada y precisa. Ahora bien, pululan por ahí, jóvenes que anuncian con énfasis su intención de «obrar», de «luchar». No les preguntéis cómo; no lo saben todavía; tal vez no lo sepan nunca; pero tened por cierto, que estarán convencidos de ser hombres de acción. Y estad persuadidos también de que entre todos los literatos que quieren seguir el ejemplo dado por sus maestros, se observa el mismo fenómeno. Predicando la acción, creen obrar.

Es ni más ni menos como lo que sucede en los coros de ópera, que cantan: «Marchemos! Marchemos!» dando en el tablado. Tratemos de no caer en semejante ridículo. Bastante campo se presenta á nuestros esfuerzos; bastantes obras reclaman nuestra buena voluntad. Nosotros, pues, que creemos en la necesidad de la acción práctica y que no tenemos una ardiente palabra que arrastre las turbas, escojamos en silencio una empresa que nos convenga, y sea cual fuere, demosle conciencia a nuestro tiempo y nuestros esfuerzos. El mundo no sabrá nada, y por tanto no nos colocará entre los hombres de acción, pero nosotros mereceremos quizás ese título.

CHRISTIAN SCHEFER.



IMPRESIONES Y RECUERDOS

DE UN VIAJE A SIRIA

DE JAFFA Á JERUSALÉN



PUÉDESE hacer en una sola jornada, sobre todo á caballo, el trayecto de Jaffa á Jerusalén; pero hay que salir temprano y no perder tiempo por el camino. Cuando por la mañana se ha desembarcado en Jaffa, hay que resignarse á tardar dos días en llegar á Jerusalén. El primer día se pernocta en Ramleh, lo cual constituye un simple paseo de un par de horas ó tres, cuando más, si los caballos son malos; pero al hablar de paseo no se entiende un paseo de placer, por más que el país sea singularmente bello y pintoresco. La primera experiencia de los procedimientos de viaje usados en Siria, es bastante dura de sopor-

tar; falta la costumbre, y la sorpresa se añade á la fatiga. La carretera de Jaffa á Jerusalén, pasa en el país por muy cómoda. Su construcción ha costado diez veces más que la de Beyruth á Damasco, que es perfecta; y, sin embargo, figuraos una serie de espantosos baches, donde se siente el viajero sacudido como sobre las olas furiosas. Ora se extravía uno en medio de un campo, ora se atraviesa un torrente seco, agarrándose sólidamente al carruaje por miedo de ser lanzado á lo lejos por algún vaivén; ora se va subiendo por un puente de espalda de asno, y, llegado á la mitad, se rueda á la otra parte con una rapidez vertiginosa. El carruaje, á su vez, es uno de los más extraños vehículos que cabe imaginar, siendo mucho más exacto llamarlo un calesín. Es una especie de charabán, donde se va sentado sobre unas malas tablas cuyos perpetuos crujidos dan á cada momento la impresión de un accidente próximo. Con todo, acostúmbrase uno al cabo de algunos minutos, y, rebotando á derecha, á izquierda, arriba y abajo, si este balanceo y estas cabezadas no os han dado mareo, quedase de tal manera maravillado del espectáculo que se despliega ante los ojos, que todas las sensaciones penosas desaparecen para no dar lugar sino á la admiración. Los jardines de Jaffa son dignos de su renombre, y sin dificultad alguna he comprendido que hayan inspirado la adorable leyenda de los jardines de Armida.

¿Quién no soñaría un poema de amor y de voluptuosidad bajo esos bosquecillos de naranjos, de limoneros, de cedros, de pimientos, de palmeras, de cactus, sin cesar cubiertos de flores y de frutas? En primavera, los perfumes que se exhalan de esta inmensa selva verde, son de tal manera fuertes, de tal suerte excitantes, que embalsaman el mar mismo á gran distancia, y los buques que navegan hacia Jaffa huelen, por decirlo así, la costa antes de distinguirla. Innumerables pájaros vuelan de ramilla en ramilla: de las ramas todas, penden naranjas de un grosor enorme y cuyo color ardiente deslumbra; en tanto número, que se las puede coger casi con la mano al pasar. Menester sería la poesía del Tasso ó la música de Gluck para expresar los encantos de este sitio delicioso.

Por desgracia, se le deja bastante pronto para entrar en la inmensa llanura de Sarón, limitada á lo lejos por las montañas de Judea, cuyas ondulaciones graciosas prestan encanto á ese paisaje algo severo. La llanura de Sarón no hace evocar recuerdos menos poéticos que los jardines de Jaffa. Los ojos buscan involuntariamente las azucenas, las rosas, los narcisos y los alielles del *Cantar de los cantares*; pero, aunque la esposa no hubiese desaparecido como las flores á que comparaba su frágil belleza, no podría decir ya: «Yo soy el narciso de Sarón, la azucena del valle». No es que la llanura de Sarón esté desprovista de todo adorno, sino que los tulipanes, las anémonas, los cardos amarillos, blancos y morados, han reemplazado las rosas de antaño. Por lejos á que pueda alcanzar la mirada, no se distingue un solo árbol, un solo sendero, un accidente de terreno de alguna consideración: plantíos verdes salpicados de flores multicolores: he ahí todo.

La vegetación es admirable, y en ella puede por primera vez darse cuenta el viajero del sistema de cultivo indígena. El ganado de esta parte de la Palestina es de una pequeñez sorprendente: los bueyes y las vacas apenas si alcanzan la talla de nuestros bueceros europeos. De vez en cuando vese á un *fellah* que empuja sobre la superficie del terreno su carreta perezosa, negligentemente arrastrada por esos ganados enanos. El país parece estar desierto: los pueblos, fabricados de tapia ó de piedras grises recubiertas de yerba seca, se confunden con el suelo. En cambio, discurren por la carretera gran cantidad de camellos, de beduinos y de *fellahs*, cuyos tipos y vestimentas animan el paisaje. Antes los animaban mucho más, y aun demasiado, según parece; puesto que en 1860 hubo necesidad de construir para protección de los viajeros, una serie de torres que servían de cuerpos de guardia. Desgraciadamente, los *zaptiés* turcos, con su uniforme andrajoso, su *confía* mugrienta, sus armas relucientes, su fisonomía bárbara, se parecen mucho á bandoleros; de suerte que los viajeros tímidos temen aun más á los gendarmes que á los salteadores.

LLégase rápidamente á Ramleh, la antigua Arimatea, patria de Josef y Nicodemus, los dos fieles discípulos que sepultaron á Cristo. Esta ciudad, que Guillermo de Baldensel encontró todavía, en 1336, «bien poblada, sana y deleitosa», no es hoy más que un lugarón muy pobre y lleno de ruinas. Posee un hotel, que es detestable, por lo cual vale cien veces más acudir á la hospitalidad de los padres franciscanos, cuyo convento está abierto á todo el que llega.

Por la noche fuime á visitar, á la luz de la luna, la *torre de los Cuarenta Mártires*, tan poéticamente descrita por Lamartine, que dice asistió á las ceremonias de los derviches rodadores. Hoy la *torre de los Cuarenta Mártires* está harta ruinosa para servir de salón de baile á los derviches. Trépase, por una escalera tortuosa, muchos de cuyos peldaños están descuajados, que conduce á una plataforma desde donde la vista se extiende por la dormida campiña. En pleno día, la llanura

entera de Sarón, cargada de flores y de ruinas, aparece en todo su esplendor; pero los lugares de Oriente son más hermosos aún en las noches luminosas que no en los momentos en que los rayos del sol los abrasan y colorean. En Occidente, aun en las más bellas noches del estío, el cielo está obscuro: en Oriente a veces es tan azul a media noche como bajo nuestros climas en pleno mediodía.

Cerca de la torre de los Cuarenta Mártires hay un gran subterráneo, cubierto por una bóveda que descansa sobre una hilera de pilares cuadrados, con todo el aspecto de una cripta de iglesia: aquí y allá aparecen unos pórticos descalabrados, sembrados de higueras silvestres, medio sepultados bajo los cactus. La torre se alza potente y sombría en medio de estos restos de construcciones cuyo uso no es fácil saber si sería claustro, iglesia ó cisterna. Esos monumentos destruidos, de los cuales sólo uno permanece en pie, producen en la claridad misteriosa de la noche una impresión hondísima: ¿no es, acaso, la imagen del alma humana cuando todas las ilusiones y quizás todas las creencias de la juventud, destrozadas por la vida, no han dejado sino ligeras huellas, entre las cuales un solo pensamiento, un solo sentimiento subsiste aún, pero triste y arruinado como todo lo que no está sostenido por la esperanza?

Entrase en el convento de los franciscanos a través de hileras de cactus, que en Siria constituyen verdaderos árboles, de troncos poderosos y anchas hojas, bajo las cuales quedan sepultados los peones, y cuya cima se alcanza apenas montado a caballo ó yendo en coche. El convento de los franciscanos está rodeado todo él de cactus. Yo no sé si será a causa de este marco; pero, entre todos los conventos que he habitado en Palestina (y han sido muchos), ninguno me ha parecido más pintoresco ni me ha transportado mejor en plena edad media. Sus patios estrechos, sus pasajes abovedados, sus plataformas, sus cúpulas, sus corredores sombríos, por los cuales se veían deslizarse, sin cesar, sombras de frailes, me han producido un efecto de los más novelescos. Todos los recuerdos de Walter Scott, que habían asaltado ya mi imaginación en Jaffa, se han despertado en mi espíritu con más vivacidad aún. Mientras vagaba a través del laberinto del monasterio, mirando los caballos atados en el patio, los árabes dormidos bajo sus mantas de lana, y los peregrinos que curioseaban por doquier, hiriéron mi oído los ecos de los cantos religiosos. Era que se celebraban los oficios nocturnos en la capilla del convento. Guiado únicamente por los sonos que llegaban hasta mí, perdíme en medio de corredores y claustros que parecían no conducir a parte alguna. Por fin, acabé por dar en una salita, muy baja, de dos ó tres metros apenas de ancho, en cuyo testero se levantaba un altar. Unos cincuenta fieles celebraban allí, en coro, las maravillas de la Tierra Santa. A la verdad, las voces eran muy pobres, y la música asaz vulgar; pero la fe ingenua que brillaba en los semblantes, el entusiasmo en que rompían algunos de ellos, el olor del incienso, la exigüidad y la oscuridad de la capilla, que recordaban las grutas profundas donde los primeros cristianos celebraban sus misterios para que no pudiesen verlos los ojos profanos y sustraerse a la persecución; el pensamiento de que sólo algunas etapas nos separaban de Jerusalén; todo contribuía a hacer de aquel sencillo oficio una tierna ceremonia. Hay horas y circunstancias en que el mismo escepticismo del espíritu no quita al alma la frescura y la pureza de sus emociones.

Cuando se deja Ramleh, el camino continúa aún durante algunas leguas por la llanura, sin ofrecer otra particularidad que algunas aldeas y algunas construcciones desprovistas de carácter; pero pronto empiezan las primeras ondulaciones de las montañas de Judea, y poco a poco el viajero va engolfándose en valles estrechos, cargados de flores y de olivos. Costéanse profundos barrancos; trépanse por pendientes pedregosas; ora se está sumergido en una vegetación exuberante, ora piérdese uno en desnudos peñascales que un sol devorador calcina. Cuando se llega a las primeras cumbres y se vuelve la vista atrás, los ojos quedan sorprendidos por el más espléndido espectáculo: toda la llanura de Sarón, desde Gaza a Cesárea, aparece con el mar por bordadura, mientras que al norte se abre el valle de Jeremías, en el cual se pretende haber nacido el poeta de los *Lamentos*. Lo cierto es que, después de haber dirigido un adiós a este admirable panorama, las regiones por que se atraviesan recuerdan la abominación de la desolación descripta por el más plañidero de los profetas.

Las primeras montañas de la Judea son poco elevadas: están cultivadas en gradas: el verdor de los árboles y los mil colores de las flores alegran sus flancos elegantes. Pero cuanto más se aproxima uno a Jerusalén, tanto más cambia de aspecto el paisaje; tanto más sombrío, desnudo y desierto aparece. Las cimas de las montañas se elevan; las líneas de su remate, que poco antes aparecían graciosamente quebradas, prólonganse a lo lejos con desesperada monotonía; los valles hacen su lecho a inmensa profundidad; cauces de torrentes en seco serpentean como cintas agrisadas; árboles, flores, verdura, el césped mismo,

todo desaparece para no dejar puesto más que a la roca estéril y tostada. Diríase ser gigantescas olas roquizas súbitamente inmóviles. La imaginación está aplastada por este océano petrificado. Chateaubriand ha expresado con fidelidad la sensación que causa ese espectáculo grandioso a fuerza de tristeza y de horror. «El paisaje que rodea a Jerusalén—dice,—es horrible: por doquier montañas desnudas, redondeadas por la cima ó terminadas en meseta; muchas, a gran distancia, sostienen ruinas de torres y de mezquitas ruinosas. Esas montañas no están apretadas entre sí hasta el punto de que dejen de presentar intervalos por donde los ojos van en busca de nuevas perspectivas; sólo que esas perspectivas dejan ver trasplazos de rocas tan áridas como las primeras».

Los únicos accidentes de terreno que sea dable encontrar, son desprendimientos, cascadas de piedras que caen de la cúspide de las montañas. Trépanse penosamente, bajo el sofocante calor, por esas escarpadas pendientes; bájase más penosamente aún. Al llegar a la cumbre de cada una de ellas, créese haber llegado al término del viaje; búscanse las murallas y las torres de Jerusalén, pero no parece sino que la ciudad santa se aleja a medida que se avanza. Apenas se ha franqueado un anfiteatro, yérguese otro, más triste y devastado.

Aumentan todavía el aspecto severo de las cercanías de Jerusalén, los tipos casi salvajes de los indígenas. Cuando se está acostumbrado a las honradas y tranquilizadoras estampas de los *fellahs* de Egipto: a las maneras de aquella buena gente, que jamás lleva otra arma que no sea un inofensivo palo, queda uno desagradablemente sorprendido al no topár con un hombre siquiera que no vaya exornado, cuando menos, con un fusil y un par de pistolas. Los pastores que guían sus rebaños, los simples viajeros que se trasladan de una aldea a otra, los beduinos que pasan en caravana sobre sus arrogantes camellos; todos ellos van armados hasta los dientes. En los alrededores de los pueblos, los cuadros son un tanto más alegres. Raramente he visto niños más hermosos que los jóvenes *fellahs* que rodeaban mi carruaje para ofrecermé agua, caña de azúcar ó frutas, camino de Jerusalén. Las mujeres son blancas: no tienen la tez amarillenta ó morena de las egipcias; muestran el rostro al descubierto; el traje elegante; largo velo arrollado en torno de la cabeza; túnica azul como en Egipto, con la diferencia de que esas túnicas no son lisas, sino que la garganta queda dibujada por unas rayas encarnadas y unos bordados blancos. Una diferencia más esencial aún, es que, mientras en Egipto las túnicas son unas verdaderas camisas que caen directamente desde los hombros a los tobillos, en Palestina están fuertemente ceñidas al talle mediante un cinturón. No diré yo que esta disposición sea muy feliz, puesto que hace resaltar la enormidad de ciertas ventajas que las egipcias tienen el buen gusto de disimular un tanto bajo los flotantes pliegues.

En fin, todo tiene un término: hasta la travesía de las montañas de Judea. Llegados a la cumbre de una última pendiente, distinguimos casi delante de nosotros el monte Olivete; a la derecha el valle de la Cruz; más a la derecha aún, a gran distancia, la aldea de Belén; y en primer término, un revoltijo de casas a la moderna: era Jerusalén.

Nada iguala el desengaño de este primer atisbo. Recuérdase la descripción de Chateaubriand: «De pronto, en un extremo de la meseta, percibi una línea de murallas góticas flanqueadas de torres cuadradas, detrás de las cuales se elevaban algunos remates de edificios. Al pie de aquellas murallas veíase un campamento de caballería turca, con toda la pompa oriental. El guía exclamó: «¡El *Gods*! (¡la santa!) y largóse a galope tendido. Comprendo ahora lo que los historiadores y los viajeros cuentan respecto a la sorpresa de los cruzados y de los peregrinos al ver por primera vez Jerusalén. Desde ahora puedo atestiguar que cualquiera que como yo haya tenido la paciencia de leer cerca de doscientas relaciones modernas de la Tierra Santa, las compilaciones rabínicas y los pasajes de los antiguos sobre la Judea, no conoce nada. Quedé con los ojos fijos en Jerusalén, midiendo la altura de aquellas murallas, recibiendo a la vez todos los recuerdos de la historia, desde Abraham hasta Godofredo de Bouillón, y pensando en el mundo entero cambiado por la redención del Hijo del hombre, y buscando en vano aquel templo del cual no quedó piedra sobre piedra... Aun cuando viviese yo mil años, jamás olvidaría aquel desierto que parece respirar aún la grandeza de Jehová y los espantos de la muerte».

¡Ay! Mucho han cambiado las cosas desde Chateaubriand. Verdad es que en su tiempo se abordaba Jerusalén casi de frente, mientras que por el camino actual apenas si se distingue la torre de David y la muralla que la rodea. Por mi parte, puedo asegurar que cuantas más descripciones se han leído de la Ciudad Santa, más penosamente sorprendido se queda uno al atisbala. La única cosa que sorprende la mirada, es una serie de cúpulas, de construcciones macizas, de iglesias rusas, de asilos judaicos, de hospitales y escuelas de todas las nacionalidades, de edificios disformes que dominan la verdadera Jerusalén y la ocultan casi por completo. En lugar del desierto, de las

carreteras polvorientas respirando el espanto y la muerte, atraviésase un camino orillado de tabernas, con letreros en francés ó italiano: *Café du Jourdain*; *A la Mer Morte, restaurateur, donne à boire et à manger*. En lugar de un campamento de caballería turca con toda la pompa oriental, percíbense, apostados en la puerta de la ciudad, corros de muleteros, pordioseros, judíos, tiendas, caballos y camellos, con toda la suciedad del Oriente no menos deslumbradora que su pompa. Finalmente, en lugar de un guía huyendo a galope de su caballo hacia *El Gods*, púedese ver, si se tropieza con una caravana de peregrinos, feísimas muchachas, abates llenos de pretensiones, jóvenes de cara santurrón cantando en coro en medio del polvo: *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem!* Es de reglamento, en efecto, que los peregrinos se detengan al primer golpe de vista de Jerusalén, se apeen de a caballo, y entonen con su entusiasmo de encargo el salmo CXXI. Nada importa que la contemplación les inspire ó deje de inspirarles. Seguramente deben sentirse muy emocionados en presencia del *Cabaret du Jourdain* y de la iglesia rusa...

Recuerdo ahora que, en la caravana de peregrinos que acababa de llegar a Jerusalén al mismo tiempo que yo, había una solterona del más jovial carácter, a la cual sus compañeras de peregrinación llamaban familiarmente *Nana*. Habíale contado ella que en París era conocida por la gente de su barrio con el apodo *Rocambole*, y al punto se le había hecho notar que era mostrarse esto muy retardatario respecto a la novela moderna, y que la ley del progreso la obligaba a llamarse desde entonces *Nana*, segundo bautismo que había aceptado ella con igual frescura que el primero. *Nana* manejaba bastante mal su caballo, ostentando unas formas asaz macizas y redondeadas por la equitación; así es que en el momento en que el resto de los peregrinos, sobreecogidos a la vista de Jerusalén, que no veían, echaban pie a tierra para prosternarse de rodillas con la cara al suelo, el caballo de *Nana* continuaba impertérritamente su marcha.—¡Detened esa bestia!—gritaba la pobre chica, en el colmo de la desesperación.—¡Ya veis que no comprende nada!—¿Habrá que confesarlo? He hecho como el caballo de *Nana*: ¡al llegar a Jerusalén, nada he comprendido tampoco! ¡Ay! ¡Pluguiese al cielo que esta desgracia hubiera sido la última que yo estuviese destinado a experimentar en esta ciudad, donde tantos otros, más dichosos que yo, han visto realizarse todos sus ensueños y han experimentado un deslumbramiento divino!

GABRIEL CHARMES.



LAS PERLAS Y LAS UVAS

Sube en silencio el bardo
las nitidas escalas
de un esquife gallardo
cuyas velas son alas.

Va en busca de unas perlas
a un país del Oriente,
delirando ponerlas
en una regia frente.

En la frente divina,
y de nimbo sedeno,
de una Musa argentina
del Olimpo del Sueño.

Boga al País de plata
en donde las lagunas
de ópalo y escarlata
las cuajan como Lunas.

Navega al país de oro,
de tamiz de arboles,
en donde el mar sonoro,
las cuaja como Soles...

II

Pero en su viaje el bardo
aspira el sacro effluvio
del gran País del nardo
y del pámpano rubio.

Ve con febril pupila
que como allá en las lides
a torrentes destila
la sangre de las vides.

Ve a través de las cubas,
al tiempo de mecerlas,
que el iris de las uvas
eclipsa el de las perlas.

Pone fin a su viaje
al País de la Aurora
delante del brevaje
que las ánforas dora.

Canta una serenata
bajo el poniente opaco,
y alza un cáliz de plata,
sobre el altar de Baco...

PEDRO A. GONZALEZ.

LOS NUEVOS MINISTROS URUGUAYOS



DR. SATURNINO A. CAMP
MINISTRO DE GOBIERNO — (Fot. de L. Cubela)

EN LA AUSENCIA

Para Lila Salorio.

Hay momentos en la vida en que todo parece colorarse de tintes sombríos, y en los cuales la naturaleza tiene para nosotros tristes cambiantes, como si se produjera en la Humanidad algún suceso grave que entorpeciera su marcha progresiva, ó como si el mundo aletargado reflexionase sobre sus ideas de regeneración.

Días, en los que se piensa y razona en lo agitada que es la vida, y en los que en medio á los sinsabores y vicisitudes por que pasamos, convenimos en que es todo una serie de constantes transformaciones, y que evolucionamos con mágica rapidez á través del tiempo y del espacio, alimentando nuestra existencia con esa mezcla combinada de placeres y alegrías, que nos hace ver las cosas bajo los colores prismáticos de la indiferencia. Y en esas horas de tedio en que todo se condensa en efímeras impresiones, reflexionamos en el objeto de nuestros pesares, y le consagramos las más sublimes concepciones del entendimiento, anhelando endulzar con ello las terribles angustias que proporciona, y cuya causa es la ausencia de un ser por el cual sentimos afecto y veneración. Cuando se produce la separación, queda el ánimo abatido y cae sobre nosotros la pena y el dolor, negros como las tinieblas de la noche eterna. Entonces, tórnase más fuerte el cariño, y nacen al par la duda y la intranquilidad. Todo se cree ya perdido, se ve sólo el lado malo, y uno se imagina tocar el ho-

rizonte de la vida, porque se siente empujarse el círculo de acción que nos tocó en suerte al entrar á formar parte del concierto mundanal. Y en medio del torbellino de ideas que asaltan nuestra mente, debilitado el raciocinio, y dominados por la constante preocupación del ser ausente, juzgamos que en verdad las pasiones se agigantan, precisamente cuando no nos es dado complacer nuestros deseos. Lejos del motivo de nuestros desvelos, el cariño se purifica y parecemos ver al través de la distancia, coronada la frente de la bella, con la aureola de la virtud y la pureza.

Ausentes! Vivis ansiando veros, lejos uno del otro, amándonos con el pensamiento, dulcificando las horas de intranquilidad abrumadora con el recuerdo del pasado, maldiciendo las noches de insomnio que os proporciona.

Amar á la distancia! Son fantasías del espíritu, ansioso de realizar sus pretendidos idealismos. Es incomprensible el apasionamiento en esa forma, y necesario es que haya exceso de cariño, para que la ausencia no produzca el olvido, como causa suficientemente lógica de la separación. Por grande que sea la pasión, por fuerte que sea el ánimo para sobrellevar una prolongada ausencia, se teme siempre algo desconocido, se mira con desconfianza el porvenir que decide nuestra suerte.

Amarse frente uno al otro, hallándose en contacto social, es la índole del amor, que puede así pasar, de la categoría de cariño á la de pasión, sin sentir las futuras disidencias que puede traer aparejada la separación.

Unos, marchan juntos por el camino de la



DR. JUAN CAMPISTEGUY
MINISTRO DE HACIENDA — (Fot. Fitz Patrick)

si los ojos revelasen el estado de nuestra conciencia, ó adivinasen nuestros pensamientos.

Más tarde, cuando ha cesado el período emocionante y entra la reacción, las ideas se vuelven más fijas, y entonan los amantes himnos misteriosos de amor, como las aves saludan con su armonioso cántico la aurora del nuevo día. Se transforma todo el pesar de la ausencia, se compensan las horas de tedio, los días grises, con sus recuerdos tristes, y entonces vivimos en perpetua felicidad, como si el amor fuera toda la vida, pareciéndonos ver á nuestro alrededor la aureola del placer, y creídos de la conquista futura del ideal soñado.

Grata compensación á las horas de lucha íntima, á los días nostálgicos, en que vivíamos en afligente monotonía! Basta para complacernos la presencia del encanto, y gozamos con la magnificencia de su hermosura, con las virtudes que son su orgullo, con la pureza de su amor, que alimenta las castas inspiraciones del que descubre ingenuamente sus deseos.

El porvenir, difícil problema, que no resuelve la humanidad, parece en nuestro desvario apasionado, depender de una sola frase, en la que está encerrada la suerte futura del que aguarda su decisión.

Cerca del ídolo, sentimos la necesidad invencible de esparcir nuestras esperanzas de ventura, lo mismo que el ruiseñor esparce sus cánticos, y queriendo vivir con nuestra idea persistente que repite sin cesar su nombre, con el armonioso sonido de un raudal de melodía.

Vivimos extasiados, sin escuchar más que la nota del cariño, llenando con ello el ámbito de la



DR. CARLOS M. DE PENA
MINISTRO DE FOMENTO — (Fot. Chute y Brooks)

vida, comunicándose sus impresiones, gozando del espectáculo que forma la humanidad debatiéndose en sus propios elementos, formulando proyectos venturosos, queriendo, en sus ardientes fantasías, desgarrar el velo del porvenir, para conocer su suerte futura; otros, sienten la nostalgia del cariño, viviendo en perpetua zozobra, temerosos de todo, aguijoneados por los celos, amalgamando en su cerebro millares de ideas, que les hacen entrever desengaños y martirios.

Con qué impaciencia se aguarda la llegada del ausente! Ya se siente venir con sus encantos de siempre, repercutiendo en nuestros sentidos sus voces íntimas, esas secretas impresiones que nos anuncian la llegada del ideal de nuestros ensueños; anhelamos entonces vivir de prisa para conocer ese mañana lleno de triunfos, que nos halaga, porque presentimos días mejores en nuestra existencia.

Ya llega! Viene agitando sus blancas manos, saludando al país de sus esperanzas risueñas, ansiando que la brisa perfumada lleve hasta la frente de su amado, el suspiro amoroso que brota de su pecho. Está más hermosa; en sus ojos se refleja una pasión, y se descubre en su mirada todo el interesante poema de amor que forja su imaginación. Qué indescriptible emoción, la que siente en presencia de su ídolo! Imposible pintar con todo su colorido, la dulzura y el vértigo de esa escena cariñosa, llena de afectuosos recuerdos, en la que se tiene mucho que decir, y en la que no se articula una palabra. Todo se reduce á una serie de miradas intensas, como queriendo escudriñar el corazón, para descubrir la infidelidad, como



DR. MANUEL HERRERO Y ESPINOSA
MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES — (Fot. Chute y Brooks)



GENERAL NICOMEDES CASTRO
MINISTRO DE LA GUERRA — (Fot. P. Calligares)

vida, como la luz del sol ilumina los ámbitos del espacio.

Ya no hay ausencia! Ya fermenta nuevamente la felicidad en el crisol de la vida, renace la primavera en todo su esplendor, se engalana la naturaleza; la tierra resuena con cantos de alegría, y los pajarillos entonan himnos de alabanzas batiendo alegremente sus alas, que ostentan diamantinos reflejos. Desaparecen las penas y se cumplen los ensueños juveniles.

Ya las fatídicas ideas, las ilusiones sombrías, el tedio y la intranquilidad, desaparecen. Aquellos días consagrados al pesar, llenos de melancolía, en que sentíamos la nostalgia del cariño ya no se recuerdan; el pasado se olvida, y sólo el presente nos preocupa.

La ausencia en esas circunstancias, arranca girones de nuestra vida ya demasiado zanjada por las desdichas que nos tocaron en suerte; produce en nuestro ánimo amarguras indescriptibles, y sólo vemos allá a lo lejos, en un horizonte sonrosado, aparecer sonriendo la imagen esplendente de las ilusiones.

Vivimos de promesas, consolándonos con el mañana, ese futuro incierto que se nos aparece dulce y tranquilo, lleno de deleites y voluptuosidades, ansiando llegue pronto, para volver a encender fuego en el santuario del amor. Promesas, son nuestro alimento; y con esas esperanzas, más o menos lisonjeras, vivimos cumpliendo el programa de nuestra vida, expuestos al desengaño, a las decepciones, a los dolores morales que proporciona la duda.

Luego, trócase toda esa serie de sucesos en gratas horas de felicidad, y sin tener un reproche para la ausente, hacemosle creer lo hermoso que es amar a la distancia, como si fuera posible vivir tranquilo, cuando a nuestra existencia la azota el vendaval de las desilusiones humanas! Pero es necesario ser así: ¿a qué pretender luchar contra la corriente, cuando la fatalidad se empeña en empujarnos por el camino tortuoso de las desdichas?

Sigamos la vida con todas sus alternativas, que esas veleidades le quitan su carácter monótono; y esas mismas desgracias que nos afligen, traen a los labios la sonrisa escéptica, porque es inútil oponerse a ello, queriendo agarrar el cielo con las manos. Sólo el vanidoso, puede creer que en la lucha diaria triunfará contra todos los elementos que constituyen el mundo. ¡Son ilusiones fantásticas forjadas al calor de gratos ensueños!

La humanidad marcha al unísono hacia el mismo fin, sin detenerse a contemplar el cuadro de miserias que la circunda, abriéndose paso entre el cúmulo de sucesos que se desarrollan a medida que se avanza. Y los que vivimos ausentes, eslabonando en nuestra cadena tristezas y pesares, seguimos en la baranda infernal, con el recuerdo, con la esperanza que reanima, luchando al igual del marino en medio a la borrasca, seguro de encontrar más tarde días apacibles de bonanza, que compensen las amarguras sufridas.

EDUARDO FERREIRA.

Montevideo.



LA MADRE DE ESTEBAN

En la Moldavia Septentrional, entre Pietra y Folticono, en una montaña, a poca distancia del río, divisanse ruinas de antiguo burgo llamado Niantz y del que ¡ay! muy poca cosa queda todavía en pie. La pequeña ciudad que se extiende al pie de la montaña ha sido construida casi enteramente con las piedras de la soberbia fortaleza.

En otros tiempos, dicha plaza gozaba de gran fama y era considerada como inexpugnable, mientras fué la residencia de Esteban, el poderoso príncipe de Moldavia.

Había librado 50 batallas y casi nunca había vuelto sin heridas; pero después de cada victoria, levantaba una iglesia para demostrar al cielo su agradecimiento.

En ese día se había librado una nueva y reñida batalla,

NUESTROS DIPLOMÁTICOS



DR. EPIFANIO PORTELA
MINISTRO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN CHILE
(Fot. de Freitas y Castillo)

y desde lo alto de la fortaleza se podían seguir todas las peripecias del combate. Desde hacia algunos momentos iba tomando un aspecto desalentador, y habírase dicho que la fortuna de los combates se disponía a abandonar a Esteban.

En el burgo habían quedado dos mujeres: una era la esposa de Esteban, y su madre la otra. La joven princesa dejaba correr sus lágrimas a lo largo de sus mejillas rosadas, a las que su cabellera rubia formaba un marco dorado; ya con la mirada fija contemplaba la llanura, ya en su angustia y terror, escondía su rostro debajo de su velo para no ver nada.

Muy distinta era la actitud de la otra mujer. Estaba de pie, soberbia, al lado de la joven princesa, y miraba a lo lejos, sin hacer movimiento alguno, sin decir una palabra.

Debajo de sus cejas negras, enérgicamente fruncidas, brillaban sus grandes ojos oscuros que, con su nariz muy arqueada, daban a su fisonomía algo que la hacía parecerse a la del águila, un velo del más fino tejido de seda cubría su cabellera negra con reflejos azules sujetos debajo de su barba prominente.

De labios muy plegados, su boca era más bien grande, y cuando se sonreía, dejaba ver dos hileras de dientes de una blancura deslumbradora, que todavía daba realce a sus facciones. Vestida con suntuosos géneros de seda, habían permanecido durante todo el día sin tomar alimento alguno, con los ojos constantemente clavados hacia el mismo lugar; de vez en cuando ponía su hermosa mano en el hombro de su nuera, y le decía algunas palabras para devolverle el valor y la firmeza; su voz era fuerte o imperiosa; con todo, no conseguía consolar a la joven, presa de horrible tristeza.

Llegó un momento en que el aspecto del campo de batalla fué tan alarmante, que la ansiedad dominó todos los demás sentimientos. Por minutos la distancia iba acortándose entre los combatientes y pronto se vió que Esteban se hallaba reducido a defenderse.

—¡Madre mía, lo van a matar!

—Esteban vencerá antes de concluir el día.

La fe y la gravedad con que fueron pronunciadas estas palabras, detuvieron las lágrimas de la joven.

De repente se oyó el ruido de un caballo al galope, y poco después llamaron a la puerta del burgo.

—¡Es Esteban! De ello estoy segura. Voy a abrirle la puerta.

Con ademán imperioso su madre alejó a la princesa. Luego bajó lentamente.

—¿Quién llama? preguntó desde adentro, pero sin abrir.

—Esteban, tu hijo.

—¿Mi hijo? ¿Y quién eres, forastero, para pretender entrar así en la morada de mi glorioso hijo?

—Madre, ábreme; soy yo. Estoy vencido. Los turcos me persiguen. Mis heridas agotan mi sangre.

—No puede ser hijo mío el que así habla. Es algún desconocido. Mi hijo no volvería sino vencedor. Está lejos de este burgo, con brazo valiente rechaza a los enemigos de su país. Tú, joven forastero, que vienes a causarme un dolor cruel, pretendiendo ser hijo mío, has de saber lo siguiente: No entrarás aquí, puesto que no sabes vencer; vete al campo de batalla en busca de una muerte heroica; entonces si seré para ti una madre y con mis lágrimas regaré tu tumba.

La joven princesa cayó de rodillas y con sus súplicas intentó conmovérla. Ella impuso silencio con un ademán.

Esteban había doblado la cabeza bajo el peso de la vergüenza y del dolor. Pero pronto echó hacia atrás su lengua melena, tocó su cuerno, que llenó a las tinieblas de sonidos capaces de resucitar a los muertos y de arrastrarlos en pos de sí.

Entonces su ejército derrotado volvió a formarse, a agolparse en torno suyo en buen orden y en filas compactas. Con la rapidez del vendaval bajaron la montaña y se precipitaron sobre los enemigos, que en la creencia deque habían triunfado, habían roto ya sus filas. En poco tiempo los derrotaron, y el eco de la batalla sonó cada vez más lejano.

El viento traía a los oídos de las dos mujeres gritos de victoria que hacían palpar sus corazones de alegría.

Y otra vez Esteban tocó su cuerno, y aquel fué un aire de victoria.

Los vencedores se pusieron en marcha hacia el castillo, cuyas almenas iban perdiéndose en el cielo estrellado.

En el acto se vió en el interior del burgo correr en todas direcciones luces y antorchas: estaban apresurando los preparativos para una brillante recepción.

Al pie de la colina se oyó el galopar de un caballo.

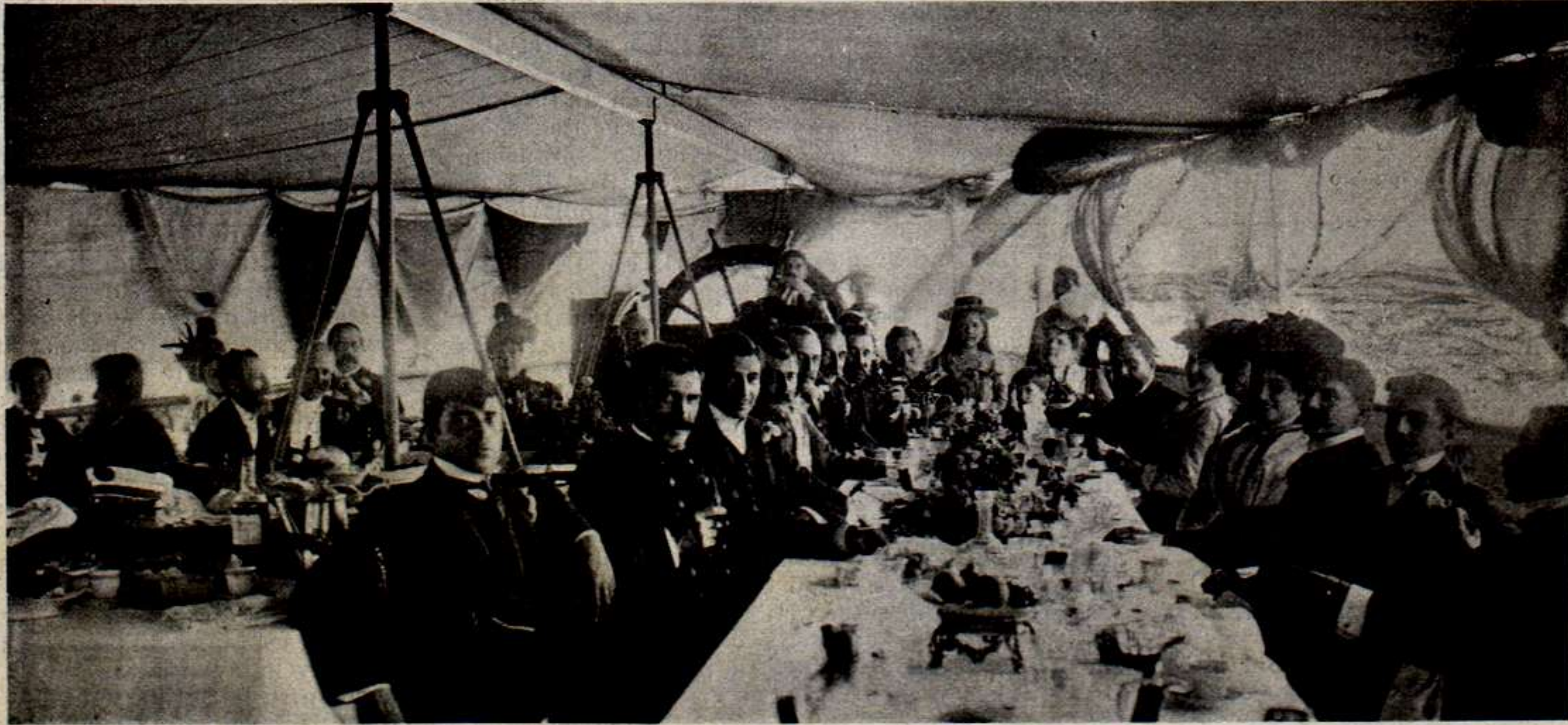
Esteban apareció a la cabeza de sus guerreros.

Tan pronto como vió a su madre, se apeó y arrodillándose ante ella:

—Madre, á vos es a quien debo esta victoria.

Entonces, por vez primera, los ojos de aquella mujer varonil se humedecieron de lágrimas y sus labios se estremecieron, mientras que el héroe se abrazaba a su joven esposa, radiante de júbilo.

—Tú me hubieras abierto la puerta, murmuró él.



BANQUETE DEL MINISTRO PORTELA A LOS DELEGADOS CHILENOS EN LA «MAIPÚ».

—Te amo tanto, Esteban, y estaba tan inquieta!....
—Si, contestó él en voz alta; pero mi madre me ama más que tú!

CARMEN SILVA.



PARA TI SOLA

¡Quién, al verte, imagina
que tienes escondidas tantas penas,
tú, siempre tan risueña, que parece
que con tu rostro plácido condenas
todo aquello que abate y entristece!

Y anoche me contabas,
en el sofá tendida muellemente,
inclinada la frente,
lo mucho que sufrías,
lo mucho que llorabas
bajo tus aparentes alegrías.

—«Mi vida es un infierno—me decías
con dolorido acento;—

y es lástima tal la que por mi siento
cuando en mis horas negras reflexiono
en esta soledad en que se abisma
mi juventud ya mustia y decadente,
que quisiera morirme de repente,
ó perder la conciencia de mi misma!

Odio á los hombres, odio la existencia,
y la hora maldigo
en que al mundo me echaron, porque el mundo,
de quebrantar sus reglas, en castigo,
finge mirarme con desdén profundo!

Y en tu cara de muerta
y en tu mirada incierta
flotaba como un velo de locura;
y yo, mudo, entre tanto,
enjuguaba tu llanto
saboreando contigo tu amargura.

La miseria, que enfanga nuestra vida;
tu complexión ardiente y soñadora;
la lujuria del hombre, que persigue
á la virtud hermosa y desvalida,
como el perro de caza
persigue y mata á la indefensa liebre
obedeciendo á instintos de la raza,
te empujaron al vicio en que hoy te anegas,
y, cansada del vicio, al fin, reniegas,
porque quien tiene el corazón aún sano
no disimula el asco que le inspira
el olor nauseabundo del pantano.

No, no eres mala; la ilusión aún bate
sus alas de oro en torno de tu frente;
tu pecho generoso,
al parecer marchito, vive y late
por todo lo que es grande y es hermoso,
y aún de tu alma brotan en lo vivo
ternuras exquisitas,
como nacen en campo sin cultivo
abundantes y frescas margaritas.

Tu inteligencia penetrante y fina
lo más obscuro y complicado entiende,
y aquello que no entiende lo adivina
en visión momentánea que sorprende.

Por eso de la vida el sordo tedio
sientes en ti tan hondo
y en vano buscas á tu mal remedio
apurando la copa rebotante
de placeres extraños, hasta el fondo!

Te amo, si, te amo
con espontáneo amor que no se paga
de apariencias falaces,
y en las horas fugaces,
en que estoy junto á ti, siento un aroma
de caliente tristeza que me embriaga!

EMILIO BOBADILLA.
(Cubano)



EL ANIMA SOLA

(Traducción libre del pueblo)

I

Y en aquel tiempo, como dicen los Santos Evangelios, hubo una estirpe que llenó el universo con su fama. Su nobleza fué la más alta y esclarecida; sus hombres todos, héroes y conquistadores; riquísimos sus feudos y regalías. Mas la muerte, envidiosa de esta raza, sólo dejó un vástago para propagarla. Con los títulos y privilegios que en él recayeron, vino á ser el castellano más poderoso de su época. Los reyes mismos le agasajaban, porque le temían.

En su ansia de perpetuarse, de restaurar la grandeza del apellido, pedía á Dios hijos varones por decenas.

Como no se los diese, bajó á dígitos y, por último, á la unidad. Pero Dios, ó no estaba por excelencias de la tierra, ó quería mortificarle: á cada espera enviábale una hembra, cuando no dos.

Entre la ilusión y el desengaño, llegó el caballero á la vejez; y su tercera esposa, sus trece hijas y la muchedumbre de vasallos le pagaban el desaire. Sus crueldades aterraban la comarca; en los calabozos gemía toda una multitud de desgraciados; de las horcas del castillo colgaban los siervos en racimos. Al clamor de tantas almas, fué Dios servido de otorgarle al magnate un heredero. Pagado, resarcido de todo se consideró con el regalo: parecía hijo de gigantes, y era tan hermoso y perfecto, que á nada en el mundo podía compararse. Pesóse el recién nacido, y diez veces su peso fué mandado, en oro, á varios templos y santuarios. Su Sacra Real Majestad vino en persona á sacarle de pila; repartieronse ducados entre el pueblo, cual si fuese jura de soberano; celebráronse fiestas por ocho días, y numerosos mensajeros llevaron la nueva á ciudades y castillos. *Timbre de Gloria* se nombró al heredero.

Rejuveneció el castellano con la dicha: de sombrero y sanguinario, tornóse regocijado y compasivo. Bajó á sus pecheros los impuestos; envió sus mesnadas en defensa de la cristiandad; dos galeras, costeadas á sus expensas, purgaban los mares de infieles; y las limosnas salían de sus arcas como de manantiales insecables. Colmó á las hijas y á la esposa, especialmente, de atenciones y finezas; hizo alianza con muchos caballeros y grandes agasajos en su castillo.

Señores y vasallos, amigos y extraños competían en cariño al vástago precioso que trajo á la comarca tantas bendiciones. *Timbre de Gloria* confirmaba día por día el nombre que le dieron; en su persona pareció concentrarse el lustre y la grandeza de sus antepasados. El castillo, antes tedioso y solitario, convirtiólo el infante en animada corte de placeres y discreteos. Tenía á perpetuidad un cuerpo de físicos que le velaban por turno, para extirpar, en cuanto asomase, el amago de la enfermedad; y todo por lujo solamente, porque *Timbre de Gloria* era la misma salud. Academias laicas y clericales lo instruían en matemáticas, humanidades y ciencias teológicas. Habilísimos maestros en artes bélicas, musicales y venatorias, fueron llamados de lejanas tierras, para adiestrarlo en tan caballerescos ramos.

No en balde: á los dieciséis años daba quince y raya á unos y otros. Abismados se quedan los frailes con las hondas cuestiones que á menudo les propone, con los silogismos, en la más castiza latinidad, de que se vale á cada paso. No menos se pasman los matemáticos, al ver cómo caben y se relacionan en tan juvenil cabeza lo mismo los ápices del número y de la fórmula que las abstracciones del plano y del sólido. Ninguno como *Timbre de Gloria* para garbear en el potro más indómito; ninguno como él en el manejo de jefaltes y halcones; ninguno, para disparar venablos y balistas. Á sus flechas no se escapan los pajaritos del cielo, y en cuanto echa la jauría por delante, no hay alimaña segura, aunque se enmadriguere en el mismo centro de la tierra. Traslada á grandes distancias pesos enormes, como si fueran copos de algodón; para trepar y dar saltos, sólo las corzas rivalizan con él; en canto y danza, parece hijo de Apolo y de Terpsicore; tañe, como él solo, desde el pastoril caramillo hasta la citara del poeta; y en cuanto á desatarse en improvisadas endechas, al compás de un laúd, es para el doncel lo mismo que conversar.

Como ya en esa edad, tuviera una fiereza, unas lozanías y una beldad que ponían pálida y convulsa á cuanta hembra le mirase, quiso el padre darle estado, á fin de que le dejara, antes de marchar á la guerra, un par de nietos, por lo menos. Tras de largo discurrir y escogitar, atúvose á la fama, y eligió á *Flor de Lis*, hija de un poderoso castellano y tenida en el Reino por la más bella y recatada.

Distante muchas jornadas del castillo de *Timbre de Gloria* estaba el de la hermosa; á él se encaminaron padre é hijo, cargados de riquísimos presentes, con gran séquito de escuderos y servidumbre. No bien hizo la petición el caballero cuando le fué concedida; y al avistarse los prometidos, ambos á dos, estuvieron á punto de desmayarse: tan hermosos y seductores se hallaron uno á otro, de tal modo traspassados por puntas de amor. Concertáronse las bodas con el plazo perentorio de los preparativos, y, después de tres días de espléndidos festejos, partieron los peticionarios.

Tamaño acontecimiento trascendió hasta los reinos limítrofes: apenas si cabría en el mundo pareja tan hermosa, más ilustre, y novios el uno para el otro más apropiados. *Timbre de Gloria* estaba como loco; aun á las fieras del monte, hasta á los mismos muros del castillo quería comunicarle su ventura: enajenábase con la ausencia: eternidad se le volvía la rapidez vertiginosa con que se gestionaban los aprestos y diligencias del matrimonio.

Más que con los garzones de su clase, le ligaban vínculos de tierna amistad con su maestro predilecto, el Licenciado Reinaldo, varón doctísimo y preclaro, en quien cifró el mancebo cuanta fe y seguridad cupo entre amigos. El tal se hallaba, últimamente, en la corte, y *Timbre de Gloria* acudió en su busca, para hacerle partícipe de cuanto le acontecía y esparcirse con él en deliciosas confidencias.

Nunca tal hiciera. Grande atención prestó el

Licenciado al desbordante relato del doncel; y luego, con aire y tono de quien posee un secreto por nadie sospechado, dejóse decir estas palabras:

—Hermosa como el sol es tu prometida, amigo mío. Rica hembra más celebrada no conozco: pero....

—¿Pero qué, maestro?

—¡Pero! volvió á decir el Licenciado.

Y á que se explicase no fueron parte ni el ruego, ni las promesas, ni las lágrimas de su discípulo. Separóse de Reinaldo con el corazón emponzoñado. Ese *pero* que nada definía, que nada concretaba, tuvo para él, en la boca autorizada de su maestro y amigo, la sugestión terrible de lo desconocido.

¿Qué sería? ¿Qué no sería? ¿Un alerta, acaso? ¿Un pronóstico? ¿Cuántas y cuáles consecuencias tendría eso en su destino? Imposible adivinarlo. Mas, fuese esto, aquello ó lo de más allá, no le cambiaba duda de que era algo grave, tal vez vergonzoso, que, en su inexperiencia de niño, no le era dado ni sospechar siquiera.

Sólo así se explicaba la obstinación de su maestro en aclarar el asunto; de otra suerte, no concebía aquel *pero* en boca por la que hablaban la prudencia y la sabiduría.

Labrándole, corroyéndole la palabra cada vez más, llegó al castillo tan tembloroso y desencajado, que todos á una tuvieronlo por próximo á espirar. Corrieron los escuderos, corrió el padre, corrió la madre, corrieron las hermanas; bajáronlo del corcel como un difunto y lo llevaron en vilo hasta su lecho. A la grita y confusión, cobró alientos el mancebo; mas fué para arrojarle desatentado y ponerse de hinojos á las plantas de su padre. En tal guisa sacó la tizona y, con voces doloridas y entrecortadas, dijo así:

—Padre y señor: tomad mi propio acero y quitadme la vida: no la merezco ni la quiero. No la merezco, porque tengo de faltar al honor; no la quiero, porque no hay bajo el cielo, hombre más desgraciado que vuestro hijo.

—¡Loco!... ¡Mi hijo está loco!—prorrumpió el castellano, presa del espanto.

—No estoy loco, padre y señor—replica *Timbre de Gloria*, con acento seguro y reposado. Hoy más que nunca estoy en mis cabales; pero ni vos ni nadie en el mundo será poderoso á que yo tome por mujer á *Flor de Lis*. ¡Por mis padres que me escuchan, por el Dios que está en los cielos, juro que sólo en pedazos me llevan al altar y que no tomaré por esposa á otra mujer! De antemano me declaro reo de muerte, y os pido, padre mío, cumpláis la sentencia. Tomad mi espada... No vaciléis un punto.

—Alzate, hijo mío, envaina el acero, que estás loco.

—Tratadme como á tal si así lo creéis; pero mi juramento es irrevocable.

Dijo y salió.

Creyóse en el castillo que, sobre la locura del hijo vendría la muerte del padre: tan espantosa fué la apoplejía que le acometió. Pero estaba de Dios que escapase de esa. No por ello amainó *Timbre de Gloria*. Ni su madre ni nadie pudieron arrancarle las razones que le asistían para tamaños desafueros.

Días después, llamólo el caballero á su presencia, y le ordenó:—Trepá á la torre del homenaje y, con tu propia espada, borra el lema y la heráldica de nuestro blasón.

Ardúa fuera la empresa para otro. En el lado más visible del altanero torreón, sobre la serie paralela de saeteras, campaba, labrado en piedra de sillería, el enorme escudo. Su divisa en latín y en grandes caracteres, podía leerse á muchísima distancia. Traducida al romance, rezaba, más ó menos: *Primero la muerte que el deshonor*.

Apresuróse el mancebo á cumplir su cometido. Colgó de las almenas una escala á manera de trapecio, deslizóse por ella como un acróbata, sacó la espada y principió. Había para rato. Trabajó desde el alba hasta la noche. Nada le detuvo: ni la dureza de la piedra, ni lo disparatado del instrumento, ni la violencia de la posición. Pasaban días y días, y el doncel siempre colgado. Ni una palabra le dirigió su padre en tanto tiempo. Si creyó al principio que con el recurso de la borradora cedería el obstinado, ya lo dudaba. En su cólera, no sabía á qué castigo apelar.

Llegó un día en que de la gloriosa y complicada heráldica no quedó ni vestigio en el escudo. Fuese *timbre de Gloria* á su padre y le dijo:—Venid á ver si he cumplido vuestras órdenes.

Y fué el padre y vió.

Mandó al garzón se vistiera los arreos y las galas de caballero y tornase á su presencia: mandó á sus escuderos le trajesen las cadenas y los grillos más pesados que hubiera en los calabozos, la pellica más vieja que encontrasen en la cabaña de los pastores y las tijeras con que esquilaban las ovejas.

Doncel y escuderos tornaron á un tiempo; ellos, temblando de espanto; él, sereno é impasible.

Mándole el padre ponerse de rodillas y, en cuanto lo hace, córtale á tajos la cabellera de arcángel; júntala en manojo, y cual si fuera rayo de su cólera, lo lanza hasta el corral. Cógele por el cuello y lo levanta, tómale la espada, pártela en dos contra la rodilla y arroja los pedazos á un foso; despójalo de la espuela y las insignias, y, á dos manos, frenético, insano, le arranca, le desga-

rra, le hace añicos recamos, sedas y holandas. En viéndole desnudo, le echa encima las repugnantes pieles; ciñele luego los hierros remachándose los el mismo con su propia mano. Apártase unos pasos, no bien termina; brama de ira y, entre acecidos y temblores, le dispara estas palabras: ¡Maldito sea el día en que te engendré! ¡Malditas las entrañas que te concibieron! ¡Aparta de mi vista, hijo desnaturalizado! ¡Vete a acabar tu vida, enterrado a pan y agua, en el sótano más hondo del castillo! ¡Púdrase tu cuerpo, hierva de gusanos antes de morirte, abismese tu alma en los infiernos y caiga sobre ti la maldición de tu padre!

Repitió el eco las palabras, oscureció el cielo, corrió el espanto en la comarca; y Timbre de Gloria, escoltado por sus propios escuderos, marchó a la condena.

Un pergamino, escrito por el Capellán del castillo y firmado por una cruz—que era todo el autógrafo del castellano—fue remitido al padre de Flor de Lis. Por tal documento se le hacía saber la locura del mancebo y el fracaso consiguiente de las bodas.

De allí a poco, dió el anciano en sacrilega demencia. No la mano, sino el pie puso en el rostro del Capellán; acabó a golpes de hacha con cuanta imagen de santo había en el castillo; suspendió de la horca la estatua de San Miguel, patrón glorioso de su raza; convirtió la capilla en perrera, y las venerandas reliquias de mártires, que de siglos atrás guardaba la familia como tesoro preciosísimo, fueron arrojadas al muladar.

Tras el furor, le sobrevino lamentable atonía; entróle frío en el tuétano, y murió, impenitente, blasfemo, espantoso.

La infortunada viuda quiso, al menos, desenterrar al maldecido. Bajó hasta la mazmorra y, a la luz de las antorchas con que dos pajes le alumbraban, vió al hijo de sus entrañas revolcado en su propia sangre, aplastada la cabeza como una masa informe.

No sobrevivió la infeliz a tanta desventura. Sus hijas é hijastras, unas quedaron locas, otras fatuas y tontas las restantes. Los siervos se alzaron a mayores, y sobre los inmensos dominios y riquezas de tan ilustre raza cernióse la rapiña.

Flor de Lis, entre tanto, se agostaba como azucena roída por el gusano. Viuda moralmente, muerta para el mundo y con el alma enferma, metióse religiosa en orden de estrecha regla.

Tan téticos sucesos fueron asunto de una balada gamebunda, con que los dulces y errantes trovadores disipaban el tedio de los magnates y hacían llorar á las castellanas, en las sombrías veladas del invierno.

II

Ni una vez, ni una, se acusó á sí propio el Licenciado de la tragedia del castillo. A raíz del *pero*, tembló por su cabeza, temiendo que el *garzón* le divulgase; con la muerte del castellano, respiró. Para el corazón de ángel que le quiso con ternura y le colmó de favores; que llevó, sin venderle, sin maldecir de su nombre, la espina envenenada, no tuvo luego, el victimario, ni el perfume de un recuerdo.

Pasó el tiempo, y hasta la misma balada se olvidó.

Viento favorable había elevado al Licenciado. Prez y honra le dieron sus talentos, su saber, los altos puestos que ocupó, y los grandes personajes que frecuentaba. A mayor abundamiento, un su tío, arcadiano opulentísimo, lo instituyó su único heredero. No obstante todo esto, y los cincuenta años en que frisaba, permanecía célibe.

Embebido hallábase una noche el insigne Reinado en la maraña de ruidosa litis, de que era parte, y, á tiempo que pasaba de *Las Pandectas* á *El Digesto* y de los fueros á las pragmáticas, oyó que Timbre de Gloria, con voz triste y suplicante, le dijo al oído: ¿Pero qué, maestro?

Soplo helado de ultratumba le recorrió las vértebras, le erizó los pelos y lo dejó en la silla como petrificado. Allí quedara, si un trueno horrible que conmovió los cimientos de la tierra, no lo botase del sillón y lo volviese á la vida. Tiróse en el lecho como un sonámbulo, y la conciencia muda hasta entonces, le habló.

A la mañana siguiente, se postraba, bañado en llanto, retorcido de dolor, ante un sacerdote. De todo le absolvió... menos del *pero*. Vuela al obispo, y tampoco: es delito reservado al Papa, al Papa únicamente. ¿Qué hace?

Sale y publica su falta por calles y por plazas; corre á sus arcas, vacía las talegas y reparte el oro entre los pobres, va á un escribano y cede lo demás á templos y hospitales. Nada se reserva. Viste luego el sayal de peregrino; coge un báculo y emprende, á pie descalzo, camino de Roma. Implora donde llega, el mendrugo de pan; duerme en despojado, sobre asperezas y cantiles; golpéase el pecho con piedras puntiagudas. Demacrado, macilento, el cuerpo una sola llaga, toca á las puertas de la Ciudad Eterna, treinta y tres meses después. Merced á los buenos oficios de unos monjes, llega hasta Su Santidad.

Oyóle el Vicario de Cristo, y le dijo: Enorme es tu delito, hijo mío, enorme ha de ser tu penitencia. Mucho has expiado hasta ahora; pero ese mucho es á tu falta lo que una gota de agua al

mar. Parte ahora mismo, y, siguiendo siempre hacia Oriente, peregrina hasta que mueras. Tomarás, por todo sustento, tres bocados cotidianos de pan negro y tres veces la porción de agua que te quepa en la cuenca de tu mano. Sólo dos horas dormirás, y éstas al mediodía y siempre sobre piedras y á la intemperie, lo mismo en invierno, que en verano. A donde quiera que llegues, solicita por los muertos del día, y vela tú solo al que la suerte te depare. Si no le hay, vela este esqueleto, que has de llevar siempre contigo, sobre la espalda, pegado á tus carnes bajo el sayal de lana. Te ceñirás tibias y peronés á la cintura, como un silicio; cúbites y radios, al cuello, como un cordel. Toma esta caldereta que contiene el agua inagotable del perdón, y esta rama inmarcesible de olivo. Lléalos siempre ocultos y da con ellos paz á cuantos muertos velares. Si cumples esto, hijo mío, hasta tu muerte, estarás en vía de salvación.

Ciñóse allí mismo el esqueleto, tomó la vasija y el hisopo... y á andar, á andar.

¿A dónde no fué? Recorrió mares y continentes, metrópolis sabias y populosas; discurrió por aldeas y cortijos, por comarcas ásperas y desiertas; probó el pan de todas las naciones, bebió el agua de todos los ríos y aspiró el aire de todos los climas; conoció los ritos fúnebres de todas las religiones; veló muertos de todas las razas y oyó lamentarlos en todas las lenguas.

Siempre hacia Oriente, hacia Oriente, llegó al caer de una tarde melancólica á la ciudad nativa. ¡*Tlan! tlan! tlan!* gemían las campanas, enloquecidas de dolor; seguían otras y luego otras, y los lamentos del bronce llenaban el ámbito, y el eco los repetía más tristes cada vez. Respirábase en la metrópoli ambiente de orfandad; discurría el gentío con aire de pesadumbre, y por entre el clamoreo de las campanas, oíase como un concierto de sollozos.

Avanzó el peregrino ciudad adentro. En todas partes, hombres y mujeres, niños y ancianos, agotaban el mismo tema, en llorosos grupos. Por palabras y frases tomadas aquí y allá, vino en conocimiento del suceso: la madre *Esclava del Cordero*, había muerto en olor de santidad y en uso perfecto de sus facultades, á la edad de ciento quince años. La ciudad toda pedía su canonización.

Por los andenes de una plaza, seguido de muchos sacerdotes, venía el Obispo. Arrodillóse el peregrino en los portales de un edificio, para recibir la bendición. El aire ascético y penitente del romero; su barba centenaria, que al estar él de hinojos, barria por el suelo; los surcos que el llanto había labrado en sus mejillas, la extraña corcova que le formaba el esqueleto, llamaron sobre manera la atención de Su Ilustrísima. Detúvose un instante; y el peregrino, con humildad y unción que conmovieron hondamente al prelado, besóle el anillo y le pidió permiso para velar la religiosa. Hizole seguir hasta palacio Su Señoría, y de ahí á poco envió á las monjas orden terminante de dejar sola la muerta, de cerrar la iglesia inmediatamente y de enviarle las llaves.

Con el último toque de ánimas entraba el peregrino en el antiguo templo. La presencia de Dios y el misterio de la muerte sentíanse en el augusto silencio del recinto. Luctuosos paños pendían de las bóvedas en oscilantes pabellones; velado estaba el altar como en cuaresma. Sobre él, sangriento y lastimoso, en cruz enorme de márfil, se destacaba un Cristo de Viernes Santo; como astro distante y solitario, alumbraba apenas la lámpara del Sacramento. En la amplia nave central alzábase, negro é imponente, el catafalco de la muerta; seis blandones reflejaban sus luces en las guarniciones y lágrimas de plata de las fúnebres colgaduras. Postróse boca abajo el peregrino y oró un corto espacio; se arrastró luego de rodillas hasta el centro, y dió sobre el féretro los treinta y tres aspergus de costumbre. Apenas terminados, cae el sudario, y, alta, rígida, con majestad hierática, se alza la monja y dice:

—Bien haces en hisoparme, peregrino. El agua santa de la misericordia cae sobre los muertos como rocío del cielo. Te esperaba. Por permisión divina tengo de revelarte grandes cosas. Toma un escabel y siéntate; gira entorno la mirada, y dime lo que veas.

Y su voz, argentina y dulcísima, se modulaba en inflexiones de suprema tristeza. Obedeció, subyugado, el peregrino. Velo impenetrable cubrió la lámpara del tabernáculo; apagáronse á un golpe los blandones; tiniebla pavorosa, como del interior de tumba, envolvió el templo.

—¿Qué ves, hermano mío?—preguntó la religiosa.

Guardó silencio el peregrino, como absorto, y al cabo habló así:

—Hermana... Grandioso, incomparable espectáculo ofrece á mis sentidos. Lumbre intensísima, para mí desconocida, inunda cuanto veo. Lejos de cegarme, mi visual alcanza y precisa á distancias incalculables. Oigo y mi audición percibe la armonía del concierto y distingue, á la vez, el más vago y leve rumorillo. Todo lo entiendo y lo defino, por obra de intuición sobrehumana. En todo estoy á un mismo tiempo, cual si tuviera el don de ubicuidad. Ni cordilleras ni nevados limitan el infinito horizonte. Si esto fuera espectáculo del mundo, el globo de la tierra ha debido abrir su planisferio, sin perder por ello sus innumerables sinuosidades.

Colocado estoy en el centro, sobre una eminencia, punto preciso de vista para abarcarlo todo.

—¿Y qué ves desde allí peregrino?

—Veo magníficas basílicas de severa, desconocida arquitectura, que hunden en el cielo sus agujas; santuarios que brillan en las cumbres como bloques de nieve incommovibles; dilatados ministerios que blanquean en mitad de las llanuras, villas que en torno de aquellos se agrupan, cual si buscasen su sombra. Veo, en desiertas altiplanicies, lazaretos más extensos y hermosos que los palacios de los reyes. Veo infinidad de bajeles de mil formas, que surcan todos los mares, que anclan en todos los puertos, que llevan y en sus velas y en sus mástiles la Cruz de Jesucristo. Ah!... La divina enseña por todas partes. Osténtanla en sus coronas y en sus cetros monarcas poderosos que pasan ante mí en incontable procesión; osténtanla en sus tiaras la serie de pontífices que más allá contemplo; en sus mitras, esotra de prelados que diviso á lo lejos; en sus casullas, legión innumerable de sacerdotes.

—¿Y qué más?

—Siempre la Cruz, hermana mía: por cientos, á millares, como campo de mieses! En cada cruz, un cuerpo suspendido: son mujeres de ideal belleza. Aspero saco, erizado por dentro de sutiles puntas encubre sus encantos y se clava en sus carnes; se distienden sus miembros, medio dislocados; crujen sus huesos; pies y manos se atrincan contra al leño por cordeles de esparto; corona semejante á la de Cristo ciñe sus cabezas; corre la sangre por sus frentes; de sus poros salta el sudor de la fatiga y del suplicio. No mueren: se atormentan. Como la santa de Pazzis, quieren la vida para padecer; y cada una de aquellas mártires es descolgada por sus hermanas, antes de que la tortura la haya hecho sucumbir; otra la sustituye y á ésta la siguiente, porque no esté nunca desierta la Cruz del Redentor. Son *Las Crucificadas*. Limpias como la nieve al descender del cielo, se ofrecen en lento, perpetuo holocausto por los crímenes del mundo. Porque la víctima sea más preciosa; porsacrificar lo que más amaron las hijas de los hombres, sólo hermosura reciben en su seno.

Deténgome, ahora, ante otro cuadro no menos indecible. Son como aves blancas que vagan sin cesar. Se arremolinan en bandadas; se dispersan como pétalos de rosa que se deshojase en el aire; giran, febricantes de amor, para posarse ruego donde quiera que agonicen los mortales. Vuelan de los apesados á los leprosos, del lazareto al cobertizo del campo, donde perece el aislado. Caidas del cielo, surgen en los siniestros y catástrofes. A través del nublado de la metralla y el vapor de sangre de los combates, entre las nubes de polvo y los escombros del terremoto, sobre las aguas furiosas que inundan los pueblos, entre las llamas del incendio, en toda desgracia, en toda muerte, flota y tremola, como enseña de paz, el velo cándido que las envuelve. Son *Las Cazadoras de Almas*. Se diezman, se aclara la bandada. No importa. Por soplar en el oído del moribundo el nombre de Jesús, perecen ciento: ciento, porque bese el labio contraído la imagen de Jesús; y por disputar una alma á Satanás, en su hora suprema de asalto perecieran todas.

Me pasmo, ahora, ante un prodigio que no soñaron los genios de la tierra. Es un lienzo. El alma del pintor debió de subir al cielo y tornar aquí abajo para reproducirlo. Arriba, sobre iris y divinos resplandores, corona el Eterno á María por Reina del Empireo; espíritus angélicos y bienaventurados se prosternan, la glorifican y la aclaman; la inmensidad de cabezas forma horizontes. Abajo, entre incendios de gloria, miro el Cordero; los coros de Virgenes entonan en redeo el himno de la pureza...

¡Ah! otro cuadro, y otros, y millares! Todos del cielo! Pintando están centenares de artistas. Es escuela al par que oblación. Trabajan de rodillas, por su Dios y para su Dios, poseídos de fiebre glorificadora. A cada pincelada alzan los ojos al cielo y se transfiguran: piden inspiración al Padre de la Belleza y le ofrecen á un tiempo sus trabajos. Son *Los Artistas sin mancha*.

Quedóse de pronto silencioso, como abismado en la contemplación.

—Por qué callas peregrino?

—El gozo me roba el alma, hermana mía, y temo que mi vista se engañe. Estoy en Jerusalén. Sobre la cúpula de Omar se eleva, victoriosa, triunfante, perfilada en el cielo, abiertos los brazos, protegiendo al mundo, la Cruz de Jesucristo. Se eleva sobre los encumbrados minaretes pintados de arrebol, sobre las torres cuadradas y las cúbicas habitaciones, en los desiguales muros y en las puertas de la Ciudad Santa. Infinidad de templos católicos se yerguen en su recinto; yérguense en las escarpadas alturas del Moria, en el Valle de Sión, en la cima del Monte Olivete. Arquitectura y estatuaría cristianas, de arte prolijo y hondo simbolismo, cubre de mármoles preciosos las pendientes del Gólgota. Las campanas repican gloriosas en todos los templos; vibra el júbilo en las ondas del Siloe y del Cedrón, en las cumbres del Monte del Escándalo; regocijense en sus sepulcro, las cenizas de David y de Josafat. Muchedumbre de fieles se desborda en la que fué mezquita de Omar; resuena el órgano como intérprete de tanto corazón; por el dombo anchuroso suben las preces entre gasas de incienso. Sobre el altar de David,

en custodia magna, donde cuajó el Oriente sus tesoros y el arte sus maravillas, está expuesta la Majestad de Dios. El púlpito, de ébano y marfil, orgullo de Noradino, ocupó un prelado. Su rostro hermoso se contrae por la inspiración, flamen destlumbantes sus pupilas, fuego divino arrebató su verbo en raudales de elocuencia. Celebra al santo de la fiesta, al Emperador de Oriente, que rescató definitivamente y para siempre el sepulcro de Jesús, los lugares donde se vertió la Sangre Redentora y se instituyó la Eucaristía; al espanto del paganismo que extendió el nombre de Dios por toda el Asia, por las regiones antes misteriosas de Nubia y Abisinia, por cuantas islas constelan el Océano... ¡Veo al santo, lo estoy viendo!... Es el mismo...

—Basta ya, peregrino (dijo la religiosa siempre en pie. Tornó a ella las tinieblas y revivieron lámpara y blandones). Basta ya. Cuanto has contemplado es mínima parte del gran todo. Eso, que tanto te enajena, está sólo en la mente de Dios, que lo mismo abarca lo que ha sucedido que lo que debió suceder. Nada de esto ha pasado aquí en la tierra; bien lo comprendes. Hubiera pasado, peregrino; mas una simple palabra bastó a impedirlo: fué tu *pero*. Yo soy aquella Flor de Lis, de otro tiempo; de mi unión con Timbre de Gloria hubiera resultado, por descendencia, la muchedumbre de héroes, de genios, de conquistadores y de santos; el cúmulo de grandes hechos, de instituciones, de obras inmortales y de glorias que acabas de contemplar. Esa lumbrera para ti desconocida, fuera la glorificación de Dios acá en la tierra. El santo que has visto y oído celebrar, fuera mi nieto Timbre de Gloria I, Majestad cristiana de todo el Oriente. Mide ahora las consecuencias de tu falta. Quitaste una honra; echaste sobre un hombre inocente la maldición de su padre; extinguiste una raza; arrojaste dos almas al infierno; privaste a la tierra de infinitos bienes, y al cielo de infinitos santos; impediste la salvación de millones de almas, el reinado y la glorificación de Dios; te interpusiste entre Él y sus criaturas. Esto hiciste, Licenciado Reinaldo. Un siglo ha, precisamente que, en este mismo templo en que estamos, imploraste perdón por tu delito. Perdonado estás. Un siglo llevas de expiación: vas a terminarla en esta vida y a principiársela en la otra. El día supremo del juicio universal saldrá tu alma del fuego que purifica, para ser juzgada la última. También a la pecadora que te habla, se le esperan tressiglos de esa llama. Pecó mucho: esposa de Cristo, necesitó noventa años para arrancar de su corazón el amor a un muerto, a un suicida. Mas el Dios de las clemencias concedióle ciento quince años de vida terrenal, para que llorase sus culpas, como te ha dado a ti ciento cincuenta. Encargada estoy en este instante de la justicia divina.

¡De rodillas, peregrino, que vas a comparecer ante el Supremo Juez!

Baja del féretro la monja, acérrese al Licenciado y con la débil diestra le arranca la lengua de raíz.

Al día siguiente, los alguaciles reales llevaban un reo a la vergüenza. Al acercarse a la picota de piedra, vieron encima una lengua humana que aún palpitaba. Van a quitarla y fuerza misteriosa los rechaza. Ni entonces ni después pudo nadie acercarse. Cernióse el espanto en esa piedra, como sobre lugar de maldición; de él huyeron las aves y las brisas; en torno de esa lengua hizo el vacío, que ni el aire impuro quiso contaminarse. Ahí está: ni el agua la reblandece, ni la calcina el resisterio, elemento alguno la destiñe. Ahí está, sangrienta, palpitante, indestructible como la calumnia.

Y vosotras, hijas sencillas de mis montañas, rezad por el alma del Licenciado. En los grandes días de perdón, cuando se despuebla el purgatorio, allá se queda esa alma solitaria. Si vuestras preces no acortan el plazo irrevocable, amenguan, al menos, el fuego blanco de la purificación. En alta noche, cuando el viento se queje en las techumbres, cuando los perros ahullen de tristeza, rezad por el *Anima Sola*.

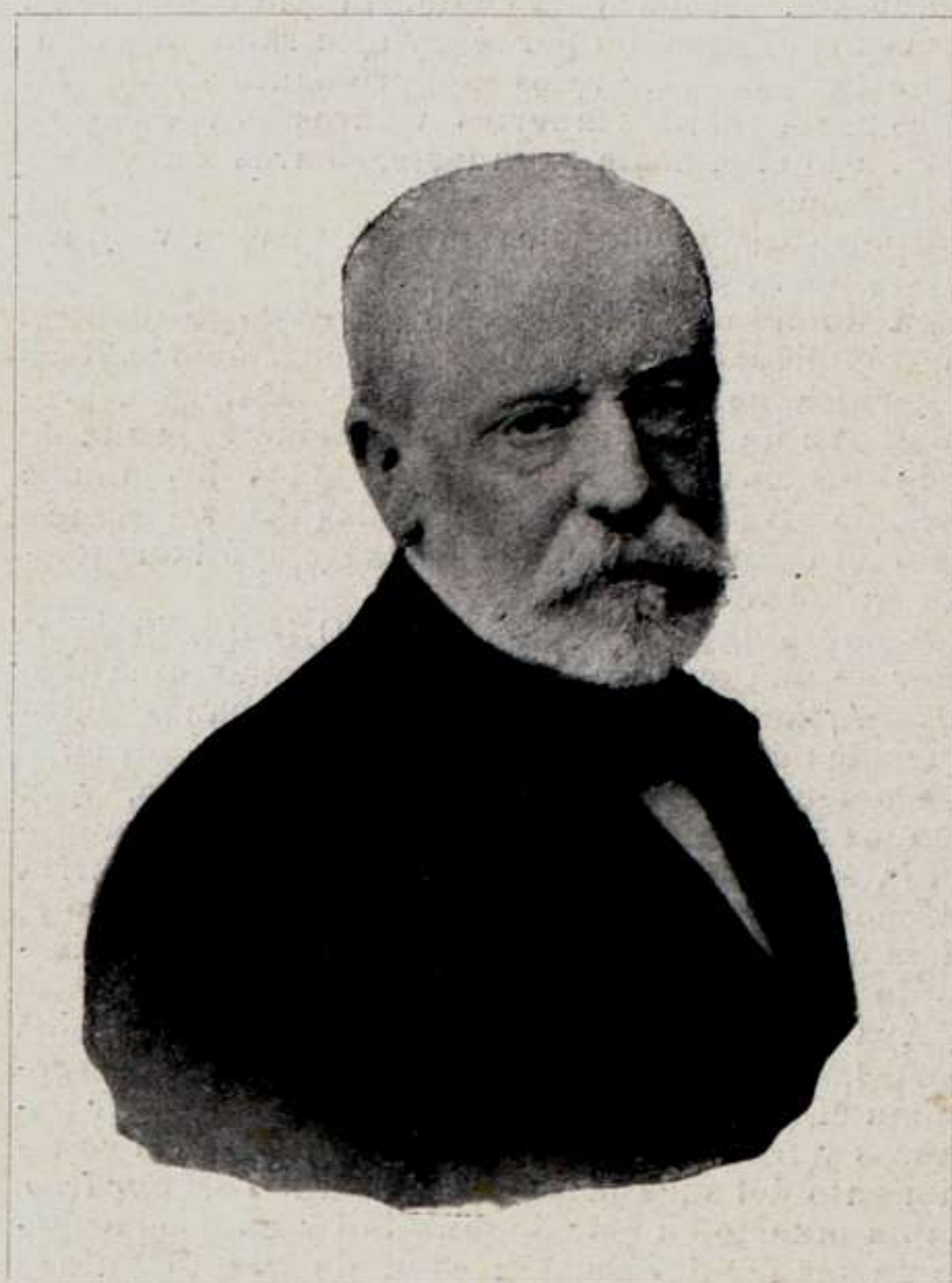
T. CARRASQUILLA.



WOOTWASKI

Bajo el reinado de Carlos III, por los años de 1766, cuando los derechos de todo un pueblo, veíanse supeditados a las antojadizas leyes de dos extraños, Grimaldi el uno y Esquilache el otro; cuando España entera, malbaratada por tal

gobierno, mostraba girones que pretendían ser lujosos y que a fuerza de querer formar rica vestimenta, resultaban pobres andrajos con los que apenas si acertaba a encubrir sus morales desnudeces; en aquella época, en fin, cuando la crasa ignorancia y los desaciertos de su intrigante política, eran los únicos distintivos de nuestra patria, por aquellos tiempos vivía en Madrid, en el antiguo y apartado barrio de *las casetas*, un sabio químico, el emigrado ruso Wootwaski, verdadera planta exótica allí donde, como hemos dicho, la ilustración y la cultura hallábanse huérfanas de



D. LEONARDO PEREYRA
† el 12 del corriente

mantenedores, descuidadas totalmente por los altos poderes del Estado.

Wootwaski era lo que hoy llamaríamos un hombre de ciencia, en el más extenso sentido de la frase. Pasaba su vida metido en su laboratorio, como el caracol en su concha; fuera de allí, en el bullicio de la ciudad, no comprendía la existencia: se ahogaba, asegurándose que se ahogaba, a igual que el pez separado del líquido elemento ó que la pobre avocilla en el vacío de la campana neumática. Aquel cuchitril cargado de cachivaches y apestando desde una legua a productos químicos, era su constante pensamiento, su sola ilusión: en él y para él vivía.

Los sencillos habitantes del departamento en que residía el sabio, jamás llevaban su nombre a los labios sin cierta prevención, con mezcla de terror. Teníanle por hechicero de malas mañas; así que aún más que con su apellido propio era conocido entre ellos por *el brujo*, cuyo sobrenombre debía a las aseveraciones de algunos que juraban y perjuran haberle visto, en las crudas noches de invierno, vagar solitario por los balcones de la casa, en paños menores; y según añadian, sin que le importara un bledo lo desapacible del tiempo, bonitamente podía contemplarse hablando por largo espacio con las bienaventuradas ánimas del purgatorio, mascullando oraciones a ratos, ejecutando maleficios y despidiendo con-

tinuamente chispas verdes por los ojos y azules llamas por la boca.

Esto creía el vulgo, supersticioso entonces más que nunca. Y acababa de recargar los tonos de tan original creencia, el singular aspecto de Wootwaski: su apergaminado cutis, su faz huesosa, sus ojos hundidos, sus blancos y escasos cabellos, las mismas enormes gafas que a horcajadas montaban en su nariz, larga y tan estrecha como la hoja de un cuchillo, hasta su abandonada bata de color parduzco, formaban consorcio tal, que resultaba extravagante por todo extremo. Además, la circunstancia de no hablar, el supuesto brujo, otra lengua que la de su país natal, Rusia, era igualmente nueva concausa, que explicaba, en parte, el porqué se le conocía con el apuntado epíteto.

Wootwaski no se fijaba, ó no parecía fijarse, en tales triquiñuelas. Nunca se le había ocurrido preguntar a su viejo criado lo que de él decían las gentes, pero sin embargo, adivinaba la mala opinión en que le tenían, por las miradas de soslayo y los cuchicheos que saludaban su paso por las calles, las pocas y raras veces que salía.

Sepultado en su gabinete de estudio, verdadero *sancta sanctorum*, pasábase los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio. Era su deseo vivir lejos, cada vez más, de aquella necia sociedad que tan malamente recompensaba sus trabajos, sus desvelos y sus vigiliat.

Allí, a solas con sus libros y sus papeles, con crisoles, redomas, alambiques y cápsulas a granel, arrancando a la Naturaleza nuevas verdades y nuevos principios, transcurría más gratamente su existencia, que si se hallara cargado de riquezas y de honores.

Con denuevo emprendía la solución de los problemas más arduos, sin que le acometiera nunca el más ligero desmayo en la lucha. Trabajaba con ardor y con fe, y por tal razón la victoria, repetidas veces, habíase decidido en su favor.

Por aquellos tiempos en que la palabra *electricidad*, era todavía insondable arcano, plagado de misterios y de dudas, pues mientras unos lo creían emanado de poder divino, considerábanle otros como cosa execrable, por entender que su origen algo tenía de diabólico; por aquel entonces, Wootwaski llevaba efectuadas notables experiencias, que demostraban de acabado modo, no sólo la patente existencia del beneficioso fluido, sino también su condición humana por demás.

Empero la ciencia eléctrica se encontraba en sus comienzos, y a pesar de sus múltiples afanes, el ilustre expatriado no había podido obtener más que insignificantes resultados en la positiva aplicación de sus experimentos, curiosos para la época. Wootwaski, sin embargo, no cesaba ni demostró desaliento en la consecución de sus fines: habíase formado la inquebrantable resolución de trabajar sin descanso en el hallazgo de nuevos y más amplios horizontes, que columbraba en lontananza para la naciente ciencia.

Quiso la Providencia recompensarle, y uno de tantos días invertidos en concienzudo estudio, pudo dar, al fin, con la clave del enigma que le llevaba atareado y meditabundo.

Si: aquel extraño fluido, de cuya existencia llegara a dudarse, bien pronto, según sus cálculos, podría presentarlo sujeto a su voluntad y atento a su capricho; sumiso y obediente, como el esclavo de la antigua Roma.

Erale, no obstante, necesaria la exacta comprobación de su reciente descubrimiento y dispúsose a verificarla para muy en breve.

Era una tarde del mes de diciembre, cuando efectuó la decisiva prueba. Toscas vasijas, que parecían mejor verdaderos cacharros, placas de zinc y varillas de cobre, en descuidado revoltillo, veíanse sobre la mesa de experimentos, en el gabinete de estudio del sabio.

Las horas, los minutos y hasta los segundos, habíanse deslizado aquella tarde, tan de prisa, tan de prisa, al sentir de Wootwaski, que las sombras iban ya a emprender su viaje a la tierra, sin que él hubiese conseguido todavía ver concluida su obra.

Redobló en consecuencia su actividad: acabó de unir los cabos de alambre, a través de los cuales debería establecerse la eléctrica corriente; cobre y zinc dispúsolos convenientemente dentro de cada una de las vasijas, examinó luego el conjunto, para convencerse de que era tal cual lo había imaginado, y satisfecho ya de su trabajo, frotóse las manos, henchido su pecho de íntimo gozo.

La ansiada prueba iba, pues, a tener lugar de un momento a otro; dentro de breves instantes



EXPOSICIÓN NACIONAL — INSTALACIONES DE LOS SRES. H. C. THOMPSON Y CIA.

sería el hombre más feliz del universo. La electricidad al atravesar su cuerpo, habíale de producir, según lo que él creía, una extraña sensación, algo así como un estremecimiento, como una súbita sacudida, que serviría para darle cuenta del movimiento del fluido; y al producirse tan particular fenómeno, podría dirigirse al mundo científico y decirle con argullo:—¡Tomad! ¡Ahí va mi invento! Si no creéis en él, ponedlo a su alcance, que él mismo cuidará de daros cuenta de su existencia....

El inteligente químico, ensimismado en tales consideraciones, permanecía de pie é inmóvil, en medio de la estancia. La noche se avecinaba cada vez más y sus primeras negruras comenzaban a invadir el aposento.

Wootwaski, al darse cuenta del cambio que iba verificándose por momentos, preparóse á la experiencia.

Echó una postrera ojeada sobre el improvisado aparato, tomó en su diestra uno de los hilos conductores, y palpitante por la emoción, estrechó el otro alambre con la izquierda mano.

¡Nunca lo hubiera hecho!... Sintió que un rayo que súbitamente surgía de las entrañas de aquella infernal máquina, abrasaba su carne y agudereaba su cerebro. Luego... nada más...

Cayó á plomo y la vetusta y añosa butaca que á su lado había, recibió su inerte cuerpo, que fué rodando por el suelo, seguido de alambres y vasijas, las que estrepitosamente se hicieron pedazos al dar en tierra.

Plenamente quedaba confirmada la exactitud de la teoría del sabio: la electricidad se hallaba dotada de movimiento.... Y al asomar por primera vez en el horizonte de lo existente, al improvisar su primera marcha, sellaba tan fausto acontecimiento con terrible estigma.... ¡con la muerte del que le había dado actividad, del que le daba el sér, del que por vez primera le lanzaba á la vida de la materia! El ¡eureka! de Wootwaski, fué á confundirse con el postrer ¡ay! de agonía, que hubo de morir en sus labios antes de nacer.

Pronto el sarcástico cuadro que ofrecía aquella triste estancia, quedó envuelto en el misterio de la obscuridad. La noche vomitando sobre la tierra infinitas negruras, envió fúnebre cortejo de sombras, cabe el cadáver del anónimo mártir de la ciencia....

Al siguiente día, apenas rayó el alba, cuando el viejo criado de Wootwaski, temeroso é inquieto por aquel largo encierro de su amo, presentóse en el aposento con objeto de servirle el desayuno.

Un grito ahogado se escapó de su garganta al darse completa cuenta de lo que allí sucedía. Y desolado, sin sangre en las venas, voló en busca de la autoridad para enterarle de la terrible nueva.

Los galenos de aquellos tiempos se encargaron de examinar detenidamente el cadáver, pero nada supieron ver en él que indicara una muerte conocida y bien determinada por la deficiente ciencia médica de entonces. Hasta que, cansados de buscar en aquel inanimado cuerpo huella que no encontraban, acordaron declarar por unánime voto, que la muerte de Wootwaski era sós brenatural, debida sola y únicamente á que los malos espíritus habíanse rebelado, siendo probable que hubiera perecido en la contienda y en medio de los más terribles dolores.

Tal afirmaron.... Y la Iglesia, injusta como nunca, refrendó su infundada aseveración negando tierra sagrada á los restos de aquel grande hombre, que si algo malo llevaba hecho en toda su vida, era el querer demasiado bien á la humanidad.

Veinte años más tarde, Volta, el insigne Volta, presentaba con inusitada pompa, un invento de gran trascendencia á su sabia academia de Pavia: la electricidad en movimiento, la electricidad en vertiginosa carrera atravesando valles y montañas, guiada por miseros alambres, constituía su descubrimiento; su imponderable descubrimiento, que inició una vasta revolución en el campo de la ciencia eléctrica.

Y se prodigaron honores á Volta; y se le prodigaron eternamente á su nombre, mientras queda relegado á triste olvido Wootwaski, el sabio químico, para quien fué su desgracia aquel mismo descubrimiento que labró la fama y la fortuna del de Pavia, escarneciendo la suya hasta el punto de que la misma Iglesia repudiara su cadáver.

RICARDO CLARET.



EXPOSICIÓN NACIONAL — INSTALACIÓN DE LOS SRES. H. C. THOMPSON Y CIA

POR FIESTAS Y TEATROS

El mundo filarmónico, mejor dicho, el alto mundo filarmónico, como alguien ha dicho, y ha dicho bien, está de enhorabuena. Los oratorios de Perosi iban á presentarse «aceptablemente» en uno de nuestros teatros, en el «Argentino». *La Resurrección de Lázaro*... en puerta. Un ensayo general, merced á la destreza del maestro Manfredi, que dominó los coros, dió idea de... la novedad artística. La parte orquestal, con 60 profesores escogidos, salvaban lo esencial de la obra y las partes primeras estaban distribuidas así:

Históricus, tenor Maristany; Cristo, barítono Tito Poggi; Marta, soprano Aimery de Listar; María, mezzosoprano Parnagnoli; un siervo, bajo Villani.

Dirigialo todo el maestro Ricardo Boniccioli, que había concertado con tanta rapidez como inteligencia esta difícil obra.

Y.... llegó el día de la representación musical,

y pocos llegaron á aquellas «alturas»: los filarmónicos de verdad... eran contados.

Los demás salíamos á media ración. Por eso, hubo al día siguiente y en los sucesivos, ansia de conocer á uno de nuestros buenos críticos, el señor Frexas. Y habló éste, como siempre, *perfectamente enterado* de lo que oyó y vió á través de sus gafas y... de su exquisito gusto musical.

¿Qué hemos de decir? Lo que dice el notable publicista, nuestro buen amigo y colaborador.

Pues... con permiso:

Dióse anoche en el teatro Argentino la primera audición en esta capital, ó, por mejor decir, en América, de uno de los oratorios del P. Lorenzo Perosi, *La resurrección de Lázaro*, esperada con vivo interés por los infinitos admiradores del genio italiano, que veían pesarosos su largo sueño, y que alentados por lo que pregonaba la fama, confiaban hallar en esta obra del joven abate, algo como la *Resurrección* ó, si se quiere, el despertamiento del numen músico de Italia, paralizado hoy entre la confusión

estética de nuestros días, ó desnacionalizado por el cosmopolitismo musical que ha engendrado la adoración wagneriana. Hoy ninguna nación tiene ya alta música propia: toda está más ó menos ajustada al patrón moderno germánico.

¡Hasta la de Italia! ¡Y hasta en el oratorio, que nació en ella juntamente con la ópera!

Eran, pues, muchos los estímulos que anoche llevaron al «Argentino» á un auditorio numeroso, aunque no tanto como podía esperarse, ávido de comprobar cuanto había de verdad en los grandes méritos atribuidos á estas producciones religiosas, y cómo el novel y brioso talento del moderno cantor bíblico había logrado remozar un género decaído ya y abandonado por los más grandes compositores.

De una manera sintética, por cuanto obra de tal magnitud y complicación no se analiza en una audición sola, pudo el público satisfacer lo más fundamental de la curiosidad que le impulsaba. Pudo ver que en esta obra del P. Perosi campea un extraordinario talento de composición al servicio de un sentimiento místico tan profundo como sostenido, y de un caudal científico ó técnico casi inconcebible en la edad moza del autor, mucho más habiendo simultaneado tales conocimientos con los de una carrera como la eclesiástica.

Pudo verasimismo que al abordar el arte por uno de sus lados más difíciles é ingratos hoy, por lo poco popularizables que son las obras de este género dentro del paganismo artístico reinante, lo hizo sin cobardes transacciones ni acomodamientos que empañasen la pureza ó burlasen las tradicionales exigencias del género.

Fácil le hubiera sido, en efecto, obtener, aun dentro del asunto por él cantado en esta ocasión, cierto género de bellezas musicales, de esas que hieren inmediatamente la sensibilidad de la multitud y ayudan á tolerar las austeridades exigidas por la severidad del género. Lejos de eso, poco ó ningún partido ha querido sacar de las voces aisladas ó á solo, absteniéndose, no sólo de duetos y tercetos, á la manera de Bach y de Ständel, sino de simples arias ó largos cantábiles, que no escaseaban por cierto estos grandes maestros del oratorio, y limitándose á encomendarlas frases sueltas ó fragmentos de ellas, impregnadas, si, en lo posible, del espíritu del texto, pero inconclusas en su mayoría, desprovistas de cuadratura, de cadencia, de sentido final, y, por consiguiente, de acción sobre el ánimo de la gran masa de los oyentes; frases, en suma, que sólo constituyen una serie de recitados. Hasta la misma voz de tenor, tan insinuante, tan sentimental, tan poética, solo tiene, en boca de *Históricus*, el narrador, la misión de recitar, ó sea, reproducir la relación contenida en el capítulo XI del Evangelio de San

Juan, circunstancia que no puede menos de cohibir la vehemencia expresiva del ejecutante, obligado á mantenerse dentro del frío carácter del *racconto*.

Bien hubiera podido el maestro unir dos voces femeninas, las de Marta y Maria, las hermanas de Lázaro, siquiera en el momento de decir á Jesús: «Domine, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus», de donde hubiera podido resultar un rápido y sentido período á dúo; pero ha preferido respetar el curso del texto evangélico, privándose de efectos no tachables de ilegítimos, por cuanto no falseaban lo sustancial de las sagradas letras.

Baste esta indicación para comprender el espíritu de severidad artístico-religiosa con que el P. Perosi ha procedido en su obra, y no obstante el cual ha hallado medios en su talento, de infundirle la virtualidad artística más que suficiente para abrirla paso y conquistarla entusiastas adhesiones de todos los puntos de la crítica y hasta del mismo público á quien tantas concesiones ha negado.

Siguiendo las tradiciones del género, Perosi ha concentrado la fuerza de su obra en el coro, con ampliaciones muy ingeniosas y magníficas en parte de la orquesta; ateniéndose, por supuesto, al estilo fugado, que es todavía el de rigor, aunque sin presentar entre los varios números una fuga verdadera ó completa.

La primera parte de las dos en que se divide este oratorio, es relativamente débil, ó por lo menos de curso y carácter un tanto monótono; lo que no impide que ofrezca pasajes muy bellos, sobre todo en el comentario orquestal á la palabra de las voces aisladas y en los coros que la terminan, con intercalaciones de orquesta, glorando y variando los temas corales; pero en la segunda parte siéntese circular por ambas masas y hasta por las voces individuales, un soplo de inspiración y de gran arte, que esparce por los tres citados elementos, conceptos elevados, períodos llenos de elocuente expresión ó simplemente pasajes orquestales, ricos en primores artísticos de desarrollo y de ampliación, cuya enumeración nos sería imposible en este momento, porque no poseemos una partitura que nos guíe en el cúmulo de impresiones recibidas y ofuscadas unas por otras.

Sólo diremos que en esta 2.^a parte hasta los solos vocales cobran más interés, importancia y belleza, que los coros adquieren una grandeza Händeliana y que la orquesta, poblada de ideas felices y adecuadas, ostenta todas las galas de la armonización é instrumentación modernas, y conducida con menos sujeción al rigorismo de los grandes clásicos, deja asomar á trechos, visos y lejos wagnerianos, por los que se ve que el joven maestro italiano no ha podido, á pesar de la severidad de sus planes y procedimientos, substraerse á la obsesión imperante en materia de composición orquestal.

En esta segunda parte, hirieron particularmente la atención, el pasaje de orquesta que sigue á las palabras del tenor «Et lacrymatus est Jesus», que provocó aplausos; el de metal que acompaña la misma voz en las palabras «Tulerunt ergo lapidem»; los himnos finales, y el canto coral gregoriano, que, seguido de una peroración orquestal, cierra y corona la obra, y que hubo de repetirse.

La ejecución resultó muy ajustada, y con bastante colorido en los coros; pero sin desconocer el mérito contraído por el maestro Boniccioli al concertar tan rápidamente obra tan considerable, cabe dudar si esta precipitación no la ha dañado, impidiendo desentrañarla en todo su espíritu y múltiples detalles.

Obras de esta especie, que sólo con la fuerza y riqueza del colorido pueden defenderse de la especie de monotonía en que su uniformidad y su inercia las envuelve, no pueden presentarse atropelladamente sin riesgo de que padezca mucho su apreciación.

Tal vez volvamos otro día sobre esta obra, que hoy no intentamos juzgar definitivamente.

Ya hemos hablado del entusiasmo que, como todos los años, se renueva para asistir á la próxima temporada de nuestro gran teatro lírico. No es menor el que «se siente» en nuestro mundo intelectual por asistir á las representaciones de la compañía Guerrero, que en el venidero otoño brillará por sus galas de dicción, de presentación y de representación, en el teatro «Odeón».

Esta compañía se embarcará el 12 de Abril en Lisboa, donde dará diez funciones, llegando aquí en los primeros días de Mayo, y trae todo el decorado, mobiliario y guardarropa del *Teatro Español*, de Madrid, y, además, el que se hizo expresamente para la gira artística por las principales capitales de Europa.

El repertorio para los abonados será completamente nuevo, y en el abono especial del lunes, miércoles y viernes, por ninguna causa se repetirá una sola obra.

Desde luego, se han comenzado las obras de reparación y adorno del «Odeón», que quedará totalmente transformado.

A pesar de su reciente gira fuera de España, y en la cual tantos triunfos ha alcanzado, la Gue-

rrero sigue incorporando á su repertorio las obras más renombradas del teatro antiguo, al que dedica constante el tiempo de que puede disponer fuera de escena, y vendrá suficientemente preparada para hacer conocer al público bonaerense treinta comedias nuevas, entre clásicas y modernas. En el número de aquellas figuran «Castigo sin venganza», «El perro del hortelano» y «La hermosa fea», de Lope de Vega; «En el trono y en el sótano», de Tirso de Molina; «Secreto á voces», «La desdicha de la voz», «Fuego de Dios» y «En el querer bien», de Calderón de la Barca, y «Las bodas de Figaro», de Beaumarchais.

Entre las obras del teatro contemporáneo se destacan las siguientes: «Padre Juanico», «La hija del mar» y «Telma», de Guimerá; «La duda», «Silencio de muerte», «Hambre negra» y «El último abrazo», de Echegaray; «El regimiento de Lupión» y «El filósofo de Cuenca», de Parellada; «Los gansos del capitolio» y «Excelentísimo señor», de Emilio Mario; «Raza vencida» y «Julietta y Romeo», de López Ballesteros. Esta última obra es un arreglo en verso del drama de Shakespeare, hecho expresamente para la Guerrero y el señor Díaz de Mendoza.

Cyrano de Bergerac, que ha sido la obra de «éxito y ruido» en Madrid, será una de las novedades que, con las dos obras inéditas *Telma*, de Guimerá, y *El último abrazo*, de Echegaray, que la eximia actriz tiene encargo de estrenar aquí, darán relieve é interés grandísimo á la reputada compañía española, que tan gratos recuerdos dejó entre nosotros en la anterior temporada.

Respecto á las mejoras que se hacen en la sala del «Odeón», y que estarán terminadas á mediados del entrante mes, podemos decir que lo que actualmente es anfiteatro se convertirá en ocho palcos espaciosos; se pondrán caloríferos y se aumentarán las lamparillas de luz eléctrica. Las paredes de la sala se están empapelando de papel rojo, y á los antepechos de los palcos se les pondrá nuevo *peluche*.

El sacro drama de Zumel en el «Politeama», con una representación general que ha merecido alabanzas, y en especial al actor don Andrés Cordeiro, por la inspirada caracterización del divino protagonista, ha sido una de las notas teatrales de la quincena.

Decoraciones, severidad y seriedad en las representaciones, han acercado á mucha gente tímida á estas funciones que van á completarse, según se anuncia al cerrar nuestro número, con el «Jesús de Nazareth», de Guimerá, que va á ser presentado en el «Victoria» y con nueva compañía. Eso se dice.

Se dice también que la empresa de este teatro trata de dar á este espectáculo todos los honores de una solemnidad artística, según el cuidado y largueza pecuniaria que consagra á todos los requisitos de su *mise en scène*. Sabemos que el señor Piantini ha pintado varias decoraciones de gran efecto, particularmente cuatro de ellas: la del primer acto, el sepulcro de Lázaro, la cárcel de Jesús y Barrabás y el templo de Jerusalén.

Dicha obra ha sido traducida del original catalán por el señor Llonch, y puesta en verso castellano por don Javier Santero. Se ha contratado para la misma al primer actor don Luis Amato, bien conocido de este público desde que vino con la compañía Tubau en 1889, y á la reputada actriz de carácter, doña Josefa Galé.

Lleva la propia obra algunos números de música, debidos al notable compositor Morera, que han sido adquiridos en Barcelona con su instrumentación auténtica; y, además, los hermanos Fontova ejecutarán durante su representación un hermoso solo de violín con acompañamiento de piano, escrito sobre motivos de la obra por don Conrado Fontova.

En el teatro de la «Comedia», donde Julio Ruiz y Ventura de la Vega saben dirigir y hacer «arte» cuando á ello se ponen, se ha llevado aplausos merecidísimos el drama *Juan José*, de Dicenta, interpretado muy cumplidamente, en especial por parte de las señoras Colón (Rosa) y Brocal (Isidra), y de los señores Julio Ruiz, que, como es sabido, hace un Andrés magistral; V. de la Vega, muy destacado y aplaudido en el papel de protagonista; Molina y Heras.

Nada más ha ofrecido de «novedad» este teatro, mientras que en el «Mayo» se han atropellado los «estrenos», por más que todo ello es, casi, casi, *flor de un día*.

Al sainete lírico *Las Planchadoras*, de bonita música, en que están muy graciosas la Montilla y el Alba, han seguido otras tres piezas, estas últimas noches: *La comedianta*, juguete cómico, bastante chistoso, aunque de argumento gastado, en que la señora Alba luce su soltura y facilidad haciendo cinco tipos diversos; la zarzuela *Polvorín y Polvorón*, no estrenada aún en Madrid, de libreto y música medianos; y después *La Soberana*, comedia en un acto, de Domingo Guerra y Mota, en que se hace un exacto y chistoso cuadro doméstico de las mil y una impertinencias de que hace víctima á un matrimonio joven el ama que está

criando su único niño, y que ya se comprende que es la *soberana* á que alude el título. La exactitud y gracia cómica de esta pieza está muy bien sostenida por la señora Martín como protagonista, por la señora Alba y los señores Juárez, Mesa (muy justo en su papel ¡oh, milagro!) y Caba, el marido del ama, que viene á unir sus porrerías á las de su mujer.

Después se dió un juguete cómico, *De todo tiene la viña*, cuadro entretenido, del que todos los actores sacaron buen efecto.... sin morcillas ni chorizos.

Nota final. — Mariano Galé ha disuelto su compañía en Chile, y viene al «Argentino». Sea bien llegado.

RENÉ.



DEL DR. WILDE

Del libro «PROMETEO Y CIA.»

VIDA MODERNA

Mi querido amigo:

Por fin me encuentro solo con mi sirvienta y la cocinera, una señora cuadrada de este pueblo, muy entendida en política y en pasteles criollos.

Ocupo una casa vacía que tiene ocho habitaciones, un gran patio enladrillado y un fondo con árboles y con barro. Tengo dos caballos de montar y uno de tiro. Mi dotación de amigos es reducida — total: dos viejos maldicientes. He traído libros y paso mi vida leyendo, paseando, comiendo y durmiendo. Esto por sí sólo constituye una buena parte de la felicidad: el complemento ¡quién lo creyera! se encuentra también á mi alcance, aquí en este pueblo solitario y en esta casa medio arruinada y desierta.

¡Soy completamente feliz! Básteme decirte que nadie me invita á nada; que no hay banquetes, ni óperas, ni bailes y, lo que parece mitológico en materia de suerte, no tengo ni un bronce, ni un mármol, ni un cuadro antiguo ni moderno; no tengo vajilla ni cubiertos especiales para pescado, para espárragos, para ostras, para ensalada y para postres: ni centros de mesa que me impidan ver á los de enfrente; ni vasos de diferentes colores; ni sala, ni antesala, ni escritorio, ni alcoba, ni cuarto de espera, — todo es todo — duermo y como en cualquier parte y el caballo entra á beber al cuarto de baño en la tina, antes de que yo me bañe, con recomendación especial de no beber de á poquitos ni dejar gotear en la bañera el sobrante del agua que le queda en el hocico.

Recuerdo que cuando era niño conocí á un señor viejo, hombre importante, acomodado, instruido y muy culto. Pues el viejo no tenía en su cuarto de recibo sino seis sillas, una mesa grande con pies torneados, gruesos y groseros, cubierta con una colcha usada, sobre la que estaba el tintero de plomo con tres agujeros en que permanecían á pique tres plumas de pato ó ganso. Había además, papeles, libros, tabaqueras, anteojos y naipes. De noche se reunían allí los hombres más notables del pueblo, el cura, el corregidor, el juez de letras, el tendero, y otros ilustres habitantes. Allí se hablaba de la política, de la patria, de la moral y de filosofía, tópicos que ya no se usan.

Concluida la tertulia, el viejo se retiraba á su dormitorio en el que no había sino una cama pobre, una mesita ética, una silla de baqueta, un candelero de bronce, con vela de sebo, una percha inclinada como la torre de Pisa, que se la deaba más cuando colgaban en ella la capa de su dueño, y por todo adorno en las paredes, una imagen de San Roque, abogado de los perros.

Al pesar de esta ausencia de mobiliario que escandalizaría hoy al más pobre estudiante, el viejo era muy considerado, muy respetado y vivía muy feliz, — nada le faltaba.

¡Dime ahora lo que sería de cualquiera de nuestros contemporáneos en tal desnudez!

¡Cuando me doy cuenta de lo estúpido que somos me da gana de matarme!

Por eso me gusta el poeta Guido Spano.

La semana pasada lo encuentro en la calle y le digo: — ¿Cómo le va? tanto tiempo que no lo veo; ¡usted habrá hecho también negocios! — No, me contestó, soy el hombre más feliz de la tierra, me sobra casa, me sobra cama, me sobra ropa, me sobra comida y me sobra tiempo; no tengo reloj y no me importa un comino de las horas.

Con tamaña filosofía ¡cómo no ha de estar ese hombre contento!

En una ocasión, me acuerdo haberlo visto en cama, enfermo de reumatismo y tocando la flauta, con un pequeño atril y un papel de música por delante. Nunca he sentido mayor envidia por el carácter de hombre alguno.

A mi también, aquí en Río IV, me sobra todo, pero no tengo flauta, ni atril, ni sé música. ¿Sabes por qué me he venido? Por huir de mi casa, donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala parecía un bazar, la antesala ídem, el escritorio ¡no se diga! el dormitorio a los veinte dormitorios; la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió.

No había número de sirvientes que dieran abasto, la luz no entraba en las piezas por causa de las cortinas; yo no podía sentarme en un sillón sin hundirme hasta el pescuezo en los elásticos; el aire no circulaba por culpa de los hombres, de las estatuas, de los jarrones y de la grandísima madre que los dió a luz. No podía comer, la comida duraba dos horas, porque el sirviente no me dejaba usar los cubiertos que tenía a la mano sino los especiales para cada plato. Aquí como aceitunas con cuchara, porque me da la gana y nadie me dice nada ni me creo deshonrado.

Mira, no sabes la delicia que es vivir sin bronces. No te puedes imaginar como los aborrezco. Me han amargado la vida y me han hecho tomarle odio. Cuando era pobre, admiraba a Gladstone; me extasiaba ante la Venus de Milo;—me entusiasmaba contemplando las nueve Musas;—tenía adoración por Apolo y me pasaba las horas mirando el cuadro de la Virgen de la Silla.

Ahora no puedo pensar en tales personajes sin encolerizarme. ¡Cómo no! Casi me saqué un ojo una noche que entré a obscuras a mi escritorio, contra el busto de Gladstone; otra día la Venus de Milo me hizo un moretón que todavía me duele (me alegré de que tuviera el brazo roto). Después, por impedir que se cayera la Mascota, me dislocué un dedo en la silla de Napoleón en Santa Elena, un bronce pesadísimo y me caí casi enredado en un tapiz del Japón.

Luego, todos los días tenía disgustos con los sirvientes.

Cada momento había alguna escena entre ellos y los adornos de la casa.

—Señora, decía la mucama, Francisco le ha roto un dedo a Fídis.

—¿Cómo ha hecho usted eso, Francisco?

—Señora, si ese Fídis es muy malo de sacudir.

Otra vez dejaba Fídis de ser mal tratado y aparecía el busto de Praxíteles sin nariz (Francisco se la había echado abajo de un plumero) ó bien le tocaba el turno a Mercurio, que se quedaba cojo de algún porrazo; ya sabes que Mercurio tiene un pie en el aire.

Bismarck, el rey Guillermo y Moltke en barro pintado, se han escapado hasta ahora casi ilesos, gracias a que su pequeña estatura les permite esconderse tras del reloj de la sala. Pero un gran elefante de porcelana cargado de una torre, pierde cada ocho días la trompa, que la vuelven a pegar con goma.

Otro día se le ocurrió al mismo Francisco limpiar con kerosene el cuadro del Descendimiento. En fin, he pasado estos últimos años en cuidar jarrones, cortinas, cuadros, relojes, candelabros, arañas, bronceos y mármoles y echar gallegos a la calle con plumero y todo, para que vayan a romperle las narices a su abuela.

No te puedes imaginar los tormentos que he sufrido con mis objetos de arte; básteme decirte que muchas veces al volver a mi casa, he deseado en el fondo de mi alma encontrarla quemada y hallar fundidos en un solo lingote a Cavour, a la casta Susana, al papa Pío IV, a madama Recamier y otros bronceos notables de mi terrible colección.

Y las flores, las macetas, los ramos, los árboles enteros que mandan a casa y que la señora coloca en mi estudio como si tal cosa! El patio es un bosque, creo que hay en él toda la flora y fauna argentina: leones, tigres y millones de sabandijas. —Los cactus no me dejan ir a mi cuarto, me enredo en los helechos y unos malditos arbustos que hay con puntas y que están ahora de moda, tienen obstruida la puerta del comedor, al cual no se puede entrar sin careta, a menos de exponer un ojo. Ya estuve a punto de quedarme tuerto a causa de un alysum espinosum.

—Mire Juan, le dije un día al portero; al primero que venga aquí con árboles, con bronceos ó con vasijas de loza, pégueme un balazo. Ya no hay donde poner nada y para pasar de una pieza a otra es necesario volar. Uno de mis amigos, muy aficionado a los adornos, ha tenido que alquilar una barraca para depositar sus estatuas y sus cuadros. Yo tengo una estatua de la caridad que es el terror de cuantos me visitan; no sé qué arte tiene para hacer que tropiecen con ella.

En casa de otro amigo se perdió hace poco una criatura que había ido con su mamá. Cuando ésta quiso retirarse, se buscó al niño en todas partes sin hallarlo; al fin se oyó un llanto lastimero que parecía venir del techo y voces que decían ¡aquí estoy, aquí estoy! El pobre niño se había metido en un rincón del que no podía salir porque le cerraban el paso un chiffonier, dos biombos, una ánfora de no sé dónde, los doce Pares de Francia, ocho caballeros cruzados, un camello y Demóstenes de tamaño natural en zinc bronceado.

¡Vaya usted a limpiar una casa así! Lo primero que se me ocurre al entrar a un salón moderno, es pensar en un buen remate ó en un terremoto que simplifique la vida.

Tengo intención de pasar aquí una temporada y estaría del todo contento si no fuera la espantosa expectativa de volver a mi bazar. Algunas noches sueño con mis estatuas y creo que sabiendo ellas el odio que les tengo, me pagan en la misma moneda y me atacan en mi cama. Hasta he pensado alguna vez en fingirme loco y arrojar a la calle por la ventana los bustos de los hombres más célebres, los cuadros, las macetas, las arañas y los espejos. En fin, tengo un consuelo: no ocurre casamiento, cumpleaños ó bautismo en casa de amigos, que no me proporcione el placer de soltarle al beneficiado algún busto de alabastro, un oso de bronce ó los gladiadores de hierro antiguo. A incomodar a otra parte y allá se las avenga el novio, el bautizado ó el que festeja un aniversario.

Excuso decirte que cuando un sirviente torpe echa abajo un armario lleno de loza y cristales, no quepo en mí de contento.

Escribeme pronto y no te olvides de comunicarme en el acto si por acaso quiebra la casa de Lacoste ó la de algún otro bandolero de su estirpe.

Te recomiendo además, que si puedes hacerme robar durante mi ausencia, algunos pedestales con sus correspondientes bustos, varios cuadros y todos los muebles de mi escritorio, no dejes de hacerlo.

Sobre todo, por favor, hazme sustraer las palmeras que obstruyen los pasadizos y el alysum espinosum que están en la puerta del comedor y al cual profeso la más corrosiva ojeriza.

En el último caso puedes recurrir al incendio; ¡te autorizo!

Tu amigo—

Baldomero Tapioca.

P. D. Si el día 1.º de año me mandan tarjetas de felicitación, cartas ó telegramas, toma todo ello del escritorio, haz un paquete y mándalo a Francia, dirigido al presidente Carnot, con una carta insultante, diciéndole que su nación tiene la culpa de que, a más de todas las mortificaciones criollas que soportamos, tengamos todavía que aguantar la moda francesa de las felicitaciones de año nuevo.—Vale.



PARA LA HISTORIA

CARTA DEL GENERAL CUBANO MÁXIMO GÓMEZ AL DOCTOR BORRERO ECHEVERRÍA

Con el objeto de avanzar más rápidamente hacia la organización nacional, elegid como directores de sus destinos, hombres de probada excepcional virtud, sin preguntar qué han hecho ellos mientras Cuba en su lucha por la independencia se teñía en sangre. Prestad atención a la elección de ministros que atienden los intereses del país.

No amuebléis vuestras casas ni andéis en vuestros coches antes de que las cosechas se estén recogiendo en abundancia en los campos que habéis regado con vuestra sangre, con las miras de haceros libres. No escojáis ministros con mujeres que se visten de seda, mientras sus hijos no son capaces de leer ni escribir.

Tened cuidado de usar en la paz, de los derechos que habéis ganado en la guerra. No os sometáis a hombres que os den menos de vuestros derechos, porque eso sería servidumbre. Por otra parte, no exijáis más, porque entonces estaréis en el camino recto que lleva a la anarquía. La exacta observancia de la ley es la única garantía para todos.

Aconsejo a Cuba, ahora que ha realizado su ideal sublime, que siempre sostenga levantado el principio magnífico de la nacionalidad cubana. La majestad y grandeza de este triunfo seguro, debe ser la obra del pueblo entero. Debe concederse el perdón a todo el que lo pida, ahora que la obra ha sido completada.

Para aproximarse a las gloriosas tumbas de nuestros compañeros y depositar sobre ellas coronas inmortales y derramar lágrimas de gratitud, es necesario traer un corazón libre de todo espíritu de venganza. No os dejéis engreir. Rechazad la idea de que es honorable para vosotros dejaros cegar por la altanería y el orgullo, porque en ello muchos pueblos cayeron, que empezaron grandes y acabaron pequeños.

Nunca debe olvidarse que mientras más benéfica es la espada, para gobernar y dirigir en tiempo de guerra, no alcanza mucho éxito en la paz, cuando la palabra ley es la única que debe repetirse constantemente al pueblo. La jerarquía militar es demasiado áspera para interpretar con dulzura, el espíritu de esa ley.

Estáis obligados a oír las opiniones predominantes. Ellas deben satisfacerse para gloria de nuestra historia. Si no lo son, será una calamidad para aquellos que, sabiendo lo que debían hacer, no lo hicieron, ó no apreciaron el deber que sobre ellos pesaba, ó tuvieron tendencias al espíritu de desunión y de discordia.

Con estas persuasiones y la abnegación de los hombres que todo lo dan a su país, trabajando por los tres más poderosos factores: trabajo, educación y buenos hábitos, añadidos a grande observancia de la higiene, para preservar cuerpo y alma de lesiones graves, Cuba será feliz y próspera.

Mientras tanto, si no muero como resultado de la guerra, me retiraré tranquilo a un rincón de mi país, impetrando siempre al cielo por la felicidad de Cuba.

MÁXIMO GÓMEZ.



GUERRA Y LAGRIMAS

¡La guerra, la guerra infame, la guerra maldita! Cuando la última guerra, estábamos en el colegio. Ese nombre terrible que hace palidecer a las madres, nos recuerda días de vacaciones.

Y recordamos en la bruma del pasado, aquellas tibias noches en que el pueblo invadía con sus risas las calles: en que las noticias de victorias pasaban sobre París como huracán de alegría: cuando los horteras iluminaban, aun de día, sus tiendas y los golfos tiraban garbanzos de pega en las aceras. A las puertas de los cafés, bebían los parroquianos hablando de política. Mientras allá lejos, en algún perdido rincón de Rusia ó de Italia, los muertos besando la tierra, miraban surgir las estrellas en el cielo con sus ojazos abiertos, vacíos de mirada.

En 1859, cuando se extendió la noticia de la batalla de Magenta, recuerdo yo que, al salir del colegio, yendo por la plaza de la Sorbona, notaba esa fiebre guerrera que abrasaba las calles. Aquí y allá bandadas de pilluelos gritaban: «¡Victoria, victoria!» Y nosotros pensábamos en hacer novillos. Pero entre estas risas oía lamentos. Era un pobre obrero que lloraba en su tenderete. El infeliz tenía dos hijos en Italia.

En aquella época oía a menudo parecidos lamentos. Cuando se habla de guerra, me parece que el pobre obrero, que el pueblo de cabellos blancos, llora lejos, muy lejos, en medio de la fiebre guerrera de las plazuelas.

E. ZOLA.



MOSAICO

La Vida Nueva—Rubén Dario—El galano escritor uruguayo don José Enrique Rodó, nos envía este nuevo libro: en él estudia al publicista colombiano, hoy ausente, que ha llevado aquí el estandarte de una escuela literaria que tiene aún «pocos apóstoles» y muchos contradictores.

Rodó, es de los que piensan y meditan con inspiración propia: no va a la reata de preocupaciones ni prejuicios ni autoridades admitidas. Por eso, su obra, su «estudio», merece algo más que estos breves renglones, como las merece el poeta, ahora galano, y hoy y siempre de indiscutible talento, que en la corte madrileña representa a uno de nuestros grandes diarios. Hasta muy pronto.

Confortable Hotel—El concierto del terceto a beneficio del mismo que tuvo lugar el 15 del pasado mes, ha sido todo un éxito social y musical.

Se verificaba aquel con el valioso y gentil concurso de la señora Leonor Centeno de Sánchez, de la señorita Leonor C. Marsán, de la niña María Celia Belderrain y del señor Floro M. Ugase, que realizaron el programa con gusto y acierto esquisitos.

Distinguiéronse entre los números de éste, el 2.º Mascagni «Cavalleria Rusticana» (Racconto Santuzza)—Sra. Leonor C. de Sánchez; el 6.º En el cielo y en la calle. «Declamación»—Sta. Leonor C. Marsán, y el 8.º Verdi—«Aida» (Aria ¡Oh patria mia!)—Sra. Leonor C. de Sánchez.

La señora de Sánchez cantó con un arte encantador (además del Programa), La Gioconda.

Bien se nota que esta señora ha hecho sus estudios en Europa pues sabe manejar la voz con mucho sentimiento.

La señorita Leonor Marsán a pedido de varios caballeros accedió a declamar «Después del baile», monólogo que fué dicho con una exquisita gracia.

Al Palacio de Cristal—Nuestros plácemes más sinceros al señor Heriberto Hermida, que, al inaugurar el nuevo edificio titulado como encabezamos estas líneas, revela el constante adelanto y progreso de sus operaciones comerciales.



NUESTROS GRABADOS

Don Juan L. Cuestas—Presidente de la República Oriental del Uruguay.—Constitucionalmente, la elección popular ha recaído en el distinguido hombre público que hoy preside los destinos del pueblo uruguayo.

Conocidos son los antecedentes biográficos del primer magistrado de la república hermana, que en otra ocasión hemos anotado en nuestras columnas. Hoy sólo nos resta, al felicitarnos de la elección recaída, hacer votos sinceros por la prosperidad y adelantos del pueblo oriental, vinculado por tantos lazos de afecto y simpatías al país argentino.

Roma.—La escala santa.—Viernes Santo.—Las tres horas de agonía en la iglesia de Jesús.—La Semana de Pasión está próxima: los fieles de la cristiandad conmemoran en Jueves y Viernes Santo el hecho más grande de la historia humana, y no hay pueblo civilizado que, año tras año, no rememore la crucifixión infame del Gran Justo que redimió con su sangre purísima y su doctrina ejemplar los crímenes del paganismo y las torpezas e inhumanidades de la idolatría. Nuestros grabados reflejan en una página ilustrada dos notas gráficas de estos días, consagrados a la meditación y al rezo fervoroso.

El arzobispo de Buenos Aires, el obispo doctor Espinosa, el obispo doctor Terrero y el obispo de Cuyo en la Sala Capitular de Santo Domingo.—Representa este otro grabado la sala capitular de Santo Domingo en la que con el nuevo prelado aparecen el obispo doctor Espinosa, el obispo doctor Terrero y el arzobispo monseñor Castellano, quien ocupa la derecha de fray Marcolino Benavente.

Fray Marcolino Benavente, obispo de Cuyo.—Todo un acontecimiento de alta significación religiosa y social ha sido la consagración episcopal de fray Marcolino del Carmelo Benavente, en el templo de Santo Domingo, a cuya orden pertenece el nuevo prelado argentino.

Orador sagrado de indudable prestigio, el ilustrado dominico supo arrancar, a pesar de su modestia, a la fama vocinglera, sus lauros y alabanzas: sus virtudes cristianas, su vasta ciencia y sus méritos han servido para la elección que en él se ha hecho para tan alto cargo eclesiástico, y nuestra nota gráfica, con el retrato del nuevo obispo, completa estas breves informaciones.

El nuevo ministerio de la República Oriental del Uruguay.—Nota gráfica de actualidad es la del nuevo ministerio del vecino país, y con breves noticias biográficas completamos nuestras páginas ilustradas referentes a los Ministros actuales.

Doctor Saturnino A. Camp.—El Ministro de Gobierno, doctor Camp, se ha hecho conocer como un hombre de carácter y de principios en los puestos públicos que le han sido confiados.

Fué Jefe Político del Departamento de Soriano hace algunos años, y mereció generales aplausos por su impecable administración. Llegado el período electoral, prefirió abandonar su puesto a servir de instrumento a la influencia directriz. Permaneció después, alejado de la política hasta que los trabajos del partido colorado independiente contra el gobierno del señor Idiarte Borda reclamaron su esfuerzo.

Lo prestó sin reservas ni condiciones desde las reuniones de Cíbils, hasta que subió el señor Cuestas a la presidencia de la República. Entonces se afilió decididamente al círculo que preparaba el golpe de Estado. Nombrado consejero cuando éste se produjo, abandonó el cargo para aceptar la dirección de correos, en la cual reveló condiciones muy apreciables de competencia y de laboriosidad. Hoy, cuando se sabe que acepta la cartera de Gobierno, sólo un pensamiento impide que tal designación no merezca sino aplausos: la dificultad de llenar el vacío que deja en aquella importantísima repartición.

El doctor Camp es un perfecto caballero y un ciudadano ejemplar. Hombre de carácter, sabrá dar al elevado cargo que le ha sido confiado, la importancia que debe tener; pero al mismo tiempo estará lejos de constituir con exigencias fuera de tiempo y de lugar un obstáculo a la buena marcha del gobierno.

Doctor Carlos M. de Pena.—Pocos ciudadanos mejor preparados para el cargo que va a desempeñar. Su ilustración es vasta, casi enciclopédica, sin que por eso sea superficial. El país le debe grandes servicios. Es uno de los hombres que más ha trabajado por el progreso de la educación popular. Ha sido, en dos cátedras universitarias, el maestro de una falange numerosa de juventud. Ha presidido la Junta Económico-administrativa en un período laborioso del que datan múltiples reformas y numerosas mejoras. Ministro de Hacienda bajo el gobierno del doctor Herrera y Obes, no tuvo tiempo de llevar a cabo nada digno de su talento, pero en cambio dejó sentada su reputación de honradez invulnerable.

Su nombramiento representa un paso inmenso hacia la confraternidad del país entero bajo el régimen legal.

Doctor Campisteguy.—Es el doctor Campisteguy

personalidad simpática: inteligente, ilustrado y hombre de acción a la vez que de pensamiento, es uno de los ciudadanos que dan carácter al nuevo Ministerio. Fué periodista desde su juventud, señalándose por la independencia de su criterio y la bravura de su pluma. Pudo creerse, sin embargo, a juzgar por las primeras manifestaciones de su inteligencia, que no habría en ella el lastre necesario para un verdadero hombre de gobierno. Fué un error. En tres legislaturas, el doctor Campisteguy reveló un criterio sereno, reposado, igualmente refractario a las flaquezas cortesanas que a los delirios demagógicos. Sus discursos, sabios, poco brillantes pero llenos de ideas sanas y de sólidas conclusiones, forman páginas descolantes en nuestra literatura parlamentaria. El Ministerio de Hacienda, que le fué confiado por el señor Cuestas, cuando, a la muerte del señor Idiarte Borda, entró a ejercer el Poder Ejecutivo, le dió ocasión para revelar nuevas cualidades de inteligencia y de carácter. Abandonó el puesto a raíz de una desavenencia con el señor Cuestas motivada por el aplazamiento indefinido del golpe de Estado, pero siguió prestando su concurso al movimiento contra el colectivismo y aceptó en él la jefatura de un batallón de guardias nacionales.

En los últimos tiempos, disgustado por la política del señor Cuestas, se había retirado casi en absoluto de la vida pública. Por eso su nombramiento ha tenido mayor resonancia, como que significa la concentración de todos los elementos que concurrieron al movimiento de Febrero, en torno del gobierno constitucional, y su gestión en el ministerio de Hacienda es de esperar que sea fecunda y de positivos resultados.

General Nicomedes Castro.—El Ministro de Guerra y Marina es un soldado bravo, un militar de orden, y en los últimos tiempos ha demostrado que tiene deseos de trabajar por la buena organización del ejército. En esa senda mucho tendrá que hacer si tales deseos persisten. No es un militar de escuela, pero sabe adaptarse a las exigencias de la posición que ocupa y no será un lunar en el nuevo ministerio.

Doctor Herrero y Espinosa.—El nuevo Ministro de Relaciones Exteriores tiene cualidades muy apreciables: espíritu cultivado, corazón sincero, accesible a todas las inspiraciones del patriotismo, ha desempeñado altos puestos públicos y en todos ellos ha prestado buenos servicios al país. De hábitos sencillos, inaccesible a las sugerencias de la fortuna, sus más furiosos adversarios no podrían hallar en su vida, otra cosa que una labor constante, impropia y honrada.

El doctor Herrero y Espinosa es un orador de bien probadas condiciones. La tribuna parlamentaria le ha dado más de una vez ocasión de revelarlas. El banco ministerial, también. Un último dato que hace más simpática la personalidad del Ministro de Relaciones Exteriores: electo diputado en 1896, renunció y emigró a Buenos Aires así que se produjo la invasión de Lamas y Saravia. Esto abona su sinceridad y el desinterés de sus procederes.

Doctor Epifanio Portela, Ministro de la República Argentina en Chile.—Desde el extranjero llega aquí la simpática nota del acierto con que ha sido elegido nuestro representante en la vecina república chilena. Hábil diplomático, cortés caballero, ilustrado hombre de mundo, tiene el doctor Portela brillante actuación en su vida diplomática y en su vida pública, como puede juzgarse por los apuntes biográficos que completan la nota gráfica que representa al ministro argentino en el país trasandino.

Nació en Buenos Aires el 29 de mayo de 1855; de coniguiante no ha cumplido aún 44 años.

Principió su carrera, muy joven, en la legación argentina en Washington, en calidad de agregado diplomático. Después pasó a Montevideo, ascendido a secretario de legación, cuando no tenía 24 años. Allí permaneció hasta 1880, cuando razones políticas de su patria lo impulsaron a renunciar ese puesto y dedicarse al periodismo, colaborando con lucimiento en *Tribuna*, *El Nacional* y *La Nación* de Buenos Aires.

Fué ministro del gobierno de la provincia de Buenos Aires y abogó en favor de una política elevada y sin restricciones; y cuando se convenció de que su programa no se realizaría, dejó el puesto antes que abdicar de sus convicciones.

Retirado entonces de la política activa, se consagró al periodismo; pero más aún a los libros, que son su pasión favorita.

Más tarde, fué elegido diputado al congreso nacional, y en 1896 nombrado ministro plenipotenciario y enviado extraordinario en el Brasil, cargo que ha debido desempeñar a entera satisfacción de su país, como lo prueba su designación para igual puesto en Chile.

Y por una rara coincidencia, el último acto público del doctor Portela en el Brasil fué el haber tenido que usar de la palabra, como decano del cuerpo diplomático, en la ceremonia de la inauguración del monumento elevado en Rio Janeiro a la memoria del malogrado ministro chileno doctor Isidoro Errázuriz, allí fallecido.

Banquete del ministro Portela a los delegados chilenos. A bordo de la Maipú.—Auras de confraternidad guían felizmente en la actualidad nuestras relaciones con el país chileno: aquí,

fiestas y banquetes a los marinos del *Zenteno*, fiestas y agasajos a los delegados chilenos que se reúnen con los argentinos en conferencias sobre la Puna; fiestas, vitores y obsequiosas atenciones a nuestros marinos de la «Sarmiento» en Valparaíso y Santiago, y a nuestros representantes y connacionales: todo eso, revela que ha terminado la era de suspicacias y recelos y temores que estaban más en la superficie que en los hechos.

Compruébalo, como dato gráfico, el banquete de nuestro ministro en Chile, doctor Portela a los delegados del vecino país, a bordo de la *Maipú*, y ratifican estas pruebas de común aprecio, afecto y simpatía que la fraternal historia de ambas naciones vuelve a la íntima unión y coyunda de sus primeros pasos en la independencia del poder colonial.

Don Leonardo Pereyra.—Aunque le dieron nombre popular sus cuantiosas riquezas, su vida proba, dedicada al bien y a las cosas justas, le creó simpática aureola.

Después de larga enfermedad sufrida con cristiana resignación, con todos los auxilios de la religión católica, muere, en una vigorosa ancianidad con la consideración y respeto, merecidos por una larga vida consagrada a todo lo bueno y por una modestia que era en él virtud arraigada y de que no consiguieran apartarlo los halagos de su gran fortuna. Sus sentimientos caritativos le granjearon el cariño de muchos necesitados a quienes llevaba su socorro sin la menor ostentación.

Prestó siempre su concurso a las iniciativas de progreso y a los movimientos políticos populares, sin esperar ningún puesto público en compensación a su contingente patriótico.

Y llevado de sus convicciones en pro del bien del país, se incorporó en primera fila al movimiento de reacción cívica del 90, y más tarde, manteniendo su franca adhesión al partido radical, sufrió las contrariedades del destierro en compañía de otros distinguidos ciudadanos.

Su clara inteligencia, sus sentimientos puros y la sencillez de costumbres, completaban esta personalidad, que deja un nombre respetado y desaparece en medio del sentimiento popular.

¡Paz a sus restos! Dios lo haya acogido en su seno y dé a su acongojada familia resignación en su dolor, como son nuestros votos más sinceros.

Exposición Nacional—H. C. Thompson y C.^a

—Dos son los grabados que representan en nuestras páginas ilustradas las construcciones de los talleres a vapor de los señores H. C. Thompson y C.^a, que han figurado en la Exposición Nacional y obtenido la medalla de oro, premio más alto concedido para muebles ingleses. El señor Thompson, dueño de la casa constructora de estos muebles, es argentino de nacimiento, y el premio alcanzado es doblemente meritorio, para convencer así a los extraños, de la importancia de la industria nacional en que nuestros compatriotas ponen tan alto el pabellón de los adelantos de la República en todas las esferas del progreso. Expliquemos brevemente nuestras «notas gráficas».

Fitment para dormitorio.—Representa un juego para dormitorio en fresno macizo, para una señorita, y da la idea predominante del estilo moderno aplicado con arte y exquisito gusto en muebles hechos expresamente con un fin y objeto concretos, no para amueblar con tipo genérico sin nota alguna que los distinga.

El conjunto no puede ser más armonioso y elegante por su sencillez y arreglo de tonos y colores, a pesar de que los materiales con que está todo ejecutado, son de lo más sencillo posible: por ejemplo, las cortinas, de cretona de poco valor, lucen y destacan, comprobando así los señores Thompson y C.^a, que para hacer un todo harmónico no han tenido que valerse de elementos en que la riqueza pondera, sino el arte y el buen gusto: bien pensado ha sido ello además, empleándose así materiales de casa, puesto que las telas ricas no se fabrican aquí, y aquella tendencia del afamado industrial tiene mérito altamente significativo para nosotros, en un torneo en que presentamos trabajos de la industria nacional.

No solamente el jurado dispensador de galardones, sino que también el público, ha sabido apreciar la exquisitez de la instalación, pues este juego va a ser colocado pronto en una casa que está terminándose, de una de nuestras familias más distinguidas, y pueden nuestros lectores inspeccionar y comprobar nuestros asertos, en estos días, antes de que el mobiliario sea entregado a sus recientes poseedores.

Juego para despacho ministerial.—Construido todo de nogal macizo y marroquín inglés granate, representa este grabado el mobiliario de un escritorio ó despacho de lujo; en el que la solidez y la severidad en todos sus detalles, dan la nota típica de la inteligencia que ha precedido a su construcción.

El juego de biblioteca y escritorio ha sido comprado por el señor Ministro de Relaciones Exteriores, en cuyo despacho se encuentra en la actualidad. Protección, si así pudiéramos llamarla sin distinguos de escuelas económicas en disputa, que se sabe dispensar en las altas esferas oficiales a «la flor de los muebles» presentados en nuestra recién clausurada Exposición, que congratula a nuestra grey laboriosa por ver cómo se aprecian y estiman los trabajos de nuestros conciudadanos.

NO ME OLVIDES

CUENTO EN VERSO DE LERMONTOFF

(Traducción del ruso de Dola)

La gente de ogaño no era lo que es la gente de hoy día. Si había amor—amaban: eran cándidos. De la fidelidad antigua han oído hablar ustedes sin duda, mas la leyenda nunca se cuenta tal cual es: por eso voy a referirles un caso que caracteriza aquella época.

En la frescura de la ribera de un arroyuelo, bajo la sombra del ramaje de un tilo, fuera de las miradas indiscretas, estaba un noble caballero con la dama de su corazón.... Con su esbelto brazo, ella le rodea dulcemente el cuello y de sus labios brotan sencillos discursos.

«Amigo mío, ¡no jures vanamente!—le dijo la joven—te creo; tu amor es tan puro como el agua de este manantial, como el azul de allá arriba; pero ignora cuán intenso es. Mira aquel pomposo rojo clavel... ¡No, no! ¡el clavel no sirve! Más lejos está la flor celeste, tan melancólica como tú... Cógemela querido, no está tan lejos para una ofrenda de amor!»

Encantado el gentil hombre de la candidez de su alma, salta, rápido cual una flecha, el arroyuelo. Ya está cerca del objeto de sus anhelos, ya va a coger la flor preciosa, cuando de repente ¡horror! el falso terreno cede al peso de su cuerpo y se hunde: ¡no hay salvación posible!...

El desgraciado joven dirige una apasionada mirada a su bella y acongojada compañera, y exclama: «Perdona y no me olvides!» y asíéndose con desesperación de la fatal flor, se la tiró a la tierna joven; tiró la flor de su alma ardiente.

Desde entonces, esta triste flor es para el amor muy preciada; al divisarla un corazón sensible late extasiado. Se llama «no me olvides». Crece en los lugares húmedos, cerca de los pantanos; allí busca la soledad; allí, donde todo es inmortal, donde no existe el olvido, esconde su azul del cielo.

Aquí termina mi relación; si es verdad, si es quimera, juzguenlo el lector—y si es o no culpable la hermosa joven, su conciencia seguramente se lo ha dicho.

Febrero 1899.



LITERATOS Y ARTISTAS

SU VIDA PRIVADA

La crítica moderna busca en la vida privada del artista y en sus afectos personales más íntimos, la explicación de su obra, el engendramiento de los personajes por él creados, y hasta el origen de las frases con que éstos se expresan. Un *chroniqueur* parisiense acaba de publicar textos auténticos probando que Alfredo de Musset aprovechaba para sus obras las cartas que le escribía Jorge Sand. Así, por ejemplo, en una de sus comedias—*On ne badine pas avec l'amour*—hay párrafos enteros de una carta íntima de la insignificante escritora.

«De este modo,—dice el citado cronista francés—cuando escuchamos a Perdican prorrumpir en las siguientes palabras: «He sufrido mucho, me he engañado muchas veces, pero he amado. Soy yo quien ha vivido, yo, no un ser ficticio creado por mi orgullo y mi fastidio», no es Musset quien habla, sino Jorge Sand.

Vistos al través de sus libros, los artistas parecen como rodeados de aquella nube en que Júpiter, al decir de Homero, se envolvía, para que los humanos no viesen sus debilidades. Los consideramos fuera de la realidad, viviendo en un

mundo superior, en el cual todo es delicado, bello, poético y, a veces, sublime.

Esta ilusión del público era también ilusión de la crítica necrológica.

Esfuerzos inauditos acostumbran a hacer los admiradores de tal ó cual ingenio, para presentarle como dechado de virtudes y perfecciones.

Léanse, por ejemplo, las biografías de Lope, desde la que escribió Montalban hasta la relación que don Adolfo de Castro creyó encontrar entre las costumbres y los escritos del Fénix de los Ingenios, y se verá que, según la opinión de tan ilustres biógrafos, el amante de Amarilis merece, cuando menos, ser canonizado.

Por desgracia para la memoria de Lope, documentos fehacientes han arrojado manchas imborrables sobre la vida del más fecundo de nuestros ingenios.

No debe, sin embargo, extremarse la severidad con los grandes artistas; quizá para los hombres extraordinarios; haya una moral extraordinaria; quizá, como Musset dijo:

Le mal des gens d'esprit c'est leur indifférence

quizá pueda y deba perdonarse al autor del *Reporter* su ingratitud con Federica, aquella sublime enamorada que se consideró demasiado alta para pertenecer a nadie después de haber sido amada de Goethe; quizá como ha dicho Victor Hugo:—«Si todo se comprendiera, todo se perdonaría»;—mas es lo cierto que para los que no vivimos en las vertiginosas alturas del genio; Lope poniendo su honra a los pies del duque de Sessa; Quevedo, fomentando la corrupción de los funcionarios de su tiempo; Victor Hugo, olvidándose de su honor ante Sainte-Beuve; Musset, sacando al teatro las frases de su amante; Heine, burlándose de los más puros y nobles sentimientos, pierden mucho de nuestra simpatía.

He leído no sé dónde, que un pintor, ansioso de expresar en un lienzo la agonía de Cristo, crucificó a un hombre.

¡Cuántos artistas crucifican el alma de sus amantes y de sus amigas, para encontrar en el cruento sacrificio algo con que obtener los favores de la multitud, única querida a la que no es jamás infiel el hombre de genio!

**

¿Hasta qué punto es digno de censura el artista por sus frecuentes transgresiones de la ley moral? No es posible penetrar en los tesoros que encierran las minas sin abrir las entrañas de la tierra; no es posible tampoco penetrar en las honduras del corazón sin desgarrarlo. Imposible conocer las grandes pasiones sin haberlas sentido; imposible buscar los abismos sociales sin salir de ellos manchado. Sin el abandono y la trágica desventura de Teresa, no hubiera Espronceda escrito aquel desahogo de su corazón, que es, sin duda, la página más hermosa de *El diablo mundo*; sin los apuros de Balzac, no existiría el admirable personaje que se llama Mercadet; sin las veleidades de Lope, no sentiríamos en sus comedias palpitante el corazón de la mujer; si Musset, a los veinte años, no hubiera apurado todos los placeres, no hubiera salido de su pluma el poema doloroso y admirable de Rolla; si Goethe no hubiese sacrificado a su cruel soberbia a Federica, no vivirían eternamente alguna de las inmortales creaciones del Júpiter de Weimar.

La *materia prima* del artista literario es la humanidad. De sus dolores, de sus angustias, de sus tristezas vive. Como los antiguos alquimistas arrojaban al fuego sus riquezas, ellos, para obtener la belleza, arrojan en el crisol insaciable los huesos y la sangre de los seres queridos... A veces, como dice Gauthier, el poeta tiende su propia alma en la mesa de disección. Se ha dicho—y con verdad—que Molière, sin sus desgracias conyugales, no hubiera creado la figura de Celimena.

**

Justo es, sin embargo, reconocer que los artistas suelen ser más funestos para los demás que para sí mismos. Sus penas no son tan grandes como ellos dicen. Así como los cuerpos, buenos conductores del calórico, son los primeros que se calientan, pero los primeros también que se enfrían, el alma del artista se conmueve pronto, pero muy pronto pasa su conmoción; sus emociones son vivas, pero poco intensas.

Si así no fuese, si las lamentaciones elegíacas de los vates fuesen fruto de un sentimiento permanente; si los autores de tragedias y dramas espeluznantes tuviesen los arrebatos que agitan a los personajes de sus obras, el 90 por 100, cuando menos, de los susodichos escritores, moriría en las celdas de los manicomios... Hay excepciones; mas por serlo, confirman la regla general.

En la vida privada, el artista suele ser una calamidad. Familia de artista, familia desgraciada. No me refiero a sus estrecheces y privaciones, que casi siempre son el pan *suyo* de cada día; tampoco aludo al abandono en que quedan los hijos del genio, cuando el genio tiene hijos, ni al saqueo de que los escritores son víctimas por parte de editores rapaces. Todo ello, con ser muy triste y doloroso, no es el mayor mal que la familia del artista padece.

Créese éste exento del cumplimiento de los deberes pequeños, que son, sin embargo, los que constituyen principalmente el buen orden de la vida. Su corazón anhela emociones fuertes... Los placeres tranquilos y monótonos del hogar no le satisfacen; necesita lo dramático; necesita sumergirse en los abismos de la existencia, como los buzos en el Océano, para encontrar las perlas de su corona. Ciertamente que la gloria conquistada por el hombre superior se refleja sobre los suyos; mas ¡ay! ¡cuán caro la pagan éstos! ¡Brillan, pero se queman!... ¡Cuántas familias de artistas ilustres envidiarán la felicidad tranquila que se goza en la casa del tendero de ultramarinos!

¡Jóvenes casaderas, no os dejéis deslumbrar por los artistas! Admiradlos, aplaudidlos, tejedles coronas, pero pensad que la felicidad suele ser enemiga de la gloria....

En nuestros días hay, si, artistas que viven *burguesamente* y escriben versos y páginas de novelas a hora fija y con el mismo método y compás con que trabaja el más oscuro covachuelista... Pero ¿es compatible este modo de cultivar el arte con la verdadera inspiración?

Cuéntase que en cierta ocasión Alejandro Dumas (padre), no tenía botas que ponerse. Por fortuna para el autor de *Los tres mosqueteros*, su hijo vivía con él. Entró Dumas en el cuarto del autor de *La dama de las camelias* y pidió a su ayuda de cámara que le prestase un par de botas. El criado abrió un armario y mostró al gran novelista dos docenas de pares de aquéllas, perfectamente limpias y cuidadosamente alineadas.

Dumas se quedó asombrado, y volviéndose al sirviente le dijo con acento de indignación:

—¡Y dicen que mi hijo tiene genio!

ZEDA.



LA COSTILLA

Mientras en la mujer haya hermosa en el hombre arderá el fuego de amor, y ella con el puñal de la impostura partirá del amante el corazón.

—¿Y para qué nos buscan? dirá aquella que con enfado escuche mi canción.
—Porque seguimos, desde Adán, la huella del hueso aquel que Dios nos arrancó.

MANUEL A. HURTADO.

(Chileno)



EL TEATRO EN CASA

CON LOS

NUEVOS GRAFÓFONOS

QUE

CANTAN Y HABLAN EN ALTA VOZ

Y REPRODUCEN

LOS

SONIDOS



DESDE 55 \$ M/N

CON CILINDROS

Para el que compra un grafófono el aburrimiento se hace imposible, en casa, en el campo, en los baños, pues cuando lo desee podrá oír las mejores óperas, canciones, bandas militares, orquestas, monólogos, etc., etc.

GRATIS

NUEVO CATÁLOGO ILUSTRADO
con rebajas de precios

ENRIQUE LEPAGE y C.^a

CALLE BOLIVAR 375 — BUENOS AIRES
Sucursal: FLORIDA 472 - 474



VINO
Bordeaux-Quinquina
Gran Tónico reconstituyente
de
DELOR Frères - Burdeos

SALUD
FUERZA
APETITO
TONICIDAD

Cordial exquisito para personas débiles, recomendado en Francia por los mejores facultativos. Tomarlo antes ó después de comer.

Unicos Agentes
FELIX SOULIÉ & C^{ia}.
BUENOS AIRES
CASILLA 417 | Teléf. Coop. 1499

En todas Confiterías y Cafés



SPORT

HIPÓDROMO ARGENTINO

INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA

Bajo malos auspicios, en cuanto al tiempo, principal elemento en esta clase de diversiones, se inauguró la temporada hipica de 1899, en el Hipódromo de Palermo.

Una tregua de la lluvia, que duró justamente el espacio necesario para correrse las seis primeras pruebas del programa, permitió que se realizase la reunión inaugural; pero las carreras hubieron de verificarse en la pista chica o de trabajo, pues en cuanto a la pista grande, su estado era imposible.

Como es natural las carreras en estas condiciones perdieron mucho interés, tanto por la deserción de no pocos elementos, cuanto por la abstención del público, en el sport, ante la perspectiva de resultados que debían fiarse al acaso.

La concurrencia de aficionados no fué tampoco tan numerosa como hubiera sido de esperarse, tratándose de la inau-

guración, si ésta se hubiera verificado en condiciones más regulares.

En el premio «Apertura» tomaron parte en esta prueba, Cravate, Sentinel, Senegal, Pisco, Clavija, Zárate, Chicharrón, Regalada, Oribe y Olavarría.

La opinión se dividió entre Regalada, Zárate y Chicharrón; pero en ésta, como en las demás carreras, no dió pruebas del mejor acierto.

Lanzados en carrera los caballos, y después del primer momento de confusión, se desprendió Pisco para encabezar el lote seguido de Zárate, Clavija y Chicharrón. Regalada cerraba la marcha detrás de Oribe, Senegal, Cravate, etc.

Así, casi sin alteración, llegaron los caballos a la altura del penúltimo codo, donde desapareció Pisco para dar paso a Chicharrón y Zárate, que desembocaron apareados en la recta. Poco después Chicharrón quedaba dueño del campo, y cuando se le suponía el ganador, vióse avanzar a Senegal con tales bríos, que en breve definió la carrera en su favor, 2.º Chicharrón y 3.º Sentinel.

Resumen:

Premio «Landseer», 1600 metros. — 1.º Clamor, 2.º Clase, 3.º Bariloche.

Sport \$ 6.65, á placé 3.20; Clase 6.50, Bariloche 5.80.

Premio «Remate», 1200 metros. — 1.º Chingolo, 2.º Porthos, 3.º Loncoy.

Sport \$ 11.80, á placé 6.70; Porthos 37.15, Loncoy 6.65.

Premio «Hipócrita», 1600 metros. — 1.º Daza, 2.º Criollito, 3.º Tula.

Sport \$ 10.15, á placé 4.40; Criollito 6.30.

Premio «Apertura», 1800 metros. — 1.º Senegal, 2.º Chicharrón, 3.º Sentinel.

Sport \$ 16.95, á placé 5.35; Chicharrón 4.30, Sentinel 8.50.

Premio «Brandzen», 1000 metros. — 1.º Caprice, 2.º Lybia, 3.º Argentina.

Sport \$ 12.30, á placé 3.90; Lybia 5.15, Argentina 3.35.

Premio «Distinguido», 1700 metros. — 1.º Caseros, 2.º Araujo, 3.º Abrojo.

Sport \$ 11.85, á placé 3.85; Araujo 3.55.

Premio «Tántalo», 2200 metros. — 1.º Salto, 2.º Dinero, 3.º Dante.

Sport \$ 11.75, á placé 4.60; Dinero 3.15, Dante 4.30.

REUNIÓN DEL 12 DE MARZO

En el premio «Kennis», distancia 1000 metros, base del programa formaron el campo 19 potrillos. Por su tipo y la corrección de líneas, se destacaban del lote, Caramelo, Mago, Vulcano y Judío. Entre los demás nadie despertaba la atención, á pesar de ser el lote muy numeroso.

La carrera fué como todas las que se desarrollan en pista recta. Lo único que se vió fué avanzar un pelotón muy extendido. Recién al pasar el paddock se divisó al stud Lincoln representado por Vulcano que venía al frente, sin poder ser desalojado á pesar de la soberbia entrada de Caramelo que fué segundo, tercero Mago y cuarto Etolo. Caramelo nos pareció el potrillo más guapo de los que han corrido.

Resumen:

Premio «General Lavalle», 1600 metros. — 1.º Julia, 2.º Oribe, 3.º Kosir.

¡CUIDADO, SEÑORA!

Vd. empieza á engrosar, y engrosar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas dos grajeas de **THYROIDINA BOUTY** y su talle se conservará esbelto ó volverá á serlo. — El frasco de 50 grajeas 10f. PARIS, Laboratorio, 1, Rue de Châteaudun.

MEDICAMENTO CIENTO E INOFENSIVO EN ABSOLUTO.

Téngase cuidado de exigir: **Thyroidina Bouty**

Buenos-Aires: C. PERREL, Calle Cuyo, 645-647.

Sport: \$ 44.30 á ganador, á placé 10.35; Oribe 3.70; Kosir 58.10.

Premio «Ontario», 1000 metros. — 1.º Egipcía, 2.º Seida, 3.º Parva.

Sport: \$ 16.75, á placé 5.15; Seida 11.05; Parva 3.25.

Premio «Remate», 1400 metros. — 1.º Juncal, 2.º Araujo, 3.º Nobleza.

Sport: \$ 20.65, á placé 7.25; Araujo 3.60; Nobleza 4.65.

Premio «Kennis», 1000 metros. — 1.º Vulcano, m. a., 2 años 52 kilos, por Ojo de Agua y Venus (A. Ruiz); 2.º Caramelo 52; 3.º Mago 52; 4.º Etolo 52.

No placé: El Alba, Douglas, Lentres, Pito Bule, Americano, Judío, Pensamiento, Picquart, Melincué, Iron King, Le Pays, Donglelow, Azul, Larrea y Coracero.

Sport: \$ 16.80, á placé 6.60; Caramelo y Mago 4; Etolo 7.15.

Premio «Independiente», 200 metros. — 1.º Pas-si Bête, 2.º Dinero, 3.º Orleans.

Sport: \$ 12.

Premio «Balcarce», 1200 metros. — 1.º Nihuil, 2.º Hircania, 3.º La Negra.

Sport: \$ 5.75, á placé 2.85; Hircania 3.65; La Negra 3.10.

Premio «Cacique», 1700 metros. — 1.º Lanza Seca, 2.º Hidalgo, 3.º Amambay.

Sport: \$ 8.15, á placé 3.45; Hidalgo 4.85; Amambay 6.35.

FOR EVER.

Avisos varios

DR. JUSTO CARLE — Enfermedades de la piel y vías urinarias. — Cerrito, 38, de 1 á 3.

DR. FRANCISCO COBOS — Director por concurso del Hospital San Roque. — Consultorio: Maipú, 276, de 1 á 4.

DR. EDUARDO OBEJERO — Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos. — Suipacha, 574, de 1 á 4.

N. ODAHL, Doctor en Cirujía Dental; (Doctor Dent. Surg) de la Universidad del Estado de Nueva York; Cirujano Dentista de las Facultades Médicas de Estocolmo y Buenos Aires, Piedad 588, esquina Florida.

DR. J. COSTAU — Abogado — Avenida de Mayo, 715, de 2 á 4.

DR. JENARO OSORIO — Moreno, 792, de 1 á 4.

B. MITRE Y VEDIA — Traductor público y comisionista. — S. Martín, 491. Unión Telefónica núm. 197.

EXPOSICIÓN AMERICANA

EL MEJOR SURTIDO DE COCINAS

EN SUD-AMÉRICA



Baterías de Cocina
de
FIERRO AGATE

HELADERAS ECONÓMICAS

. SORBETERAS PERFECCIONADAS

CASSELLS & Cía. - 220 - CALLE FLORIDA - 220

SAPOLIO

Está expresamente fabricado para limpiar objetos de cocina, metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES

JORGE BELL é Hijos

649 - CALLE DEFENSA - 651

BUENOS AIRES



A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES — AVENIDA DE MAYO — CALLE PERÚ — CALLE VICTORIA

Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y á PRECIO FIJO, lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

Medalla de Oro en la Exposición Nacional de 1898 por sus confecciones en general

Confecciones y Sombreros

Lunes 20 Marzo y días siguientes Exposición especial De Confecciones—Vestidos—Tapados—Trajes completos—Sombreros y Gorras para Señoras, Señoritas y Niñas.

“LAS ÚLTIMAS NOVEDADES — LAS ÚLTIMAS CREACIONES LAS HEMOS RECIBIDO!!”

Los más lindos modelos en Capas — Jaquets — Vestidos — Sombreros y Gorras, lo mismo que un espléndido surtido en Collets — Capas y Manteaux de Fourrures — Boas y Guarnicionos de pieles y Plumas.

A MÁS: NOVEDADES EN TODOS LOS DEPARTAMENTOS DE NUESTRO ESTABLECIMIENTO

Agua natural mineral VICTORIA



De las fuentes de

OBERLAHNSTEIN

Cerca de EMS

La única agua mineral natural sin hierro que se puede mezclar con vino y licores espirituosos.

ÚNICOS Introdutores

ARNING BRAUSS & CIA.

RECONQUISTA, 80 (ALTOS)

C. DELVOYE

Grande Maison de Blanc

AJUARES PARA NIÑOS TROUSSEAUX Y LAYETTES

ESPECIALIDAD EN AJUARES PARA CASAMIENTOS

CASA DE COMPRAS EN PARÍS, GINEBRA Y ZURZACH

Venta por mayor y menor

PIEDAD ESQUINA ESMERALDA

BUENOS AIRES

NAVEGACIÓN Á VAPOR

NICOLÁS MIHANOVICH

VAPORES Y LANCHAS PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA

Lujosos Vapores Postales y de Pasajeros para la navegación de los ríos Paraná, Alto Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata

VAPORES ESPECIALES PARA CARGA SOLAMENTE

REMOLCADORES PODEROSOS

para Remolque de Buques de Ultramar y Cabotaje para cualquier punto de los ríos y costas

Servicio especial de Remolcadores para los puertos de la Capital y La Plata

Materiales de Salvamento, Chatas para el transporte de hacienda en pie, Importación de Carbón Cardiff, Exportación de Maderas del País

Administración: CALLE 25 DE MAYO esquina CANGALLO - Buenos Aires

(SUCURSALES)

Dársena Sud • Boca del Riachuelo • Puerto "La Plata" y Rosario de Santa-Fé

REAL HOLLANDS
LA REINA DE LAS GINEBRAS

ÚNICOS IMPORTADORES
W. PAATS ROCHE & C^{IA} BAIRE

TIENDA SAN MIGUEL

FUNDADA EN 1857

ELIAS ROMERO & C^{IA}

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE ALFOMBRAS



Casa importadora de toda clase de alfombras y artículos generales de última novedad para tienda y tapicería. Novedades y surtidos por todos los correos de Ultramar.

902

CALLE PIEDAD

936

Buenos Aires

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

TE AGUILA

**Schelp
& Schelp**

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



